

(6)
JULIO VERNE

MATÍAS SANDORF

MATÍAS SANDORF

POR

JULIO VERNE

EDICIÓN ILUSTRADA CON CIENTO ONCE DIBUJOS POR BENETT, Y UN MAPA

TRADUCCIÓN

DE

D. A. DE A.

SEGUNDA PARTE



MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR

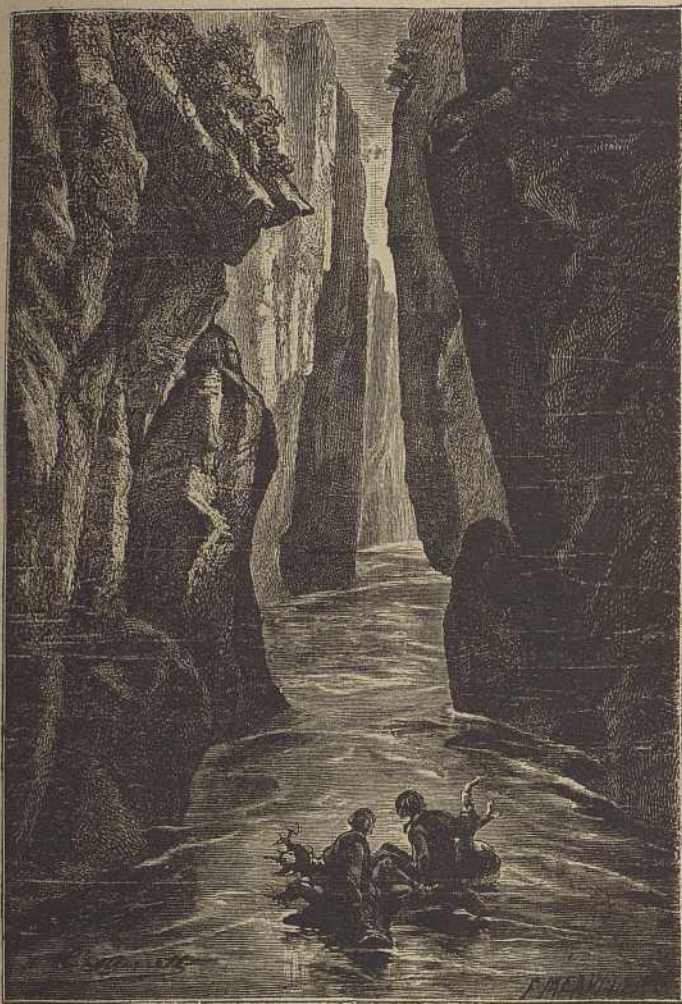
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

1886

Es propiedad del Editor.

MATÍAS SANDORF

SEGUNDA PARTE



El río serpentea entre las rocas.

I

LA CASA DEL PESCADOR FERRATO

Andrés Ferrato era corso, natural de Santa Manza, pequeño puerto del partido de Sartene, situado detrás de una vuelta de la punta meridional de la isla. Este puerto, el de Bastia y el de Porto-Vecchio, son los únicos que se abren sobre esta costa oriental, tan caprichosamente cortada hace unos mil años, y hoy uniformada por el roimiento continuo de los torrentes, que poco á

poco han destruído sus cabos, cegado sus golfos, borrado sus ensenadas, devorado sus caletas.

Andrés Ferrato ejercía su oficio de pescador en Santa Manza, sobre aquella estrecha porción de mar abierta entre la Córcega y la tierra italiana, y á veces hasta en medio de las rocas del estrecho de Bonifacio y de la Cerdeña.

Veinte años antes habíase casado con una joven de Sartene; dos años después tuvo una hija que se llamó María. El oficio de pescador es bastante rudo, sobre todo cuando se une á la pesca de los peces la del coral, cuyos bancos submarinos hay que ir á buscar al fondo de los peores pasos del estrecho.

Pero Andrés Ferrato era valiente, robusto, in-

fatigable, hábil, tanto para servirse de las redes como de la draga. Sus negocios prosperaban. Su mujer, activa é inteligente, gobernaba á pedir de boca su casita de Santa Manza. Ambos, sabiendo leer, escribir y contar, eran relativamente instruidos, comparados con los ciento cincuenta mil ignorantes, de los doscientos sesenta mil habitantes de la isla, que acusa aún hoy la estadística.

Además, gracias tal vez á esta instrucción, Andrés Ferrato era muy francés en ideas y en corazón, aunque fuese de origen italiano, como lo son la mayor parte de los corsos. Y esto, en aquella época, le había valido alguna animosidad en el cantón.

Este cantón, en efecto, situado en la extremidad Sur de la isla, lejos de Bastia, de Ajaccio y de los principales centros administrativos y judiciales, es en el fondo refractario á todo lo que no es italiano ó sardo; lastimoso estado de cosas cuyo fin no puede esperarse sino de la educación de las nuevas generaciones.

De aquí, según hemos dicho, animosidad más ó menos latente contra la familia Ferrato. Ahora bien, en Córcega, de la animosidad al odio no hay gran distancia: del odio á la violencia menos todavía. Algunas circunstancias envenenaron bien pronto estas disposiciones. Un día Andrés Ferrato, agotada su paciencia, en un momento de cólera, dió un mal golpe: mató á un mal sujeto del país, que le había amenazado, y tuvo que apelar á la fuga.

Pero Andrés Ferrato no era hombre á propósito para refugiarse en la montaña, para llevar una vida de lucha cotidiana, tanto contra la policía como contra los amigos ó parientes del muerto, para perpetuar una serie de venganzas que hubieran concluido por alcanzar á los suyos.

Resolvió, pues, expatriarse, y consiguió abandonar secretamente la Córcega y refugiarse en la costa de Cerdeña. Su mujer, cuando logró haber realizado su pequeño patrimonio, cedió la casa de Santa Manza, vendido los muebles, la barca y las redes, fué á reunirse á él con su hija. Había renunciado para siempre volver á su país natal.

Aquel asesinato, aunque cometido en legítima defensa, pesaba sobre la conciencia de Andrés Ferrato. Con las ideas supersticiosas propias de su origen, creía que la muerte de aquel hombre no le sería perdonada hasta el día en que hubiera salvado la vida de otro hombre, á riesgo de la suya, y estaba dispuesto á hacerlo en cuanto se le presentara una ocasión.

Andrés Ferrato, después de haber abandonado la Córcega, no permaneció mucho tiempo en Cerdeña, donde fácilmente podía ser reconocido y descubierto. Si no temblaba por él, siendo como era enérgico y bravo, temblaba por los suyos, á quienes podían alcanzar las represalias de familia á familia. Aguardó el momento de alejarse, sin excitar la desconfianza, y pasó á Italia.

Allí, en Ancona, se le ofreció una ocasión de atravesar el Adriático, y la aprovechó dirigiéndose á la costa de Istria.

He aquí por qué, y á consecuencia de qué circunstancias, este corso se hallaba establecido en el pequeño puerto de Rovigno.

Hacia ya diecisiete años que había vuelto á ejercer su oficio de pescador, lo que le permitió reconquistar su primitivo bienestar. Nueve años después de su llegada, tuvo un hijo, cuyo nacimiento costó la vida á su madre.

Después de su viudez, Andrea Ferrato vivía únicamente para su hija y su hijo. María, de dieciocho años de edad, servía de madre al niño que sólo tenía ocho años.

Y sin el pesar, siempre punzante, de haber perdido su valiente compañera, el pescador de Rovigno hubiera sido tan feliz como puede serlo el que funda su felicidad en el trabajo y en el cumplimiento del deber.

Era amado de todos en el país, por su carácter servicial y por su buen consejo; pasaba, con justicia, por ser hábil en su profesión.

En medio de aquellos largos regueros de rocas que cubren las costas de Istria, no tuvo que echar de menos sus pescas del golfo de Santa Manza y del estrecho de Bonifacio.

Además, había llegado á ser un buen práctico de aquellos parajes, en que se hablaba el mismo idioma que él había hablado en Córcega.

El provecho que le producía el pilotaje de los buques desde Pola hasta Trieste, se unía á los que le procuraba la explotación de aquellas aguas abundantes en pesca. Así es que en su casa estaba siempre dispuesta la parte de los pobres, y María le ayudaba con sumo gusto en estas obras de caridad.

Pero el pescador de Santa Manza no había olvidado la promesa que se había hecho: ¡vida por vida! Había tomado la vida de un hombre, debía salvar la vida de otro.

He aquí por qué, cuando los dos fugitivos se presentaron á la puerta de su casa, adivinando quiénes eran, sabiendo el castigo á que se exponía, no había vacilado en decirles:

—¡Entrad! añadiendo para sí. Y que Dios nos proteja á todos.

La sección de policía había pasado por delante de la puerta de Andrés Ferrato sin detenerse. El conde Sandorf y Esteban Bathory podían, pues, creerse en seguridad, á lo menos por algunas horas de la noche, en la casa del pescador corso.

Esta casa estaba construída, no en la ciudad, sino á quinientos pasos de las murallas, más allá del puerto, sobre una hilada de rocas que dominaba la playa. Más lejos, á menos de un cable, el mar, estrellándose sobre los escollos del litoral, no tenía otros límites que el lejano horizonte del cielo. Hacia el Sudoeste se proyectaba el pro-

monitorio cuya curvatura cierra la pequeña rada de Rovigno, sobre el Adriático.

Una planta baja, compuesta de cuatro habitaciones, dos á la fachada y dos al testero, un cobertizo de tablas de chilla, en el que se depositaban los útiles de pesca, formaban toda la vivienda de Andrés Ferrato.

Su embarcación era un simple barco latino de popa cuadrada, de treinta piés de longitud, que aparejaba una gran entena con un foque, género de barco muy á propósito para las pescas á la draga.

Cuando no se servía de él, estaba anclado al abrigo de las rocas, y un pequeño bote, en seco sobre la playa, permitía llegar á él.

Detrás de la casa se extendía un cercado de una media fanega de superficie, en el cual crecían algunas legumbres en medio de moreras, olivos y cepas. Un seto le separaba de un arroyo de unos cinco ó seis piés de ancho, que formaba el límite con la campiña.

Tal era aquella humilde, pero hospitalaria vivienda, donde la Providencia había conducido á los fugitivos, y tal era el huésped que arriesgaba su libertad por darles un asilo.

Desde que se cerró la puerta detrás de ellos, el conde Sandorf y Esteban Bathory examinaron la habitación en la que el pescador les había recibido.

Era la sala principal de la casa, provista de algunos muebles muy limpios, que indicaban el gusto y la asiduidad de una cuidadosa ama de casa.

—Ante todo, es preciso comer, dijo Andrés Ferrato.

—Sí, morimos de hambre, respondió el conde Sandorf; hace doce horas que no hemos tomado ningún alimento.

—¿Oyes, María? repuso el pescador.

En un instante, María colocó sobre la mesa un pedazo de puerco salado, pescado frito, pan, un frasco de vino del país, y pasas, con dos platos, dos vasos y blancas servilletas. Un velón, especie de lámpara de tres mechas, alimentadas con aceite, alumbraba la sala.

El conde Sandorf y Esteban Bathory se pusieron inmediatamente á la mesa.

—Pero ¿y vos? dijeron al pescador.

—Ya hemos cenado, respondió Andrés Ferrato.

Aquellos dos hambrientos devoraron (esta es la palabra) las provisiones que les habían sido ofrecidas con tanta sencillez y de tan buena gana.

Pero mientras comían no cesaban de observar al pescador, su hija y su hijo que, sentados en un rincón de la sala, les miraban sin pronunciar una sola palabra.

Andrés Ferrato podía tener entonces unos cuarenta y dos años. Era un hombre de fisonomía

severa, casi un poco triste, con facciones expresivas, á pesar de lo tostado de su rostro, de ojos negros y mirada viva. Llevaba el traje de pescador del Adriático, bajo el cual se adivinaban unas robustas y poderosas formas.

María, cuya talla y rostro recordaban á los de su esposa, era alta, bien formada, más bien bella que bonita, con ardientes ojos negros, cabellera oscura, piel fuertemente coloreada por la vivacidad de la sangre corsa. Sería, en razón de los deberes que había tenido que llenar desde su más tierna edad, presentando en su actitud y en sus movimientos la calma que imprime una naturaleza reflexiva: todo denotaba en aquella joven una energía que jamás debía abandonarla, fuesen cuales fuesen las circunstancias en que la suerte la colocase.

Varias veces había sido requerida por jóvenes pescadores de la comarca, sin querer oír, y menos contestar, á sus declaraciones. ¿No pertenecía su vida, por entero, á su padre y á aquel niño que parecía haber nacido de su corazón?

En cuanto á Luigi, era un muchacho determinado, valiente, trabajador, habituado ya á la existencia del marino.

Acompañaba á Andrés Ferrato en sus pescas y pilotajes, desnuda la cabeza al viento y á la lluvia. Prometía ser más tarde un hombre vigoroso, bien constituido, más que atrevido, audaz, acostumbrado á todas las intemperies, sin preocuparse de ningún peligro. Amaba á su padre y adoraba á su hermana.

El conde Sandorf había observado minuciosamente aquellos tres seres, unidos en una tan conmovedora afección. No le cabía la menor duda de que se encontraban entre gentes honradas, de los cuales se podían fiar.

Cuando terminó la comida, Andrés Ferrato se levantó, y acercándose á Matías Sandorf, dijo sencillamente.

—Id á dormir, señores. Nadie os cree aquí. Mañana veremos lo que se ha de hacer.

—No, Andrés Ferrato, no, respondió el conde Sandorf. Ya hemos apaciguado nuestra hambre, recuperado nuestras fuerzas. Dejados abandonando esta casa; nuestra presencia en ella es un verdadero peligro para vos y para los vuestros.

—Sí, partamos, añadió Esteban Bathory, y que Dios os recompense lo que por nosotros habéis hecho.

—Id á dormir, es preciso, replicó el pescador. La costa está vigilada esta noche. Han declarado el «embargo» sobre todos los puertos del litoral; nada hay que intentar por hoy.

—Sea, puesto que así lo queréis, respondió el conde Sandorf.

—Lo quiero.

—Una palabra aún. ¿Desde cuándo es conocida nuestra evasión?

—Desde esta mañana, respondió Andrés Fe-



—Señor cabo, yo he visto dos hombres...

rrato. Pero érais cuatro prisioneros en la torre de Pisino. Sólo estáis dos aquí. El tercero va á ser puesto en libertad, dicen...

—¡Sarcany! exclamó Matías Sandorf, repriendo en el acto el movimiento de cólera que irresistiblemente se había apoderado de él, cuando oyó aquel nombre execrado.

—¿Y el cuarto?... preguntó Esteban Bathory, sin atreverse á terminar la frase.

—El cuarto vive aún, respondió Andrés Ferrato. Ha habido una prórroga para la ejecución.

—¡Vivo! exclamó Esteban Bathory.

—Sí, respondió irónicamente el conde Sandorf. Esperan haberse apoderado de nosotros, para darnos la alegría de morir juntos.

—María, dijo Andrés Ferrato, conduce á nuestros huéspedes á la cámara, detrás de la casa, sobre el cercado, pero sin luz. Es preciso que esta

noche no se vea iluminada desde afuera. En seguida podrás acostarte; Luigi y yo velaremos.

—Sí, padre, respondió el muchacho.

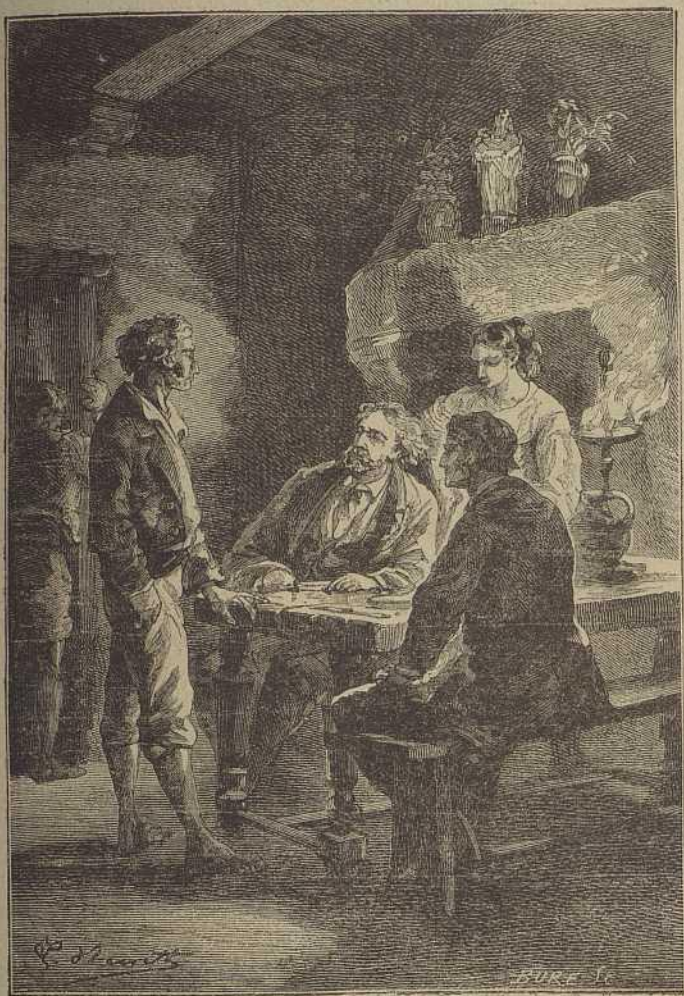
—Venid, señores, dijo la joven.

Un momento después, el conde Sandorf y su compañero cambiaban un cordial apretón de manos con el pescador. Después pasaron á la habitación donde les aguardaban dos buenos colchones de maíz, sobre los cuales iban á poderse reponer de tantas fatigas.

Pero ya Andrés Ferrato, con Luigi, había abandonado la casa.

Quería asegurarse de que nadie rondaba por los alrededores, ni por la playa, ni al otro lado del arroyuelo. Los fugitivos podían, pues, descansar apaciblemente hasta el amanecer.

La noche se pasó sin ningún accidente. El pes-



Andrés Ferrato se aproximó á Matías Sandorf.

cador salió otras varias veces sin descubrir nada sospechoso.

Al día siguiente, 18 de Junio, mientras que sus huéspedes dormían todavía, Andrés Ferrato fué á tomar informes hasta el centro de la ciudad, y sobre los muelles del puerto. En varios puntos había corrillos de habladores y curiosos.

El bando publicado la víspera, anunciando la evasión, las penas en que se incurría, la recompensa prometida, eran el motivo de todas las conversaciones. Se charlaba, se comunicaban noticias, se repetían los *se dice* en términos vagos, que no enseñaban gran cosa. Nada indicaba que el conde Sandorf y su compañero hubiesen sido vistos por los alrededores, ni aun que se sospechase su presencia en la provincia. Sin embargo, á cosa de las diez de la mañana, cuando el cabo la gendarmería y sus hombres entraron en Ro-

vigno después de su ronda de la noche, se extendió el rumor de que se habían apercibido dos extranjeros, venticuatro horas antes, en las orillas del canal de Lème. Se había batido toda la región hasta el mar para encontrar sus huellas, pero sin resultado alguno.

No había ningún vestigio de su paso.

¿Habrían podido alcanzar el litoral, apoderarse de una embarcación, ganar otro punto de Istria, y hasta huir al otro lado de la frontera austriaca? Todo inducía á creerlo.

—Bueno, decían; siempre serán cinco mil florines ahorrados al tesoro.

—Un dinero que podrá emplearse mejor que en pagar odiosas delaciones.

—¡Ojalá puedan escaparse!

—¡Escaparse!... ¡Ya lo han hecho!... Ya deben estar en seguridad al otro lado del Adriático.

Según estas frases que se pronunciaban en la mayoría de los grupos de paisanos, de obreros y de burgueses, detenidos ante los edictos, la opinión pública, como se ve, se declaraba más bien en favor de los condenados, á lo menos entre los ciudadanos de Istria, slavos ó italianos de origen.

Los funcionarios austriacos no podían, pues, contar con ninguna denuncia por parte de ellos.

Así es que no descuidaban nada para descubrir á los fugitivos. Todas las secciones de policía, y las brigadas de gendarmería estaban en movimiento desde la víspera, y había un cambio incesante de despachos entre Rovigno, Pisino y Trieste.

Andrés Ferrato volvió á su casa á cosa de las once, llevando aquellas noticias, más bien buenas que malas.

El conde Sandorf y Esteban Bathory, servidos por María en la misma habitación donde habían pasado la noche, concluían de desayunarse en aquel momento. Algunas horas de sueño, aquella buena comida, aquellos tiernos cuidados, les habían completamente repuesto de sus fatigas.

—¿Y bien, amigo mío? preguntó el conde Sandorf, después que se cerró la puerta detrás de Andrés Ferrato.

—Señores, respondió el pescador, pienso que por el momento no tenéis nada que temer.

—¿Pero qué se dice en la ciudad? preguntó Esteban Bathory.

—Se habla de dos extranjeros que han sido vistos ayer mañana, en el momento en que desembarcaban sobre las playas del canal de Lème... y se trata de vosotros, señores.

—En efecto, se trata de nosotros, respondió Esteban Bathory. Un hombre, un salinero de las cercanías, nos ha descubierto y denunciado.

Y Andrés Ferrato fué puesto al corriente de lo ocurrido en la granja ruinosa, mientras los fugitivos estaban ocultos.

—¿Y no sabéis quién es el denunciador? preguntó el pescador insistiendo.

—No le hemos visto, respondió el conde Sandorf: sólo hemos oído lo que decía.

—Es una enfadosa circunstancia, añadió Andrés Ferrato; pero lo importante es que haya perdido vuestras huellas, y por otra parte, aun cuando sospeche que os habéis refugiado en mi casa, pienso que no hay que temer ninguna delación.

Los votos de todos los habitantes de Rovigno están en vuestro favor.

—Sí, respondió el conde Sandorf, y no me sorprende. La población de estas provincias es honrada. Sin embargo, hay que contar con que las autoridades austriacas no retrocederán ante nada, con tal de apoderarse de nosotros.

—Lo que os debe tranquilizar, señores, añadió el pescador, es la opinión, casi general, en que están de que habéis pasado ya á la otra orilla del Adriático.

—¡Plegue á Dios que así sea! exclamó María, que había unido sus manos como para pronunciar una oración.

—Así será, mi querida niña, respondió el conde Sandorf con el acento de la más entera confianza; así será, con la ayuda del cielo..

—¡Y con la mía, señor conde! replicó Andrés Ferrato. Ahora me voy á mis ocupaciones, como de ordinario. Están acostumbrados á verme con Luigi componiendo nuestras redes sobre la playa, ó bien limpiando nuestro barco, y no hay que cambiar nada de nuestras costumbres. Además, tengo necesidad de reconocer el estado del cielo, antes de decidirme. Quedaos en casa, no la abandonéis bajo ningún pretexto. En caso necesario, y á fin de despertar menos sospechas, abrid la ventana que da sobre el cercado, pero permaneced en el fondo de la habitación, procurando no ser vistos. Yo volveré dentro de una ó dos horas.

Dicho esto, Andrés Ferrato salió de la casa con su hijo, dejando á María entregada á sus acostumbrados trabajos ante la puerta.

Algunos pescadores iban y venían á lo largo de la playa. Andrés Ferrato quiso, por precaución, cambiar con ellos algunas palabras, antes de extender sus redes sobre la arena.

—Un viento del Este bien fijo, dijo uno de ellos.

—Sí, respondió Andrés Ferrato, la tempestad de anteayer ha barrido bien el horizonte.

—¡Hum! añadió otro: la brisa puede muy bien refrescar con la noche, y cambiarse en racha si el bora (1) se mezcla.

—¡Bueno! Siempre será un viento de tierra, y la mar no será dura entre las rocas.

—¡Habrá que verlo!

—¿Vas á pescar esta noche, Andrés?

—Sin duda, si el tiempo lo permite.

—Pero... ¿y el embargo?

—El embargo reza sólo con los buques grandes, no con las barcas que no se alejan del litoral.

—Tanto mejor, porque se han señalado bancos de toninas que vienen del Sur, y hay que darse prisa en disponer nuestras almadrabas.

—¡Bueno! respondió Andrés Ferrato: no hay tiempo perdido.

—¡Eh! ¡Quién sabe!

—Te digo que no, y si salgo esta noche, iré á la pesca de bonitos por la parte de Orsera ó de Parenzo.

—A tu gusto. En cuanto á nosotros, trabajaremos en instalar nuestras almadrabas al pie de las rocas.

—¡Como queráis!

Andrés Ferrato y Luigi fueron entonces á buscar sus redes depositadas bajo el cobertizo y las extendieron sobre la arena, á fin de secarlas al sol.

(1) Viento del Norte ó del Nordeste, que causa estragos en las costas del Adriático.

Dos horas después, el pescador volvió á entrar en su casa, después de recomendar á su hijo que preparase los garfios que sirven para rematar los bonitos, clase de pescados de carne de un rojo oscuro, pertenecientes al género de los atunes, orden de los acantopterigios.

Diez minutos después Andrés Ferrato se reunía con sus huéspedes en la habitación, mientras que María continuaba trabajando delante de la casa.

—Señor conde, dijo el pescador, el viento viene de tierra, y no creo que el mar esté agitado esta noche. Ahora bien: el medio más sencillo, y por consecuencia el mejor para huir sin dejar ninguna huella, es el de embarcaros conmigo. Si os decidís, lo mejor será partir esta noche á las diez. En aquel momento os deslizaréis entre las rocas hasta el límite de la resaca. Nadie os verá; mi bote os conducirá al barco, é inmediatamente nos haremos á la mar sin llamar la atención, pues saben que voy á salir esta noche. Si la brisa refresca demasiado, costearé el litoral, de modo que pueda desembarcaros más allá de la frontera austríaca, fuera de las bocas de Cattaro.

—Y si no refresca, preguntó el conde Sandorf, ¿qué pensáis hacer?

—Ganaremos el largo, respondió el pescador, atravesaremos el Adriático y os desembarcaré en la costa de Rimini ó en la embocadura del Pó.

—¿Podrá vuestra embarcación aguantar esa travesía? preguntó Esteban Bathory.

—Sí: es un buen barco de medio puente, que mi hijo y yo hemos probado ya con muy mal tiempo. Además, hay que correr algún riesgo...

—Que nosotros corramos esos riesgos, dijo el conde Sandorf; nosotros, cuya existencia está en juego, nada más natural; pero ¡vos, amigo mío, que arriesgáis vuestra vida!...

—Eso es cuenta mía, señor conde, respondió Andrés Ferrato, y no hago más que mi deber al querer salvaros.

—¿Vuestro deber?...

—Sí.

Y Andrés Ferrato contó el episodio de su vida, á consecuencia del cual tuvo que abandonar á Santa Manza, en Córcega, y cómo la buena acción que iba á ejecutar no era más que una justa compensación del mal que había hecho.

—¡Honrado corazón! exclamó el conde Sandorf, conmovido por aquel relato.

Después añadió:

—Pero que vayamos á las bocas de Cattaro ó á la costa italiana, será necesaria una larga ausencia, que podrá admirar á las gentes de Rovigno. No sea que después de habernos puesto en seguridad vayáis á ser detenido á vuestra vuelta...

—No temáis, señor conde, respondió Andrés Ferrato. En la época de las grandes pescas me paso cinco ó seis días en el mar. Además, os lo

repito, es cuenta mía. Eso es lo que hay que hacer, y así lo haremos.

No había que discutir la resolución del pescador. El proyecto de Andrés Ferrato era evidentemente el mejor y de fácil ejecución, puesto que su barco, á lo menos así lo esperaba, nada tendría que temer del estado del mar. Sólo había que tomar precauciones en el momento del embarque; pero la noche sería sombría, sin luna, y probablemente con la tarde se levantaría sobre la costa una de esas espesas brumas que no se extienden al largo. A aquella hora no se encontraría á nadie á lo largo de la desierta playa, salvo uno ó dos aduaneros recorriendo su demarcación.

En cuanto á los otros pescadores vecinos de Andrés Ferrato, según habían dicho, estaban ocupados en tender sus almadrabas fuera de los semilleros de rocas, es decir, á dos ó tres millas más abajo del puerto de Rovigno.

Cuando apercibiesen la *balancella*, si es que la percibían, estaría ya lejos en el mar con los dos fugitivos ocultos bajo su puente.

—¿Y cuál es la distancia, en línea recta, que separa el puerto de Rovigno del punto más cercano de la costa italiana? preguntó Esteban Bathory.

—Cincuenta millas, próximamente.

—¿Cuánto tiempo es necesario para franquearla?

—Con buen viento podemos atravesarla en doce horas. ¡Pero estáis sin dinero, y os hará falta! Tomad este cinturón, en el que hay trescientos florines, y rodeaosle al cuerpo.

—¡Amigo mío!... dijo Matías Sandorf.

—Ya me lo devolveréis más tarde, replicó el pescador, cuando estéis en seguridad. Y ahora, aguardadme.

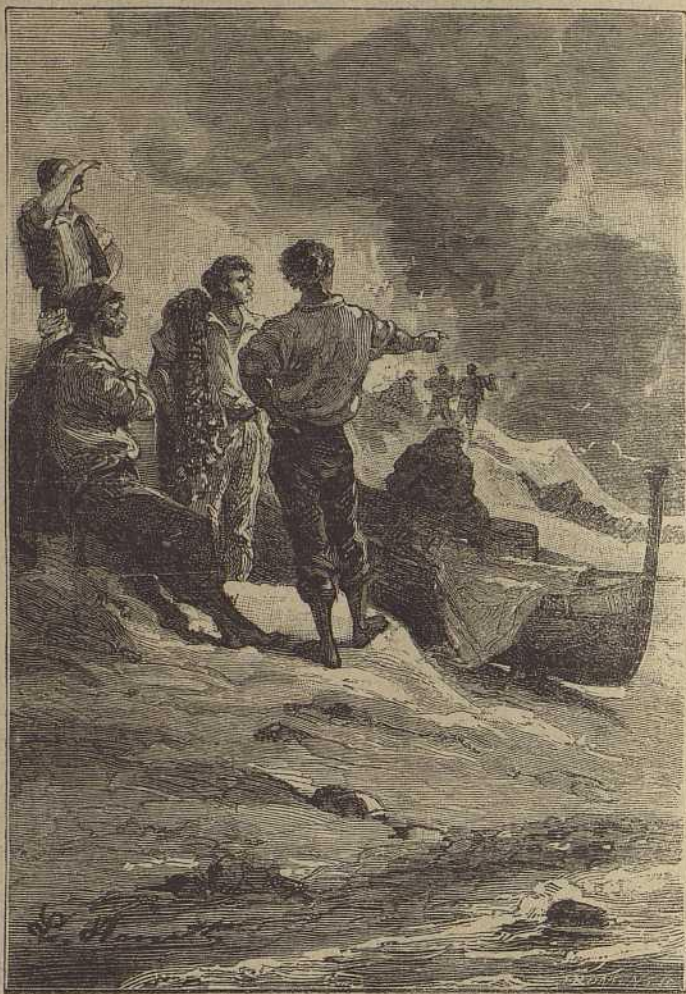
Dispuestas así las cosas, Andrés Ferrato se retiró y fué á ocuparse de sus faenas habituales, unas veces trabajando sobre la playa y otras dentro de su casa.

Luigi, sin haber sido observado, pudo transportar provisiones para algunos días á bordo de la *balancella*, después de haberlas previamente envuelto en una vela de repuesto. Ninguna sospecha hubiese sido posible que contrariase los proyectos de Andrés Ferrato. Llevó su precaución hasta el extremo de no volver á ver á sus huéspedes en todo el resto del día.

Matías Sandorf y Esteban Bathory permanecieron ocultos en el fondo de su pequeña habitación, cuya ventana continuó siempre abierta. Cuando llegase la hora de abandonar la casa, el pescador se encargaría de prevenirlos.

Muchos vecinos vinieron á hablar familiarmente con él durante toda la tarde á propósito de pesca y de la aparición de las toninas en las aguas de Istria. Andrés Ferrato les recibió en la sala común, ofreciéndoles de beber, según costumbre.

Así pasó la mayor parte del día, en idas, venidas y conversaciones. Algunas veces se trató de



Algunos pescadores iban y venían por la playa.

los fugitivos. Por un momento circuló el rumor de que habían sido detenidos junto al canal de Quarnero, en la costa opuesta de Istria, rumor que fué desmentido poco después.

Todo iba bien. Que el litoral estaría vigilado con más cuidado que de ordinario, bien por los agentes de policía ó los gendarmes, era cierto; pero aquella vigilancia no sería difícil de burlar, una vez llegada la noche.

La prohibición de salir al mar había sido decretada únicamente para los buques de gran porte, ó los barcos de cabotaje del Mediterráneo, no para los de pesca que andaban por el litoral. La marcha, pues, de la *balancella* podría llevarse á cabo sin despertar ninguna sospecha.

Sin embargo, Andrés Ferrato no había contado con una visita que recibió á cosa de las seis de la tarde. Aquella visita, si no le inquietó del

todo, no dejó de sorprenderle. No debía comprender su amenazadora significación hasta después de la partida del visitante.

Acababan de dar las ocho. María se ocupaba de los preparativos de la cena, cuando sonaron dos golpes en la puerta de la casa.

Andrés Ferrato no vaciló en ir á abrir. Con gran sorpresa se encontró en presencia del español Carpena.

Era éste natural de Almayate, pequeña villa de la provincia de Málaga. Así como Andrés Ferrato había abandonado la Córcega, él había abandonado á España, sin duda á causa de algún mal negocio, para venir á establecerse en Istria. Allí ejercía el oficio de salinero, transportando al interior los productos de las salinas de la costa occidental, oficio ingrato con el cual ganaba lo estrictamente necesario para vivir.



—¿Qué venís á hacer aquí? dijo Andrés Ferrato.

Era un hombre vigoroso, joven aún, teniendo apenas veinticinco años, corto de talla, pero ancho de hombros, con una gruesa cabeza, cubierta de cabellos crespos y negros, y una de esas caras de perro dogo que no tranquilizan más en la cabeza de un hombre que en la de un perro. Carpena, poco sociable, rencoroso, vengativo, y además bastante cobarde, no era muy estimado en el país. No se sabía por qué había tenido que ex-patriarse. Muchas querellas con sus camaradas de las salinas, amenazas al uno y al otro, riñas que habían sido la consecuencia, todo, en fin, contribuía para que no gozase de buena reputación.

Sin embargo, Carpena no tenía tan mala opinión de sí mismo ni de su persona. Lejos de ello. Esto explica, y ya veremos con qué motivo, por qué había querido entrar en relaciones con

Andrés Ferrato. El pescador, preciso es confesarlo, le había recibido bastante mal desde el principio, y se comprenderá muy bien cuando sepamos, por la conversación que va á seguir, cuáles eran las pretensiones de aquel hombre.

Apenas había Carpena dado un paso en la sala, cuando Andrés Ferrato le detuvo diciéndole:

—¿Qué venís á hacer aquí?

—Pasaba por ahí, y al ver luz en vuestra casa, he entrado.

—¿Y para qué?

—Para haceros una visita.

—Ya sabéis qué vuestras visitas no me agradan.

—Ordinariamente, respondió el español; pero hoy tal vez no sea así.

Andrés Ferrato no comprendió, ni podía adivinar lo que aquellas enigmáticas palabras signi-

ficaban en boca de Carpena. Y sin embargo, no pudo contener un rápido estremecimiento, que no escapó á su visitador.

Este había cerrado la puerta.

—Tengo que hablaros, repitió.

—No... nada tenéis que decirme.

—Sí... es preciso que os hable... particularmente, añadió el español, bajando un poco la voz.

—Venid, pues, respondió el pescador, que aquel día tenía sus razones para no rehusar á nadie la entrada en su casa.

Carpena, á una señal de Andres Ferrato, atravesó la sala y le siguió á su habitación.

Esta habitación sólo estaba separada por un tabique sencillo de la que ocupaban el conde Sandorf y su compañero. La una se abría sobre la fachada, la otra sobre el cercado. Cuando estuvieron solos:

—¿Qué me queréis? preguntó el pescador.

—Vecino, respondió Carpena, vengo á apelar otra vez á vuestra buena amistad.

—¿Y á propósito de qué?

—A propósito de vuestra hija.

—¡Ni una palabra más!

—¡Escuchadme!... Sabéis que amo á María, y que mi más vivo deseo es tenerla por esposa.

Esta era la pretensión de Carpena.

En efecto, hacía varios meses que perseguía á la joven con sus asiduidades. Más que el amor, le impulsaba el interés. Andrés Ferrato, para ser un simple pescador, estaba desahogado, y relativamente al español, que no poseía nada, era rico. Nada más natural que Carpena hubiese pensado en ser su yerno; pero nada más natural también que el pescador le hubiese despachado, puesto que no podía convenirle bajo ningún concepto.

—Carpena, respondió fríamente Andrés Ferrato, ya os habéis dirigido á mi hija y os ha dicho que no; ya os habéis dirigido á mí, y os he dicho no. Hoy volvéis á insistir, y os repito no, por la última vez.

El rostro del español se contrajo violentamente. Sus labios se entreabrieron, dejando ver sus dientes. Sus ojos lanzaron una mirada feroz. Pero la poca luz que había en la habitación no permitió á Andrés Ferrato observar aquella malvada fisonomía.

—¿Es vuestra última palabra? preguntó Carpena.

—Es mi última palabra, si por última vez me hacéis esa demanda; pero si la renováis, tendréis la misma respuesta.

—¡La renovaré... sí! La renovaré, repitió Carpena, si María me dice que lo haga.

—¡Ella, exclamó Andrés Ferrato, ella!... Bien sabéis que mi hija no tiene para vos ni amistad ni estimación.

—Sus sentimientos podrán cambiar después que haya tenido con ella una entrevista, respondió Carpena.

—¿Una entrevista?

—Sí, Ferrato; deseo hablarla.

—¿Y cuándo?

—En seguida... ¿Lo oís? Es preciso que la hablé. Es preciso... ¡esta misma noche!

—Yo rehuso por ella.

—¡Cuidado con lo que hacéis, dijo Carpena levantando la voz, cuidado!

—Cuidado... ¿Y por qué?

—Me vengaré

—¡Véngate si puedes ó te atreves, Carpena! respondió Andrés Ferrato, que á su vez se iba acalorando. Tus amenazas no me causan miedo, ya lo sabes. Y ahora sal, ó te arrojo fuera de aquí.

La sangre inyectó los ojos del español.

Tal vez iba á entregarse á alguna violencia con el pescador; pero logró dominarse, y después de empujar violentamente la puerta, se lanzó á la sala, y de allí fuera de la casa, sin haber pronunciado una palabra.

Apenas salió, cuando se abrió la puerta de la habitación vecina, ocupada por los fugitivos.

El conde Sandorf, que no había perdido una sílaba de aquella conversación, apareció en el umbral, y avanzando hacia Andrés Ferrato, le dijo en voz baja:

—Ese hombre es el que nos ha denunciado al cabo de la gendarmería; nos conoce, nos ha visto cuando hemos desembarcado sobre el canal de Lème. Nos ha seguido hasta Rovigno. Sabe evidentemente que nos habéis dado hospitalidad en vuestra casa. Luego dejadnos huir al instante, ó estamos perdidos... y vos también.

II

ÚLTIMOS ESFUERZOS EN LA ÚLTIMA LUCHA

Andrés Ferrato se quedó silencioso. No encontraba nada que responder al conde Sandorf. Su sangre de corso hervía. Había olvidado á los dos fugitivos por quienes hasta entonces se arriesgó tanto. No pensaba más que en el español, no veía más que á Carpena.

—¡Miserable, miserable! murmuró por fin. ¡Sí! ¡Todo lo sabe; estamos á su merced! ¡He debido comprenderlo!

Matías Sandorf y Esteban Bathory miraban ansiosamente al pescador. Esperaban lo que iba á decir, lo que iba á hacer. No había un momento que perder para decidirse á tomar un partido. Tal vez se había cumplido ya la obra de delación.

—Señor conde, dijo por fin Andrés Ferrato; la policía puede invadir mi casa de un momento á otro. Sí: ese malvado debe saber, ó por lo menos suponer que os encontráis aquí, y ha venido á proponerme un trato. Mi hija, por precio de su

—¡Silencio! ¡Para vengarse de mí no vacilará en perderos! Ahora bien: si los agentes vienen, no es posible que escapéis, y seréis descubiertos. ¡Es preciso huir al instante!

—Tenéis razón, Ferrato, respondió el conde Sandorf; pero antes de separarnos dejadme daros gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros, y por lo que aún queríais hacer.

—Lo que yo quería hacer... ¡Lo que quiero hacer todavía! dijo con gravedad Andrés Ferrato.

—Nosotros rehusamos, respondió Esteban Bathory.

—Sí, rehusamos, añadió el conde Sandorf. Ya os habéis comprometido demasiado. Si nos encuentran en vuestra casa os espera el presidio. ¡Ven, Esteban, abandonemos esta vivienda antes de atraer á ella la ruina y la desgracia! ¡Huyamos; pero huyamos solos!...

Andrés Ferrato detuvo con la mano al conde Sandorf.

—¿Y á dónde iríais? le dijo. El país entero está vigilado por las autoridades. Los agentes de policía y los gendarmes recorren día y noche la campiña. No hay un punto del litoral donde podáis embarcaros, ni un sendero libre que os pueda conducir á la frontera. Partir sin mí, es marchar á la muerte.

—Seguid á mi padre, señores, añadió María. Suceda lo que quiera, no hace más que su deber intentando salvaros.

—¡Bien, hija mía, respondió Andrés Ferrato; no hago más que mi deber! Tu hermano debe aguardarnos en el bote. La noche es muy oscura. Antes de que puedan apercibirse estaremos en el mar. ¡Abrazame, María, abrazame y partamos!

Sin embargo, el conde Sandorf y su compañero no querían rendirse. Rehusaban aceptar tal abnegación.

Abandonar aquella casa al instante, para no comprometer al pescador, sí. Embarcarse con él cuando arriesgaba el presidio, no.

—Ven, dijo Matías Sandorf á Esteban Bathory. Una vez fuera de esta casa, sólo tendremos que temer por nosotros.

Y por la ventana abierta de su habitación iban á precipitarse á través del pequeño cercado, para ganar, ó el litoral, ó el interior de la provincia, cuando Luigi entró precipitadamente.

—¡Los agentes! dijo.

—¡Adiós! gritó el conde Sandorf.

Y, seguido de su compañero, saltó por la ventana.

En aquel momento una sección de agentes de policía hacía irrupción en la sala baja.

Carpena los conducía.

—¡Miserable! dijo Andrés Ferrato.

—¡Esta es mi respuesta á tu negativa! respondió el español.

El pescador había sido cogido y agarrado. En un instante los agentes ocuparon y visitaron

todas las habitaciones de la casa. La ventana, abierta sobre el cercado, les indicó el camino que acababan de tomar los fugitivos, lanzándose por ella en su persecución.

Los dos llegaban entonces al seto que limitaba al fondo el arroyuelo. El conde Sandorf, después de haberle salvado de un salto, ayudaba á Esteban Bathory á franquearle á su vez, cuando resonó un disparo á cincuenta pasos de él.

Esteban Bathory acababa de ser herido por una bala, que no hizo más que rozarle el hombro, es verdad, pero su brazo quedó paralizado, y le fué imposible prestarse al esfuerzo de su compañero,

—¡Huye, gritó, huye, Matías!

—¡No, Esteban, no! ¡Moriremos juntos! respondió el conde Sandorf, después de haber intentado por última vez levantar en sus brazos á su compañero herido.

—¡Huye, Matías, repitió Esteban Bathory, y vive para castigar á los traidores!

Las últimas palabras de Esteban Bathory fueron como una orden para el conde Sandorf. Á él incumbía ahora la obra de los tres; á él solo.

¡El magnate de la Transilvania, el conspirador de Trieste, el compañero de Esteban Bathory y de Ladislao Zathmar, debía hacer lugar al justiciero!

En aquel momento los agentes, que habían llegado á la extremidad del cercado, se arrojaron sobre el herido. El conde Sandorf iba á caer entre sus manos si vacilaba, aun cuando sólo fuese un momento.

—¡Adiós, Esteban, adiós! gritó.

Y de un salto prodigioso franqueó el arroyo, y desapareció.

Los agentes hicieron cinco ó seis disparos en aquella dirección; pero las balas no tocaron al fugitivo, que, arrojándose á un lado, corrió rápidamente hacia el mar.

Los agentes, sin embargo, estaban á sus alcances. No pudiendo distinguirle en la sombra, no pensaron en perseguirle directamente, sino que se dispersaron con el objeto de cortarle toda retirada, tanto hacia el interior del país como del lado de la ciudad y del promontorio que cierra la bahía al Norte de Rovigno.

Una brigada de gendarmes había venido en su ayuda, y maniobraba de manera que el conde Sandorf no tuviese acceso más que hacia el litoral. ¿Pero qué haría al llegar al límite de los arrecifes? ¿Lograría apoderarse de una canoa para lanzarse en pleno Adriático? No tendría tiempo para ello, y aun antes de haber podido desamarrarla, habría caído herido ó muerto de un balazo. Comprendió que iba á serle cortada la retirada en dirección al Este. El ruido de los disparos, los gritos de los agentes y gendarmes que se aproximaban, le indicaban que había sido cercado por la parte de la playa. No podía, pues, huir sino



—¡Huye, Matías! gritó Esteban Bathory.

hacia el mar y por el mar. Era, sin duda, correr á una muerte segura; pero valía más encontrarla en las olas que esperarla ante el pelotón que debía ejecutarle en la plaza de armas de la fortaleza de Pisino.

El conde Sandorf se lanzó, pues, hacia la orilla; en algunos saltos alcanzó las primeras olas que la resaca paseaba sobre la arena.

Sentía ya detrás de él á los agentes, y las balas, tiradas á bulto, le rozaban á veces la cabeza.

Más allá de la playa, como sucede en todo el litoral de Istria, apuntaba acá y allá un semillero de escollos formado de rocas aisladas.

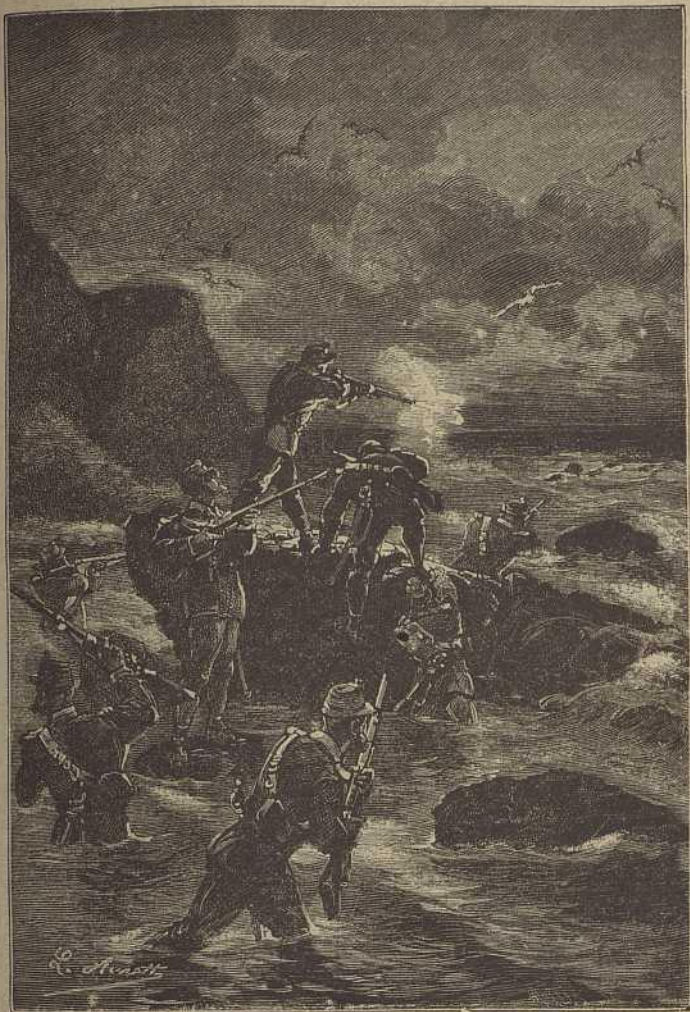
Numerosos charcos de agua llenaban los huecos entre estas rocas, los unos de muchos piés de profundidad; los otros tan someros, que apenas hubiesen mojado los tobillos.

Este era el último camino abierto ante Matías Sandorf. Aunque no dudaba que allí le aguardaba la muerte, no titubeó en seguirle.

Púsose, pues, á franquear los charcos de agua, saltando de roca en roca; pero entonces su silueta se destacó más visiblemente sobre el fondo menos oscuro del horizonte; los gritos le señalaron, y los agentes se lanzaron en su persecución.

El conde Sandorf estaba resuelto á no dejarse coger vivo. Si la mar le volvía á la orilla, no volvería más que un cadáver.

Esta difícil persecución sobre aquellas rocas resbaladizas ó conmovidas sobre aquellos fucos y ovas viscosas, á través de charcos de agua en que cada paso podía producir una caída, duró más de un cuarto de hora. El fugitivo había logrado conservar su delantera; pero el terreno solido iba á faltarle bien pronto.



Nueva descarga que hizo saltar el agua...

En efecto, llegó á una de las últimas rocas del arrecife. Dos ó tres agentes estaban sólo á diez pasos de él, los otros á una veintena más.

El conde Sandorf se levantó entonces. Lanzó un último grito, grito de adiós dirigido al cielo, y en el momento en que una descarga le envolvió en una granizada de balas, se precipitó en el mar.

Los agentes, llegados al límite mismo de las rocas, no distinguieron más que la cabeza del fugitivo, como un punto negro dirigiéndose mar adentro.

Nueva descarga que hizo saltar el agua alrededor de Matías Sandorf. Y sin duda debieron tocarle una ó muchas balas, porque se hundió bajo las olas, para no volver á reaparecer.

Durante el día, los gendarmes y agentes de policía estuvieron observando los escollos y las are-

nas de la playa, desde el promontorio del Norte de la bahía hasta el otro lado del fuerte de Rovigno; pero inútilmente. Nada vino á indicar que el conde Sandorf hubiese podido tomar pie sobre el litoral. Quedaron, pues, convencidos de que si no había muerto por una bala, habría perecido ahogado.

Sin embargo, á pesar de todas las pesquisas hechas con el mayor cuidado, no se encontró ningún cuerpo ni en las rompientes ni en un límite de más de dos leguas.

Pero como el viento soplaba de tierra, con la corriente que se dirigía hácia el Sudoeste, no era dudoso que el cadáver del fugitivo hubiese sido arrastrado hácia alta mar.

¡El conde Sandorf, el señor magiar, había tenido por sepulcro las ondas del Adriático!

Después de una minuciosa sumaria, ésta fué la

versión que adoptó el Gobierno austriaco, la más natural después de todo.

Esteban Bathory, cogido en las condiciones que sabemos, fué reconducido durante la noche y con buena escolta á la torre de Pisino, y reunido, por sólo algunas horas, á Ladislao Zathmar.

La ejecución se fijó para el día siguiente, 30 de Junio.

En aquel momento supremo, Esteban Bathory hubiera podido ver, sin duda, por última vez, á su esposa y á su hijo.

Ladislao Zathmar hubiera podido recibir el último abrazo de su servidor, pues se había dado la autorización para permitirles la entrada en la torre de Pisino.

Pero Mad. Bathory y su hijo, como también Borik, que había salido de la prisión, habían abandonado á Trieste.

No sabiendo dónde habían sido conducidos los prisioneros, puesto que la detención había sido secreta, les habían buscado hasta en Hungría, hasta en Austria; y después de pronunciada la sentencia, no pudo encontrárseles á tiempo.

Esteban Bathory no tuvo, pues, el último consuelo de volver á ver á su esposa y á su hijo. No pudo decirles el nombre de aquellos traidores á quienes no podía ya alcanzar la justicia de Matías Sandorf.

Esteban Bathory y Ladislao Zathmar, á las cinco de la tarde, fueron pasados por las armas en la plaza de la fortaleza. Murieron como hombres que habían hecho el sacrificio de su vida por la independencia de su país.

Silas Toronthal y Sarcany podían en lo sucesivo creerse al abrigo de toda represalia, puesto que el secreto de su traición sólo era conocido de ellos y del gobernador de Trieste, traición que fué pagada con la mitad de los bienes de Matías Sandorf, habiéndose, por gracia especial, reservado la otra mitad á la heredera del conde, para cuando llegase á la edad de dieciocho años.

Silas Toronthal y Sarcany, insensibles á toda clase de remordimientos, podían, pues, gozar en paz de aquellas riquezas obtenidas por la más abominable traición.

El otro traidor, el español Carpena, tampoco parecía tener nada que temer, habiendo cobrado la prima de cinco mil florines acordada al delator.

Pero si el banquero y su cómplice podían permanecer en Trieste con la cabeza erguida, puesto que el secreto de su traición había quedado guardado, Carpena, por el contrario, tuvo que abandonar á Rovigno, bajo el peso de la reprobación general, para ir á vivir no se sabe dónde. ¿Pero qué le importaba? Nada tenía que temer, ni aun la venganza de Andrés Ferrato.

En efecto, el pescador había sido preso y condenado á cadena perpetua por haber dado asilo á los fugitivos. Sólo quedaban en la casa del hon-

rado Andrés, de donde había sido arrancado para no volver jamás, María con su pequeño hermano Luigi, amenazados por la miseria, que no tardaría mucho en alcanzarles.

Así, pues, tres miserables, con un interés puramente de codicia, sin que un solo sentimiento de odio les animase contra sus víctimas, excepto tal vez Carpena, el uno para restablecer sus negocios comprometidos, los otros dos para procurarse la riqueza, no habían retrocedido ante aquella odiosa maquinación.

Semejante infamia, ¿quedaría impune en este mundo, donde no siempre se ejerce la justicia de Dios? El conde Sandorf, el conde Ladislao Zathmar, Esteban Bathory, aquellos tres patriotas; Andrés Ferrato, aquel humilde hombre de bien, ¿no serían vengados?

El porvenir responderá.

III

PESCADE Y MATIFOU

Quince años después de los últimos acontecimientos que terminan el prólogo de esta historia, el 24 de Mayo de 1882, era día de fiesta en Ragusa, una de las principales ciudades de las provincias dálmatas.

La Dalmacia no es sino una estrecha lengua de tierra situada entre la parte septentrional de los Alpes Dináricos, la Herzegovina y el mar Adriático.

Tiene justamente la extensión necesaria para contener una población de cuatrocientas á quinientas mil almas, apretándose un poco.

Los dálmatas son una hermosa raza, sobrios en medio de aquel país árido, en que el humus (1) es raro, fiera en medio de las vicisitudes políticas que ha sufrido, altiva para con el Austria, á la cual está anexionada desde 1815, por el tratado de Campo Formio; en fin, honrada entre todas, puesto que se ha podido llamar á este país, según una hermosa frase de Mr. Iriarte, «el país de las puertas sin cerraduras.»

Cuatro círculos dividen la Dalmacia, y se subdividen á su vez en distritos. El círculo de Zara, el de Spalatro, el de Cattaro y el de Ragusa.

En Zara, capital de la provincia, reside el gobernador general.

En Zara se reúne la Dieta, cuyos miembros forman parte de la alta Cámara de Viena.

Los tiempos han cambiado mucho desde el siglo XVI, durante el cual, los Uscocos, turcos fugitivos, en guerra abierta con los musulmanes como con los cristianos, con el Sultán como con la República de Venecia, eran el terror de aquellos mares. Pero los Uscocos han desaparecido, y

(1) Tierra vegetal.

sólo se encuentran sus huellas en la Carniola. El Adriático es hoy tan seguro como cualquiera otra parte del soberbio y poético Mediterráneo.

Ragusa, ó más bien el pequeño estado de Ragusa, ha sido largo tiempo republicano, aún antes que Venecia, es decir, desde el siglo IX.

En 1808, un decreto de Napoleón I le reunió al año siguiente al reino de Iliria, é hizo de él un ducado para el mariscal Marmont. Ya en el noveno siglo, los navíos ragusinos, que cruzaban todos los mares de Levante, tenían el monopolio del comercio con los infieles, monopolio acordado por la Santa Sede, lo que daba á Ragusa una gran importancia en medio de aquellas pequeñas repúblicas de la Europa meridional.

Pero Ragusa se distinguía aún por más nobles cualidades, y la reputación de sus sabios, el renombre de sus literatos, el gusto de sus artistas, la habían valido el nombre de Atenas slavona.

Sin embargo, para las necesidades del comercio marítimo es necesario un puerto de buen anclaje, de agua profunda, capaz de recibir los buques de gran porte, y un puerto semejante falta á Ragusa.

El suyo es estrecho, sembrado de rocas á flor de agua, y no puede dar acceso sino á pequeñas barcos de cabotaje ó á simples botes pescadores.

Felizmente, á una media legua al Norte, en el fondo de una de las cortaduras de la bahía de Dubla Fumera, un capricho de la naturaleza ha formado uno de esos excelentes puertos que pueden prestarse á todas las necesidades de la más intensa navegación.

Este puerto es Gravosa, el mejor tal vez de la costa dálmata.

Allí hay bastante agua hasta para los buques de guerra; allí no falta emplazamiento, ni para las calas de carena, ni para los astilleros de construcción; allí, en fin, pueden hacer escala los grandes *paquebots* con que los adelantos modernos han dotado á todos los mares del globo.

Sígnese de aquí que en aquella época, el camino de Ragusa á Gravosa se había convertido en un verdadero *boulevard*, plantado con hermosos árboles, rodeado de villas encantadoras, frecuentado por la población de la ciudad, que contaba entonces de dieciséis á diecisiete mil habitantes.

Aquel día, á cosa de las cuatro de una hermosa tarde de primavera, hubiérase podido observar que los ragusinos se dirigían en gran número hacia Gravosa.

En aquel arrabal, que así puede llamarse Gravosa, construido á las puertas de la ciudad, había una fiesta local, con juegos diversos, barracas, música y baile al aire libre, charlatanes, acróbatas y cantantes, cuyos gritos, instrumentos y canciones hacían gran ruido en las calles y hasta en los muelles del puerto.

Para un extranjero era una buena ocasión de

estudiar los diferentes tipos de la raza slava, mezclada á los bohemios de todas clases.

No solamente habían concurrido á la fiesta aquellos nómadas para explotar la curiosidad de los visitantes, sino que también los campesinos y montañeses habían querido tomar parte en aquellos regocijos públicos.

Las mujeres se mostraban en gran número; damas de la ciudad, campesinas de los alrededores, pescadoras del litoral. Las unas con trajes que revelaban la tendencia á conformarse con las últimas modas de la Europa occidental. Las otras con vestidos que variaban en cada distrito, á lo menos en algunos detalles; camisas blancas bordadas en las mangas y en el pecho, hopalandas de dibujos multicolores, cinturones con mil clavos de plata, verdadero mosaico en que los colores se casan como en un tapiz de Persia, bonete blanco sobre los cabellos trenzados con cintas de colores, el *okronga*, de cuya parte superior pende un velo que cae hacia atrás, como el *puskul* del turbante oriental, polainas y zapatos retenidos al pie por cordones de paja.

Y, para completar todo este adorno, alhajas que bajo la forma de brazaletes y collares de pcecitas de plata, colocan de mil maneras para adornar el cuello, los brazos, el pecho y la cintura. Estas joyas hubieran podido verse hasta en el adorno de las gentes de la campiña, que tampoco desdeñan el vivo de bordados con que realzan el contorno de sus telas.

Pero entre todos aquellos trajes ragusinos que llevan con gracia hasta los marinos del puerto, resaltan los de los *comisionarios*, corporación privilegiada, á propósito para llamar más particularmente la atención. Estos demandaderos, verdaderos orientales, con turbante, chaqueta, chaleco, cinturón, ancho pantalón turco y babuchas, no hubieran estado fuera de carácter en los muelles de Gálata ó en la plaza de *Top'hané*, en Constantinopla.

La fiesta estaba entonces en todo su auge; las barracas no se desocupaban ni en la plaza ni en los muelles.

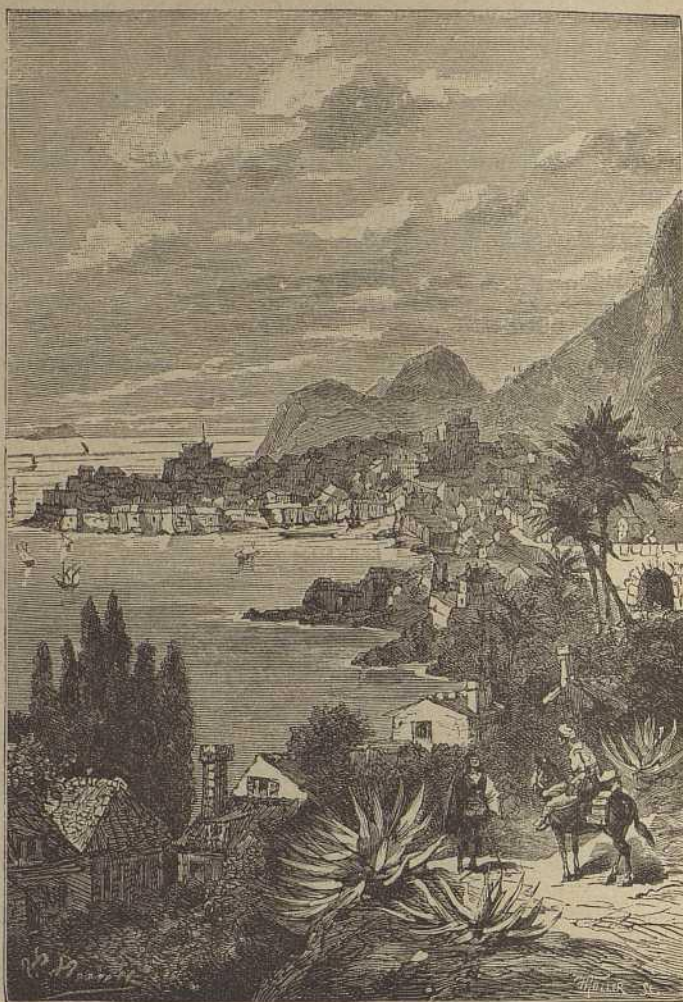
Había además una *attraction* suplementaria á propósito para atraer cierto número de curiosos.

Era el acto de botar al agua un *trabacolo*, especie de barco particular al Adriático, que lleva dos mástiles y dos velas de trinquete, envergadas por su alta y baja relinga.

La botadura debía tener lugar á las seis de la tarde, y el casco del *trabacolo*, desembarazado ya de sus puntales, sólo esperaba la separación del contrate para deslizarse al mar.

Pero hasta entonces, los saltimbanquis, los músicos ambulantes, los acróbatas iban á rivalizar en talento y destreza para la mayor satisfacción del público.

Hasta entonces, los músicos eran los que atraían mayor número de espectadores.



Ragusa.

Entre ellos, los guzlares ó tañedores de guzla realizaban los mejores ingresos.

Acompañándose con sus bizarros instrumentos, entonaban con voz gutural los cantos de su país, y bien valía la pena de detenerse á escucharlos.

La guzla de que se sirven aquellos artistas callejeros tiene varias cuerdas tendidas sobre un mango desmesurado, que raspan únicamente con una simple cuerda de vihuela.

En cuanto á la voz de los cantantes, no hay peligro de que falte, pues cuando no la encuentran en el pecho, se van á buscarla á la cabeza.

Uno de los cantantes, gran mocetón de amarilla piel y oscuro pelo, teniendo entre las rodillas su instrumento, semejante á un violoncello en flaquecido, entonaba, acompañándose de actitud

des y gestos, una *canzonetta* cuya traducción casi literal es la siguiente:

Cuando vibra la canción,
cuando canta la gitana,
pon á su canto atención,
guárdate
de la gitana.

Si te hallas lejos de ella,
y su mirada
al cielo se dirige
dulce y velada,
puedes su canto
escuchar sin peligro
ni sobresalto.

Cuando vibra la canción,
cuando canta la gitana,
pon á su canto atención;

guárdate
de la gitana.

Después de esta primera copla, el cantor, con su platillo en la mano, vino á solicitar de los asistentes el donativo de algunas monedas de cobre. Pero el ingreso debió ser muy exiguo, y volvió á su sitio para procurar enternecer á su auditorio con la segunda copla de su *canzonetta*:

Mas, si una vez cantando,
sus ojos negros
hácia ti se dirigen
llenos de fuego,
la paz del alma
te roba en un instante
con su mirada.
Cuando vibra la canción,
cuando canta la gitana,
pon á su canto atención,
guárdate
de la gitana.

Un hombre de unos cincuenta á cincuenta y cinco años escuchaba tranquilamente el canto de los bohemios; pero poco sensible á tan poéticas evocaciones, su bolsa había permanecido cerrada hasta entonces.

Verdad es que no era la gitana la que acababa de cantar mirándole con sus «grandes ojos negros» sino sencillamente aquel zángano que la sería de intérprete.

La, pues, á abandonar su sitio sin haberle pagado, cuando una joven que le acompañaba, le dijo diciendo:

—Padre mío, no traigo dinero. Os ruego déis algo á esa pobre gente.

Y he aquí de qué manera el guzlar recibió cuatro ó cinco *kreutzers*, que no hubiera tenido sin la intervención de la joven. No porque su padre, que era muy rico, fuese avaro hasta el punto de rehusar una limosna á un pobre, sino porque no era de los que se conmueven con las miserias humanas.

Después, ambos se dirigieron, á través de la machedumbre, hácia otras barraças no menos animadas, mientras los guzlares se dispersaron en las más próximas para «liquidar» los ingresos, no rehusándose los frascos de *slivovitz*, violento aguardiente obtenido por la destilación de la ciruela, y que pasaba como un simple jarabe por el ganate de aquellos bohemios.

Sin embargo, todos estos artistas al aire libre, cantores ó saltimbanquis, no gozaban igualmente del favor del público. Entre los más olvidados, podía notarse á dos acróbatas, que en vano se movían sobre un tablado sin espectadores. Por encima de este tablado colgaban telas pintarrajeadas, en bastante mal estado, representando animales feroces, pintados al temple, con los contornos más fantásticos, leones, chacales, hienas,

tigres, boas, etc., saltando ó desarrollándose en medio de paisajes inverosímiles.

En la parte posterior se veía un pequeño circo, rodeado de viejas telas cribadas de agujeros, á los que los curiosos aplicaban miradas indiscretas, lo que debía perjudicar notablemente la entrada.

En la parte anterior, sobre uno de los piquetes, reposaba una mala plancha, cartel rudimentario, que mostraba estas cinco palabras, groseramente trazadas con carbon:

Pescade y Matifou, acróbatas franceses.

Bajo el punto de vista físico, y sin duda bajo el punto de vista moral, estos dos hombres eran tan diferentes el uno del otro, como pueden serlo dos criaturas humanas.

Sólo su común origen había podido acercarlos para correr el mundo y sostener el combate de la vida.

Los dos eran provenzales.

¿De dónde les venían aquellos extraños nombres, que tal vez tenían alguna fama en su lejano país? ¿Eran el de dos puntos geográficos entre los cuales se abre la bahía de Argel, el cabo Matifou y la punta Pescade? Sí; y en realidad aquellos nombres les sentaban perfectamente, como el de Atlas á cualquier gigante de combates de feria.

El cabo Matifou es una protuberancia enorme, poderosa, inmóvil, que se levanta en la extremidad Nordeste de la vasta rada de Argel, como para desafiar los elementos desencadenados, y merecer el célebre verso:

«Su masa indestructible ha fatigado al tiempo.»

Tal era el atleta Matifou, un Alcides, un Porthos, un rival afortunado de los Ompdrailles, de los Nicolás Creste, y otros célebres luchadores que ilustran los Circos del Mediodía.

Este atleta (preciso es verlo para creerlo, se diría de él) tenía cerca de seis pies de altura, cabeza voluminosa, espaldas en proporción, el pecho como un fuelle de fragua, las piernas como troncos de doce años, los brazos como las bielas de una máquina, las manos como tenazas.

Era el vigor humano en todo su esplendor; tanto más de admirar, cuanto que no contaba aún ventidós años.

En este sér de inteligencia mediana, sin duda, el corazón era bueno, el carácter dulce y sencillo. No tenía ni odio ni cólera; incapaz de hacer daño á nadie, apenas se atrevía á apretar la mano que le tendían, por temor de aplastarla entre la suya. En el fondo de su tan poderosa naturaleza, nada del tigre, del cual tenía la fuerza; así es que obedecía á una palabra, á un gesto de su compañero, como si algún capricho del Creador hubiese hecho del gigante el hijo del enano.

Por contraste, en la extremidad Oeste de la bahía de Argel, la punta Pescade, opuesta al cabo

Matifou, es baja, afilada: una lengua de rocas que se interna en el mar.

De aquí el nombre de Pescade dado á aquel muchacho de veinte años, pequeño, delgado, consumido, no pesando en libras la cuarta parte de lo que su compañero pesaba en kilos; pero listo, ágil de cuerpo, de espíritu inteligente, de un buen humor inalterable, tanto en la buena como en la mala fortuna, filósofo á su manera, inventivo y práctico, un verdadero mono, pero sin maldad, é indisolublemente ligado por la suerte al honrado paquidermo que conducía á través de todos los azares de una vida de saltimbanquis.

Ambos eran acróbatas de oficio, y recorrían las ferias ejerciendo su profesión. Matifou, ó Cabo Matifou, como generalmente le llamaban, luchaba en los Circos, ejecutaba toda clase de ejercicios de fuerza, doblaba las barras de hierro con su cúbito, levantaba con los brazos extendidos á los más pesados de la sociedad, y manejaba á su joven compañero como si hubiese sido una bola de billar.

Pescade, ó Punta Pescade, llamado así comúnmente, declamaba, cantaba, *bufoneaba* y divertía al público con graciosas ocurrencias, que nunca le faltaban, y le admiraba con sus lances de equilibrista, que ejecutaba con la mayor destreza, cuando no le maravillaba con sus juegos de cartas, en los cuales excedía á los más hábiles prestidigitadores, encargándose de ganar á los más expertos en cualquier juego de cálculo ó de azar.

Pero «¿por qué, me diréis?» (locución familiar de Punta Pescade), ¿por qué, aquel día, sobre el muelle de Gravosa, aquellos dos pobres diablos se veían abandonados de los espectadores en provecho de otras barracas? ¿Por qué la escasa entrada, de que tanta necesidad tenían, amenazaba faltarles? Aquello era verdaderamente inexplicable.

Sin embargo, su lenguaje, agradable mezcla de provenzal y de italiano, era más que suficiente para hacerse comprender de un público dalmata. Desde su partida de Provenza, sin parientes que nunca habían conocido, verdaderos productos de una generación espontánea, habían logrado salir del paso buscando los mercados y las ferias, viviendo más bien mal que bien; y si no se desayunaban todos los días, cenaban por lo regular todas las noches; lo que era suficiente, porque, según decía Punta Pescade, «no hay que pedir imposibles.»

Y no obstante, aquel día, si el buen muchacho no los pedía, por lo menos lo intentaba, ensayando atraer algunas docenas de espectadores ante su tablado, con la esperanza de decidirlos á visitar su miserable circo.

Pero ni sus arengas ni sus despropósitos, que hubieran hecho la fortuna de un *vodevilista*, ni sus gestos, que hubieran desarrugado la cara de

un santo de piedra en el nicho de una catedral, ni sus contorsiones y torceduras, verdaderos prodigios de dislocación, ni el juego de su peluca de grama, cuya cola de salsifi (1) barria la tela roja de su justillo, ni sus ocurrencias dignas del *Pulcinello de Roma*, ó del *Stentarello de Florencia*, no tenían acción sobre el público.

Y sin embargo, su compañero y él eran bien conocidos, desde hacía algunos meses, de aquel público slavo.

Después de haber abandonado la Provenza, los dos amigos se habían lanzado á través de los Alpes marítimos, el Milanésado, la Lombardia, el Véneto, montados, así puede decirse, el uno sobre el otro. Cap Matifou, célebre por su fuerza; Pointe Pescade, célebre por su agilidad.

Su renombre les había empujado hasta Trieste, en plena Iliria. Desde Trieste, siguiendo la Istria, habían bajado por la costa dalmata, á Zara, á Salone, á Ragusa, hallando más provecho siempre en ir hacia adelante, que en volver hacia atrás. Atrás ya estaban gastados. Adelante llevaban un repertorio nuevo, del que sacarían acaso algún beneficio.

Ahora ¡bien lo veían! el viaje, que nunca había sido muy bueno, amenazaba volverse muy malo. Así es que los pobres diablos sólo tenían un deseo que no sabían cómo realizar: el despartirse, volver á ver la Provenza, no volver á aventurarse tan lejos de su país natal. Pero arrastraban un peso, el peso de la miseria, y hacer algunos cientos de leguas con aquel peso á los pies, era muy duro.

Sin embargo, después de haber pensado en el porvenir, era necesario pensar en el presente, es decir, en la cena de aquella noche, por cierto muy comprometida. No había un solo *krentzer* en la caja, si puede darse este nombre pretencioso á la punta del pañuelo en que Pescade encerraba habitualmente la fortuna de los dos asociados.

¡En vano se afanaba moviéndose sin cesar sobre el tablado! ¡En vano lanzaba desesperadas llamadas á través del espacio! ¡En vano Cap Matifou exhibía *biceps*, cuyas venas sobresalían como las ramificaciones de la yedra alrededor de un tronco nudoso! Ningún espectador manifestaba el pensamiento de entrar en el recinto de tela.

— ¡Duros al cebo son estos dalmatas! decía Pescade.

— ¡Como peñas! repetía Matifou.

— Decididamente, creo que nos costará algún trabajo estrenarnos hoy. No va á haber más remedio que levantar el campo.

— ¿Para ir adónde?

— Eres muy curioso, respondió Pescade.

— No importa, dilo.

— Pues bien: ¿qué pensarías de un país donde se tuviese la casi seguridad de comer una vez al día?

(1) Planta leguminosa, de raíz comestible.

—¿Y qué país es ese?

—¡Ah! Está lejos, bien lejos, muy lejos... y aún más lejos que muy lejos.

—¿Al fin de la tierra?

—La tierra no tiene fin, respondió sentenciosamente Pointe Pescade. Si tuviese fin, no sería redonda. Si no fuese redonda, no daría vueltas. Si no diese vueltas, estaría inmóvil, y si estuviese inmóvil...

—¿Y bien? preguntó Cap Matifou.

—Caería sobre el sol en menos tiempo que me hace falta para escamotear un conejo.

—¿Y entonces?

—Entonces sucedería lo que sucede á un jugador poco diestro, cuando dos de sus bolas se encuentran en el alfiler. ¡Ora! Se rompen, se caen y el público silba, pide que le devuelvan el dinero, hay que devolvérselo, y aquella noche no se cena.

—¿De modo, preguntó Cap Matifou, que si la tierra cayese sobre el sol, no cenaríamos?

Y se quedó abismado en aquellas perspectivas infinitas.

Sentado en un rincón del estrado, cruzados los brazos sobre su pecho, movía la cabeza como un chino de porcelana, sin decir, ver, ni oír absolutamente nada. Se absorbía en la más ininteligente asociación de ideas. Todo se confundía en su gruesa cabeza, sintiendo como abrirse un abismo en lo más profundo de su sér. Entonces le pareció que subía alto, muy alto... más alto que muy alto; aquella expresión de Pointe Pescade, aplicada al alejamiento de las cosas, le había impresionado vivamente. Después, de repente, le soltaban y caía... en su propio estómago, es decir, en el vacío.

Fué una verdadera pesadilla. Levantóse de su sitio con las manos extendidas, como un ciego, y á poco más se precipita de lo alto del tablado.

—¿Qué es eso? Cap Matifou, ¿qué te pasa? exclamó Pointe Pescade, que agarró á su compañero por el brazo y logró, aunque no sin trabajo, hacerle retroceder.

—¿Yo... lo que tengo?...

—¿Sí... tú!

—Tengo... dijo Cap Matifou coordinando poco á poco sus ideas (operación difícil, aunque su número no fuese considerable) tengo, que es preciso que te hable, Pointe Pescade.

—Habla, pues, amigo Cap, y no temas que te escuchen; el público se ha evaporado.

Cap Matifou se sentó sobre su escabel, y con su vigoroso brazo, pero dulcemente, como si hubiera temido romperle, atrajo hácia sí á su pequeño compañero.

IV

LA BOTADURA AL MAR DEL «TRABACOLO»

—Esto no marcha, dijo Cap Matifou.

—¿Qué es lo que no marcha? preguntó Pointe Pescade.

—Los negocios.

—Mejor podían ir, esto es incontestable; pero también podían ir peor.

—¡Pescade!

—¡Matifou!

—No me guardes rencor por lo que voy á decirte.

—Te le guardaré, por el contrario, si es que lo mereces.

—Pues bien... deberías abandonarme.

—¿Qué entiendes tú por abandonarte?... ¿Separarme de ti? preguntó Pointe Pescade.

—Sí.

—¡Continúa, Hércules de mis sueños! Me interesas!

—Sí, estoy seguro que estando solo, no pasarías tantos apuros... Yo te estorbo, y sin mí encontrarías medios de...

—Dime, Cap Matifou, respondió gravemente Pointe Pescade: ¿tú eres gordo, no es verdad?

—Sí.

—¿Y grande?

—Sí.

—Pues por grande y gordo que seas, no comprendo cómo has podido contener la majadería que acabas de decir.

—¿Y por qué, Pointe Pescade?

—Porque es aún mucho más grande y más gorda que tú, Cap Matifou. ¡Abandonarte yo, bestia de mi corazón! Si yo no estuviese á tu lado, te pregunto: ¿con quién trabajarías?

—¿Con quién?...

—¿Quién daría el salto mortal sobre tu occipucio?

—Yo no digo...

—¿Ó el salto de costado entre tus manos?

—¡Diantre! respondió Matifou embarazado ante preguntas tan apremiantes.

—Sí... en presencia de un público en delirio...

¡Cuando por casualidad hay un público!

—¡Un público! murmuró Matifou.

—Luego, replicó Pescade, cállate y no pensemos más que en ganar lo necesario para cenar esta noche.

—¡No tengo hambre!

—Tú siempre tienes hambre, Cap Matifou; ¡luego ahora tienes hambre! respondió Pointe Pescade, entreabriendo con las dos manos la enorme mandíbula de su compañero, que no había tenido necesidad de la muela del juicio para tener sus

treinta y dos dientes. Bien lo veo en tus caninos, largos como los colmillos de un perro dogo. Tienes hambre, te digo, y aun cuando no debiéramos ganar más que medio florin, un cuarto de florin, ¡tú comerás!

—Pero ¿y tú, Pescade?

—¿Yo?... ¡Un grano de mijo me basta! Yo no tengo necesidad de ser fuerte, mientras que tú, hijo mío... ¡Sigue bien mi razonamiento! ¡Cuanto más comes, más engordas! ¡Cuanto más engordes, más fenómeno te vuelves!...

—¡Fenómeno... sí!...

—¡Yo, por el contrario, cuanto menos como más adelgazo, y cuanto más adelgace más fenómeno á mi vez! ¿No es cierto?

—Es cierto, respondió Cap Matifou con la mayor candidez. Luego por interés mío, Pointe Pescade, es necesario que coma.

—Como lo dices: en cambio, en el mío está el comer lo menos posible.

—¿De suerte que si no hubiese más que para uno?...

—¡Sería para ti!

—Pero si hubiese para dos...

—¡Para ti todavía! ¡Qué diablo, Cap Matifou, tú bien vales dos hombres!

—¡Y cuatro... y seis... y diez!... exclamó el Hércules, del que con dificultad hubieran dado cuenta diez hombres.

Y dejando aparte la enfática exageración común á los atletas del mundo antiguo y moderno, la verdad es que Cap Matifou había triunfado de todos los luchadores que se habían medido con él.

Citábanse dos hechos que probaban su fuerza prodigiosa.

Una noche, en Nîmes, en un circo construido de madera, cedió uno de los tirantes que sostenían las formas de la armadura. El crujido que produjo la rotura sembró el espanto entre los espectadores, amenazados de quedar aplastados por la caída del techo, ó de reventarse ellos mismos procurando salir por los corredores.

Pero Cap Matifou estaba allí. Dió un salto hacia el tirante, ya fuera de plomo, y en el momento en que la armadura cedía, él la sostuvo con sus robustas espaldas durante el tiempo necesario para la evacuación de la sala. Después, de otro salto, se precipitó fuera en el momento en que el techo se desplomaba detrás de él.

Esto para su fuerza de espaldas. Veamos para la de brazos.

Un día, en las llanuras de Camargue, un toro picado se escapó del cercado donde estaba encerrado; persiguió é hirió á varias personas, y hubiera causado mayores desgracias sin la intervención de Cap Matifou, que corriendo hacía el animal le aguardó á pié firme, y agarrándole por los cuernos en el momento en que se precipitaba sobre él con la cabeza baja, le derribó y mantuvo

con los cascos al aire hasta dominarle y ponerle fuera de estado de hacer daño.

Hubieran podido presentar otras muchas pruebas de su fuerza sobrehumana; pero estas bastan para hacer comprender, no solamente el vigor de Cap Matifou, sino también su valor y su abnegación, pues no vacilaba jamás en arriesgar su vida cuando se trataba de acudir en auxilio de sus semejantes.

Era, pues, un sér tan bueno como fuerte.

No obstante, para no perder nada de aquellas fuerzas, como decía Pointe Pescade, era preciso que comiese, y su compañero le obligaba á comer, privándose él cuando no había más que para uno y aún hasta para dos.

Sin embargo, aquella noche la cena ni aun para uno aparecía todavía en el horizonte.

—Hay brumas, repetía Pointe Pescade.

Y para disiparlas, aquel bravo corazón reanudo alegremente sus discursos y sus gestos.

Paseaba por el tablado, se movía, se dislocaba, marchaba sobre las manos cuando no sobre los pies, habiendo observado que poniéndose cabeza abajo tenía menos hambre. Repetía en una jerga mitad provenzal, mitad slava, los eternos chistes de las farsas burlescas, que estarán en uso mientras haya un solo payaso para lanzarlas á la muchedumbre y tontos para escucharlas.

—¡Entrad, señores, entrad! gritaba Pointe Pescade. ¡Sólo se paga al salir... la bagatela de un kreutzer!

Pero para salir era necesario entrar primero, y de las cinco ó seis personas detenidas ante las telas pintarrajeadas, ninguna se decidió á penetrar en el pequeño circo.

Entonces Pointe Pescade mostraba los animales feroces pintados sobre las telas. No porque tuviese para ofrecer al público una colección de fieras, sino porque aquellas bestias terribles existían en algunos rincones del África ó de las Indias; y si Cap Matifou las llegaba á encontrar alguna vez en su camino, Cap Matifou daría cuenta de ellas de un solo bocado.

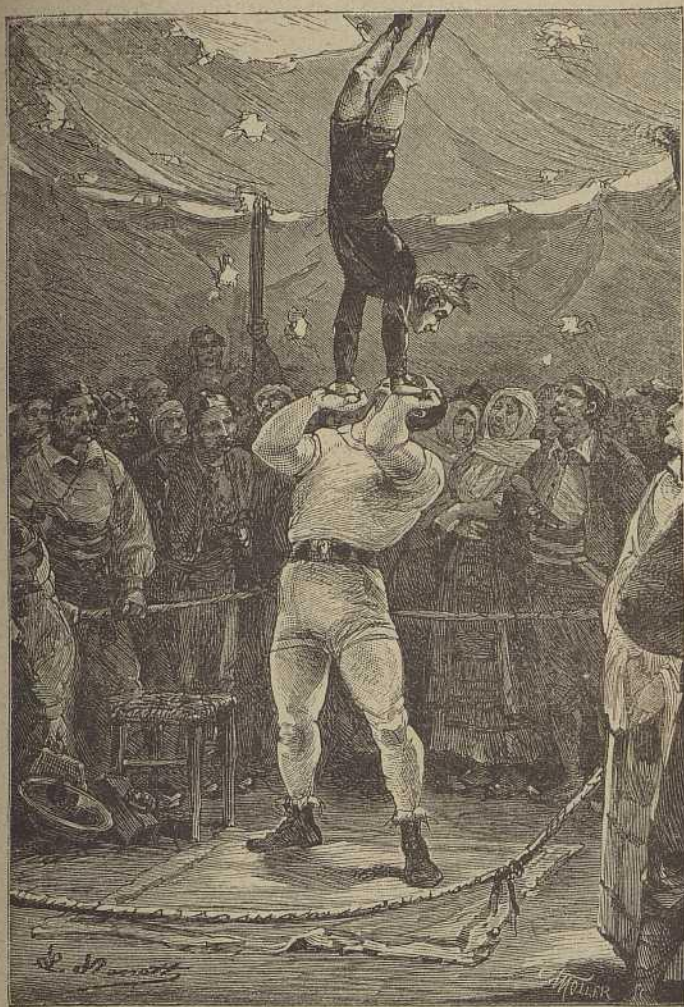
Y continuaba pronunciando sus arengas, que el Hércules interrumpía de cuando en cuando con fuertes golpes de bombo, que estallaban como cañonazos.

—¡La hiena, señores, la hiena, originaria del Cabo de Buena Esperanza, animal ágil y sanguinario que franquea los muros de los cementerios, en los que hace su presa!

Al otro lado de la tela, en un agua amarilla, en medio de hierbas azules:

—Ved, señores, vez el joven é interesante rinoceronte de edad de quince meses! ¡Fué criado en Sumatra, y durante la travesía estuvo á punto de hacer zozobrar el buque con su terrible cuerno!...

Después, en primer término, en medio de un montón verdoso de huesos de sus víctimas:



Cap Matifou manejaba á su compañero.

—¡Mirad, señores, mirad! ¡El terrible león del Atlas! ¡Habita el interior del Sahara, en las arenas ardientes del Desierto! ¡En el momento del calor tropical se refugia en las cavernas! Si encuentra algunas gotas de agua, se precipita y sale de allí chorreando. ¡Por eso le han llamado león nímida!

Pero tantas atracciones corrían el riesgo de ser perdidas. Pointe Pescade comprometía en vano sus pulmones. En vano también Cap Matifou golpeaba el bombo, á riesgo de romperle. ¡Era desesperante!

Sin embargo, algunos dálmatas, vigorosos montañeses, acababan por fin de detenerse ante el atleta Matifou, á quien examinaban como conocedores.

Pointe Pescade aprovechó la ocasión, provocando á aquellas honradas gentes á medirse con él.

—¡Entrad, señores, entrad! ¡Es la ocasión! ¡Gran lucha de hombre! Lucha á armas corteses. ¡Las espaldas deben tocar al suelo! Cap Matifou se compromete á derribar á los aficionados que quieran honrarle con su confianza.

—¡Un justillo de algodón, en premio á quien le venza! ¿Estais, señores? añadió Pointe Pescade dirigiéndose á tres sólidos mocetones que le miraban embobados.

Pero éstos no juzgaron á propósito comprometer su solidez en aquella lucha, por honrosa que pudiera ser para los dos adversarios.

Pointe Pescade se vió reducido á anunciar que, á falta de aficionados, el combate tendría lugar entre él y Cap Matifou. ¡Sí, la destreza midiéndose con la fuerza!

—¡Entrad, señores, entrad! ¡Seguid á la gente! repetía desgañitándose el pobre Pescade. ¡Veréis

lo que no habéis visto jamás! ¡Pointe Pescade y Cap Matifou á la greña! ¡Los dos gemelos de la Provenza! ¡Sí!... Dos gemelos... aunque de distinta edad... y de diferente madre. ¡Eh! ¡Cómo nos parecemos! ¡Yo, sobre todo!...

Un joven se detuvo delante del tablado. Escuchaba gravemente aquellos chistes, gastados hasta la saciedad.

Tendría, á lo más, veintidos años, y era de estatura más que mediana. Sus regulares facciones, un poco fatigadas por el trabajo; su fisonomía, marcada con cierta severidad, denotaban una naturaleza pensativa, educada tal vez en la escuela del sufrimiento. Sus grandes ojos negros, su barba cerrada y corta, su boca poco acostumbrada á sonreír, pero limpiamente dibujada bajo un fino bigote, indicaban, sin temor de engañarse, su origen húngaro, en el cual dominaba la sangre magiar.

Estaba sencillamente vestido con un traje moderno, sin pretensiones de última moda.

Su actitud no podía engañar: en aquel joven había ya un hombre.

Escuchaba, hemos dicho, los inútiles discursos de Pointe Pescade. Le miraba, no sin cierto enternecimiento, revolverse en su tablado. Habiendo sufrido él mismo, sin duda, no podía ser indiferente á los sufrimientos de los demás.

—¡Son dos franceses! se dijo. ¡Pobres diablos! No recogen nada hoy.

Y entonces concibió la idea de constituir él solo su público, un público que pagase. Esto sería una limosna, pero una limosna disfrazada, y era probable que llegase muy á propósito. Avanzó, pues, hacia la puerta, es decir, hacia el pedazo de tela que, al levantarse, daba acceso al pequeño recinto.

—¡Entrad, caballero, entrad! gritó Pointe Pescade. Empezaremos al instante.

—Pero... estoy yo solo... observó el joven con bondadoso tono.

—¡Caballero! respondió Pointe Pescade con cierta altivez algo burlesca: los verdaderos artistas se atienen más á la calidad que á la cantidad de su público.

—Entretanto, si me permitís... replicó el joven sacando su bolsillo.

Y tomó dos florines, que depositó en el plato de estaño colocado en un rincón del tablado.

—Un buen corazón, se dijo Pointe Pescade.

Después, volviéndose hacia su compañero, dijo:

—¡Al combate, Cap Matifou, al combate! Demos á este caballero un espectáculo digno de su dinero.

Pero en el momento de entrar el único espectador del circo francés y provenzal, retrocedió precipitadamente.

Acaba de apercibir á la joven que, acompañada de su padre, se había detenido un cuarto de hora antes á escuchar la orquesta de los guzlares.

Ambos jóvenes, sin saberlo, habían tenido el mismo pensamiento para cumplir un acto caritativo. La una había dado limosna á los bohemios: el otro acababa de darla á los acróbatas.

Pero sin duda aquel encuentro no le bastaba, porque desde que apercibió á la joven olvidó su cualidad de espectador, el precio que había pagado por su localidad, y se lanzó hacia el lado en que ella se perdía entre la muchedumbre.

—¡Eh! ¡Caballero!... ¡Caballero!... gritó Pointe Pescade: ¡vuestro dinero!... No le hemos ganado, ¡qué diantre! Pero ¿dónde está?... ¡Ha desaparecido!... ¡Eh! ¡Caballero!...

Pero en vano buscaba á «su público», que se había eclipsado. Después miró á Cap Matifou, que no menos aturdido que él, estaba con la boca desmesuradamente abierta.

—¡En el momento en que íbamos á empezar! dijo por fin el gigante. Decididamente no estamos de vena.

—Comencemos de todos modos, respondió Pointe Pescade, bajando la escalerilla que conducía á la arena.

De esta manera, á lo menos, trabajando ante las banquetas, si las hubiera habido, habrían ganado su dinero.

Pero en aquel momento un inmenso rumor se elevó de los muelles del puerto.

La multitud pareció agitarse en un movimiento de conjunto muy pronunciado, que la conducía hacia el mar, y se dejaron oír, repetidas por centenares de voces, estas palabras:

—¡El *Trabacolo*!... ¡El *Trabacolo*!

Era efectivamente la hora en que debía ser botado el pequeño buque. Este espectáculo, siempre atractivo, era de naturaleza capaz de excitar la curiosidad pública.

Así es que la multitud que llenaba la plaza y los muelles los abandonó bien pronto para dirigirse al arsenal de construcción, donde debía tener lugar la operación de botarle al agua.

Pointe Pescade y Cap Matifou comprendieron que ya no podían contar con público alguno, por lo menos en aquel momento.

Así es que, deseosos de encontrar al único espectador que había estado á punto de llenar su circo, le abandonaron, sin tomarse siquiera el trabajo de cerrar la puerta ¿y para qué habían de cerrarla? dirigiéndose después hacia el arsenal.

Éste estaba situado en la extremidad de una punta, fuera del puerto de Gravosa, sobre un terreno en declive que la resaca orlaba con una ligera espuma. Pointe Pescade y su compañero, después de haberse abierto camino con sus codos, lograron colocarse en la primera fila de espectadores.

Jamás, ni aun en las noches de beneficio, habían visto iguales apreturas ante su tablado.

¡Oh degeneración del arte!

Libre ya el *Trabacolo* de los puntales que sostenían sus flancos, estaba en disposición de ser lanzado al agua. El ancla ocupaba su sitio; bastaría dejarla caer, cuando el casco entrase en el mar, para detener su impulso, que hubiera podido llevarle demasiado lejos en el canal.

Aun cuando el *Trabacolo* sólo medía unas cincuenta toneladas, era una masa bastante considerable para que no se hubiese omitido ninguna de las precauciones necesarias para llevar á cabo la operación.

Dos obreros del arsenal se mantenían sobre el puente, cerca del palo de popa, en la extremidad del cual ondeaba el pabellón dalmata, y otros dos en la proa, preparados para la maniobra del ancla.

El *Trabacolo* debía ser botado por la popa, según se hace en operaciones de este género. Su talón, reposando sobre la enjabonada corredera, sólo estaba retenido por la cuña, bastando levantar ésta para producir el resbalamiento; después, creciendo la velocidad por la masa puesta en movimiento, el buque marcharía por sí mismo hasta encontrarse en su elemento natural.

Ya media docena de carpinteros, armados de mazas de hierro, golpeaban sobre las cuñas introducidas en la proa, bajo la quilla del *Trabacolo*, á fin de levantarle un poco y determinar el movimiento que había de conducirle hacia el mar.

Todos seguían esta operación con el más vivo interés, en medio de un silencio general.

En aquel momento, á la vuelta de la punta que cubre hacia el Sur el puerto de Gravosa, apareció un yacht de recreo. Era una goleta de unas trescientas cincuenta toneladas. Intentaba doblar la punta del arsenal, á fin de tomar la boca del puerto. Como la brisa venía del Noroeste, ceñía el viento las amuras á babor, para no tener más que dejarse ir y alcanzar su sitio de anclaje. Antes de diez minutos habría llegado á él, y aumentaba rápidamente á los ojos de los espectadores, como si la hubieran mirado con un antejo cuyo tubo se fuese alargando por un movimiento continuo.

Precisamente, para entrar en el puerto, la goleta tenía que pasar por delante del arsenal donde se preparaba la botadura del *Trabacolo*; así es que, en cuanto fué señalada, pareció prudente, á fin de evitar todo peligro, suspender la operación, que volvería á emprenderse después de su paso por el canal.

Un abordaje entre los dos buques, presentando el uno su costado y abordándole el otro con gran velocidad, habría causado, con seguridad, alguna grave catástrofe á bordo del yacht.

Los obreros cesaron de atacar las cuñas con sus mazas, y el encargado de levantar el contrate ó llave, recibió orden de esperar. Sólo era cuestión de algunos minutos,

Entretanto la goleta llegaba rápidamente.

Hasta se podía observar que comenzaba sus preparativos para anclar; se había recogido el punto de amura de su vela mayor, al mismo tiempo que se cargaba la vela de mesana.

Pero la rapidez que la animaba era grande todavía bajo la acción de su trinquete y su segundo foque, en virtud de la velocidad adquirida.

Todas las miradas se dirigían hacia aquel gracioso buque, cuyas blancas velas se presentaban como doradas por los oblicuos rayos del sol.

Sus marineros, de uniforme levantino, con el fez rojo sobre la cabeza, corrían á las maniobras, mientras el capitán, situado en la popa al lado del timonel, daba sus órdenes con voz tranquila.

Bien pronto la goleta, á la que precisamente sólo faltaba una bordada para doblar la última punta del puerto, se encontró de través al astillero.

De repente se elevó un grito de terror. El *Trabacolo* acababa de conmoverse. El contrate había fallado, y el buque se ponía en movimiento en el momento mismo en que el yacht empezaba á presentarle su cachete de estribor.

Iba, pues, á producirse la colisión entre los dos barcos.

No había ni tiempo ni medio de impedirlo.

Ninguna maniobra que intentar.

A los gritos de los espectadores, había respondido otro grito lanzado por la tripulación de la goleta.

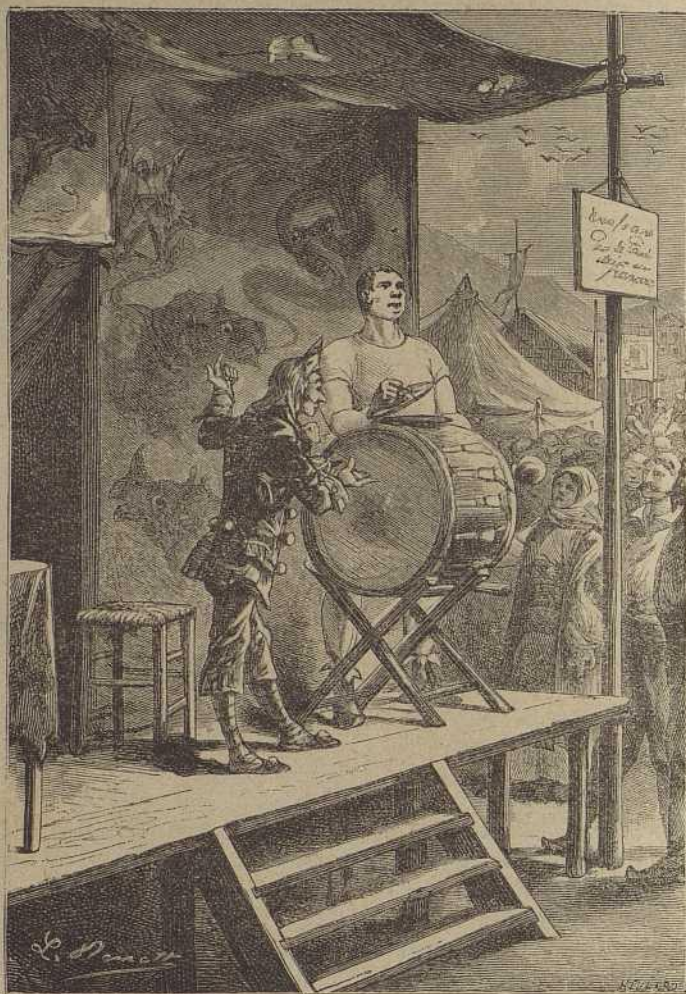
El capitán, conservando su sangre fría, quiso hacer virar al buque; pero era imposible que éste se separase de su dirección con la premura que el caso requería, ó que pasase al canal con la rapidez necesaria para evitar el choque.

En efecto, el *Trabacolo* había resbalado sobre su corredera. Un humo blanco, desarrollado por el rozamiento, remolineaba hacia la proa, mientras la popa se hundía ya en las aguas de la bahía.

De repente, un hombre se lanza hacia el *Trabacolo* y eoge una amarra que pende de la proa; pero en vano procura retenerla apuntalándose contra el suelo, á riesgo de ser arrastrado. Un cañón de hierro, fijo en la tierra, está allí para amarrar las embarcaciones. En un momento, la amarra queda arrollada y se extiende poco á poco, mientras el hombre, con riesgo de ser cogido y triturado, la retiene y resiste con una fuerza sobrehumana, durante diez segundos.

Entonces, la amarra se rompe. Pero aquellos diez segundos han bastado. El *Trabacolo* se ha sumergido en las aguas de la bahía y vuelve á levantarse cabeceando; se dirige hacia el canal, rasando á menos de un pie la popa de la goleta, y corre hasta el momento en que su ancla, cayendo al fondo, le detiene por la tensión de su cadena.

La goleta estaba salvada.



—Sólo se paga á la salida ..

En cuanto á aquel hombre, á quien nadie había tenido tiempo de ayudar (tan inesperada y rápida había sido la maniobra), era Cap Matifou.

—¡Bien... muy bien! gritó Pointe Pescade corriendo hacía su camarada, que le levantó en sus brazos, no para hacer volatines, sino para abrazarle como él abrazaba.

Entonces, los aplausos estallaron de todas partes.

La muchedumbre se apretó alrededor de aquel Hércules, no menos modesto que el famoso autor de los doce trabajos de la fábula, y que no comprendía la razón de aquel entusiasmo del público.

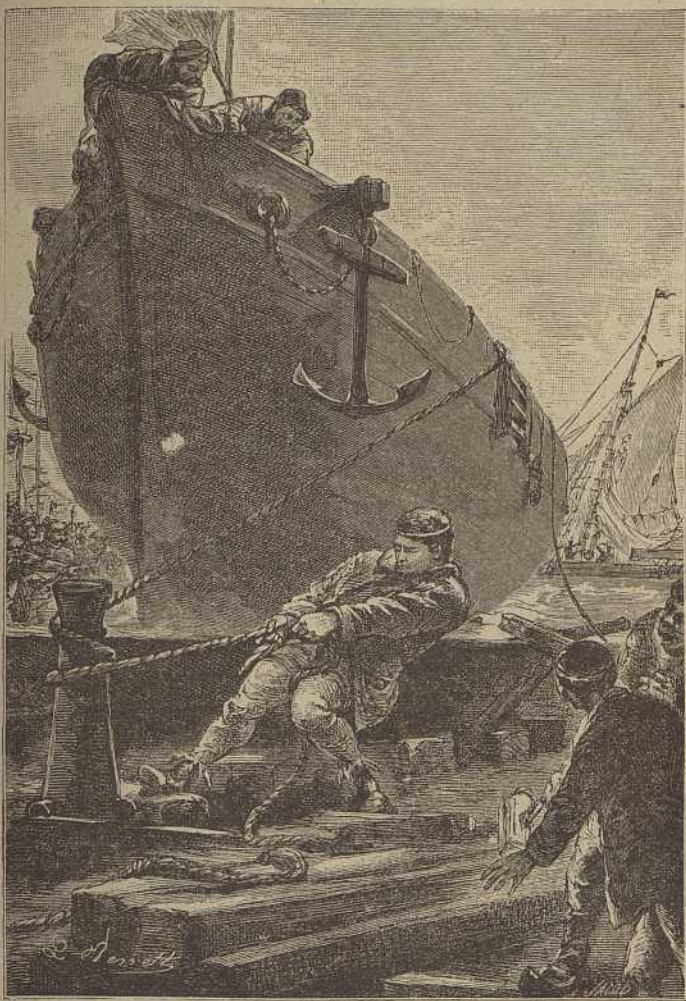
Cinco minutos después, la goleta había anclado en medio del puerto, y una elegante ballenera de seis remos depositaba sobre el muelle al propietario del yacht.

Era un hombre de elevada estatura, de unos cincuenta años de edad, cabellos casi blancos, y barba gris cortada á la oriental. De grandes ojos negros, interrogadores, de una vivacidad singular, que animaban su rostro algo tostado, de facciones regulares y bello todavía.

Lo que sobre todo impresionaba, á primera vista, era el aire de nobleza, de grandeza más bien, que emanaba de toda su persona.

Su traje de abordó consistía en un pantalón azul oscuro, un chaquetón del mismo color con botones metálicos, un cinturón negro que apretaba su talle bajo el chaquetón, y un ligero sombrero de tela oscura, dejando adivinar bajo estas prendas un cuerpo vigoroso, de soberbia estructura, al que la edad no había alterado todavía.

Desde que este personaje, en el cual se adivinaba un hombre enérgico y poderoso, puso el pie



La amarra se extiende poco á poco.

en tierra, se dirigió hacia los dos acróbatas á quienes la multitud cercaba y aplaudía.

Todo el mundo se separó á su paso.

Apenas llegó junto á Cap Matifou, su primer movimiento no fué buscar su bolsa y hacerle una cuantiosa limosna. No: tendió la mano al atleta y le dijo en italiano:

—Amigo mío, gracias por lo que acabáis de hacer.

Cap Matifou estaba avergonzado con tanto honor por tan poca cosa.

—Sí... está bien... es soberbio Cap Matifou, replicó Pointe Pescade, con toda la redundancia de su jerga provenzal.

—¿Sois franceses? preguntó el extranjero.

—¡Hasta más no poder! respondió Pointe Pescade, no sin orgullo; franceses del Mediodía de Francia.

El extranjero les miraba con verdadera simpatía, mezclada de cierta emoción. Su miseria era demasiado manifiesta para que pudiera engañarse. Tenía ante él á dos pobres saltimbanquis, de los que el uno, á riesgo de su vida, acababa de prestarle un gran servicio, pues una colisión entre el *Trabacolo* y la goleta hubiera podido hacer numerosas víctimas.

—Venid á verme á bordo, les dijo.

—¿Y cuándo, príncipe mío? preguntó Pointe Pescade ejecutando su más gracioso saludo.

—Mañana, á primera hora.

—¡A primera hora! respondió Pointe Pescade, mientras Cap Matifou prestaba su tácita aquiescencia, moviendo de arriba abajo su enorme cabeza.

Entretanto la muchedumbre no cesaba de rodear al héroe de esta aventura. Sin duda le hu-

biera llevado en triunfo si su peso no hubiese espantado á los más resueltos y más sólidos. Pero Pointe Pescade, siempre á la mira, creyó que debía utilizarse de las buenas disposiciones de semejante público, y mientras que el extranjero, después de una amistosa despedida, se dirigía hacia el muelle, gritó con voz alegre y persuasiva:

—¡La lucha, señores, la lucha entre el Cabo Matifou y la Punta Pescade! ¡Entrad, señores, entrad! ¡Se paga á la salida... ó á la entrada, como queráis!

Por esta vez fué escuchado y seguido de un público tal, cual nunca había visto.

Aquel día el recinto fué demasiado pequeño.

Hubo que despedir gente y devolver dinero.

En cuanto al extranjero, apenas había dado algunos pasos en dirección al muelle, cuando se encontró en presencia de la joven y su padre, que habían asistido á toda aquella escena.

A algunos pasos de distancia se hallaba el joven que les había seguido y á cuyo saludo contestó el padre con ademán altivo, de lo cual tuvo el extranjero tiempo de aperebirse.

Este, en presencia de aquel hombre, apenas pudo contener un brusco movimiento de repulsión en toda su persona, mientras por sus ojos cruzaba un siniestro relámpago.

Entretanto el padre de la joven se acercó á él con extremada política, y le dijo:

—¡Acabáis de escapar de un gran peligro, gracias al valor de ese acróbata!

—En efecto, caballero, respondió el extranjero, cuya voz, voluntariamente ó no, se alteró por una emoción invencible.

Después, dirigiéndose á su interlocutor:

—¿Me permitís preguntaros á quién tengo el honor de hablar?

—Al señor Silas Toronthal, de Ragusa, respondió el antiguo banquero de Trieste. Y á mi vez, ¿puedo saber quién es el propietario de ese yacht de recreo?

—El doctor Antekirtt, respondió el extranjero; y saludándose nuevamente, se separaron, mientras los hurras y los aplausos resonaban en el circo de los acróbatas franceses.

Aquella noche Cap Matifou comió á su satisfacción, es decir, por cuatro, y aún quedó para uno.

Lo que fué bastante para la cena de su bravo compañero el pequeño Pointe Pescade.

V

EL DOCTOR ANTEKIRT

Hay en este mundo gentes que dan bastante que hacer á la fama, esa mujer-orquesta de cien bocas, cuyas trompetas llevan su nombre á los cuatro puntos cardinales.

Este era el caso de aquel célebre doctor Antekirtt que acababa de llegar al puerto de Gravosa. Hasta su llegada había sido señalada por un incidente, bastante para atraer la atención pública sobre cualquier viajero sin antecedentes; pero él no pertenecía á este número.

En efecto, desde hacía algunos años, alrededor del doctor Antekirtt se había hecho una especie de leyenda en todos los países legendarios del extremo Oriente. El Asia, desde los Dardanelos hasta el canal de Suez; el África, desde Suez hasta los confines de Túnez; el Mar Rojo, en todo el litoral arábigo, no cesaban de repetir su nombre como el de un hombre extraordinario en las ciencias naturales, una especie de gnóstico, de tábala, que poseía los últimos secretos del universo.

En los tiempos del lenguaje bíblico, hubiera sido llamado Epifanes. En las comarcas del Éufrates se le habría reverenciado como á un descendiente de los antiguos magos.

¿Qué ponderación había en esta reputación?

Todo lo que tendía á hacer de este mago un mágico; todo lo que le atribuía un poder sobrenatural.

La verdad es que el doctor Antekirtt no era más que un hombre, pero un hombre muy instruido, de un espíritu recto y sólido, de un criterio seguro, de una penetración extremada, de una perspicacia maravillosa, y á quien las circunstancias habían servido notablemente.

En efecto; en una de las provincias centrales del Asia Menor había podido salvar á toda una población de una epidemia terrible, considerada hasta entónces como contagiosa, y de la cual había encontrado el específico. De aquí un renombre sin igual.

Lo que principalmente contribuía á darle tanta celebridad era el misterio impenetrable que rodeaba su persona. ¿De dónde venía? Se ignoraba. ¿Cuál era su pasado? Tampoco se sabía. ¿Dónde y en qué condiciones había vivido? Nadie hubiera podido decirlo. Se afirmaba solamente que el doctor Antekirtt era adorado por las poblaciones de las comarcas del Asia Menor y del África oriental, que pasaba por ser un médico sin rival, que el ruido de sus extraordinarias curaciones había llegado hasta los grandes centros científicos de Europa, que lo mismo prestaba sus cuidados á los pobres que á los ricos señores y pachás de aquellas provincias. Pero jamás se le había visto en los países de Occidente, y hasta después de algunos años, se ignoraba el lugar de su residencia.

De aquí la tendencia á hacerle salir de algún misterioso *avatar*, de alguna encarnación increada, y hacer de él un sér sobrenatural, curando por medios sobrenaturales.

Pero si el doctor Antekirtt no había ejercido todavía su arte en los principales Estados de Europa, su renombre le había ya precedido.

Aunque había llegado á Ragusa como un simple viajero, un rico *tourista* que se paseaba en su yacht y visitaba los diversos puntos del Mediterráneo, su nombre corrió bien pronto por toda la ciudad; y aguardando poder ver al doctor mismo, la goleta tuvo el privilegio de atraer todas las miradas. El accidente prevenido por el valor de Cap Matifou hubiera bastado, por otra parte, para provocar la atención pública.

En verdad, aquel yacht hubiera hecho honor á los más ricos, más fastuosos *gentleman* de los sports náuticos de América, de Inglaterra y de Francia.

Sos dos mástiles, rectos y muy próximos al centro, lo que daba un gran desarrollo al trinquete y á la vela mayor, la longitud de su bauprés, aparejado de dos focos, el cruzamen de las velas cuadradas que llevaba en el mástil de mesana, el atrevimiento de sus espigas de mastelero de juanete, todo aquel aparato velero debía comunicarle una maravillosa velocidad en todo tiempo. La goleta medía trescientas cincuenta toneladas. Larga y afilada, con gran inclinación de codaste y de roda, pero bastante ancha de bao, bastante profunda de cala para asegurarse una extremada estabilidad; era lo que se llama un barco marino, pudiendo, en manos del timonero, cerrarse con el viento en los cuatro cuartos y hacer sus trece nudos y medio por hora, tanto en alta mar como costeano.

Las *Boadicea*, las *Gactana*, las *Mordon* del Reino Unido no hubieran podido competir con ella en un *match* internacional.

En cuanto á la belleza interior y exterior del yacht, el más severo *yachtman* no hubiera podido imaginarla superior. La blancura del puente, de pino del Canadá, sin un solo nudo; el interior delicadamente trabajado, las chupetas, carrozas de escala y claraboyas de teck, cuyos adornos de cobre brillaban como el oro, la ornamentación de la rueda del timón, la disposición de sus maderas de respeto bajo sus estuches resplandecientes de blancura, la finura del poleaje, las drizas y escotas contrastando por su color con el hierro galvanizado de los obenques, estáys y brandales, el corte de sus embarcaciones barnizadas, graciosamente suspendidas de sus pescantes, el negro brillante de su casco, realzado por una sencilla banda de oro de proa á popa, la sobriedad de sus adornos en su alcázar, todo constituía un buque de exquisito gusto y de elegancia extrema.

Importa conocer este yacht, tanto interior como exteriormente, puesto que al fin y al cabo constituía la habitación flotante del misterioso personaje que va á ser el héroe de esta historia. Sin embargo, no era permitido visitarle; pero el narrador posee una especie de segunda vista que le permite describir aun lo que no le es dado ver.

En el interior de la goleta, el lujo se disputaba con el confort. Las cámaras y camarotes, los sa-

lones, el comedor, estaban pintados y decorados á todo coste. Las colgaduras y tapices, todo lo que constituía el mueblaje estaba ingeniosamente adaptado á las necesidades de una navegación de recreo.

Esta disposición tan bien entendida se encontraba, no solamente en las cámaras del capitán y de los oficiales, sino en la repostería, en que las vajillas de plata y porcelana estaban protegidas contra las rudezas de los cabeceos y balances; en la cocina, conservada con una limpieza puramente holandesa, y en el rancho de los marineros, en el que las hamacas de la tripulación podían balancearse libremente. Los hombres, en número de veinte, llevaban el elegante traje de los marineros malteses: calzón corto, botas de mar, camisa rayada, cinturón oscuro, bonete rojo y blusa, sobre la cual se destacaban en blanco las iniciales del nombre de la goleta y de su propietario.

Pero ¿á qué puerto, á qué matrícula pertenecía aquel buque? ¿En qué país limitrofe del Mediterráneo tenía sus cuarteles de invierno? En fin, ¿cuál era su nacionalidad? No se conocía, como tampoco la del doctor.

Un pabellón verde, con una cruz roja en el ángulo superior, ondeaba en su asta.

Y en vano se hubiera buscado en la serie tan numerosa de los diversos pabellones que surcan todos los mares del globo.

De todos modos, antes de haber desembarcado el doctor Antekirtt, fueron remitidos sus papeles al oficial del puerto, quien sin duda los encontró perfectamente en regla, puesto que fué admitido á libre plática después de girada la visita de la sanidad.

En cuanto al nombre de la goleta, se veía en la popa escrito con pequeñas mayúsculas de oro: la *Savarena*.

Tal era el admirable barco de recreo que acababa de anclar en el puerto de Gravosa.

Pointe Pescade y Cap Matifou, que á la mañana siguiente debían ser recibidos á bordo por el doctor Antekirtt, le contemplaban con no menos curiosidad, pero también con un poco más de emoción que los marineros del puerto.

En su calidad de naturales de las playas de Provenza, eran extremadamente sensibles á todo lo que se relacionaba con el mar. Pointe Pescade sobre todo, que podía mirar como conocedor aquella maravilla de la construcción naval.

En esto se ocupaban ambos la misma noche después de su representación.

—¡Ah! suspiraba Cap Matifou.

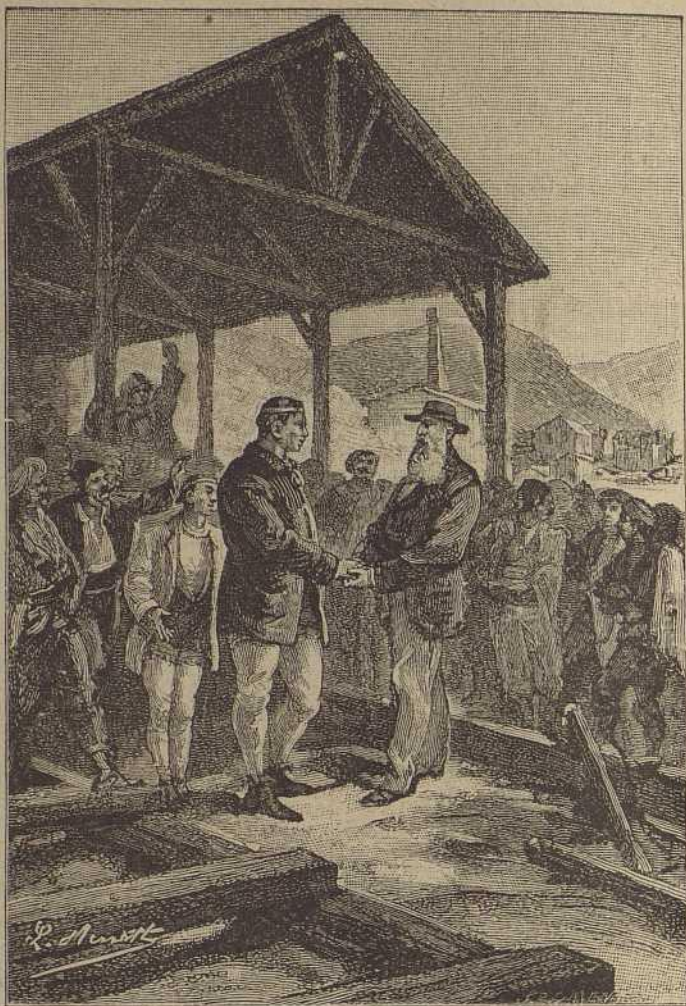
—¡Oh! respondía Pointe Pescade.

—¡Caramba, Pointe Pescade!

—¡No digo lo contrario, Cap Matifou!

Y estas palabras, especie de interjecciones admirativas, decían en la boca de aquellos pobres acróbatas mucho más que frases enteras.

En aquel momento terminaban todas las ma-



El extranjero tendió la mano al atleta.

niobras que siguen á la operación del anclaje, las velas aferradas á las vergas, el aparejo tendido con cuidado, la tienda levantada en la popa. La goleta había sido amarrada en un ángulo del puerto, lo que indicaba que contaba permanecer allí algún tiempo.

Aquella noche el doctor Antekirtt se contentó con dar un ligero paseo por los alrededores de Gravosa.

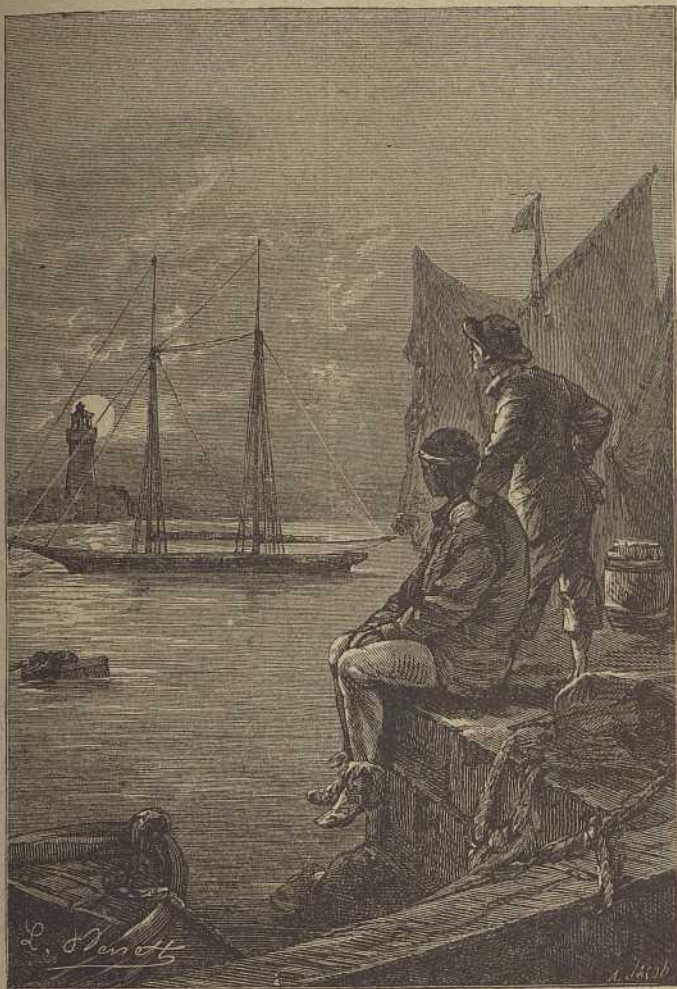
Mientras que Silas Toronthal y su hija volvían á Ragusa en su carruaje, que les había aguardado sobre el muelle; mientras que el joven de que hemos hecho mención entraba á pie por la larga avenida, sin aguardar al fin de la fiesta, entonces en toda su animación, el doctor se limitaba á visitar el puerto.

Este es uno de los mejores de la costa, y se veían en él gran número de buques de diferentes

nacionalidades. Después de haber salido de la ciudad y seguido las orillas de la bahía de Ombr Fiumera, que se extiende en una longitud de doce leguas hasta la embocadura del río Ombr, corriente de agua bastante profunda para que hasta los buques de gran calado puedan subir por él casi hasta el pie de los montes Vlastiza, á cosa de las nueve volvió al muelle y asistió á la llegada de un gran paquebot del Lloyd, que venía del mar de las Indias; por último, volvióse á bordo, descendió á su cámara, alumbrada por dos lámparas, y se quedó solo hasta la mañana siguiente.

Tal era su costumbre, y el capitán de la *Savarena*, marino de unos cuarenta años, llamado Narsos, tenía orden de no distraer jamás al doctor durante aquellas horas de soledad.

Hay que advertir que si el público no conocía



Pescade y Matifou contemplaban la goleta.

nada del pasado de aquel personaje, sus oficiales y gentes de á bordo no sabían mucho más; pero no por eso dejaban de pertenecerle en cuerpo y alma. Si el doctor Antekirtt no toleraba á bordo la menor infracción de la disciplina, era bueno para todos, prodigando sin cuento sus cuidados y su dinero. Así es que no había marinero que no deseara figurar en el rol de la *Savarena*.

Nunca hubo necesidad de dirigir una reprimenda, ni aplicar un castigo, ni verificar una expulsión. Los que formaban la tripulación de la goleta eran como los miembros de una misma familia.

Después de la entrada del doctor se tomaron todas las disposiciones para pasar la noche. Una vez colocados los fanales de popa y proa, y en su puesto los hombres del cuarto correspondiente, reinó á bordo el silencio más completo.

El doctor Antekirtt se había sentado sobre un

ancho diván, dispuesto en el ángulo de su cámara. Sobre la mesa había algunos periódicos que su criado había ido á comprar á Gravosa. El doctor los recorrió con mirada distraída, leyendo más bien las noticias que los artículos de fondo, buscando las entradas y salidas de los buques, las expediciones y veraneos de las notabilidades de la provincia. Después dejó los diarios, le acometió el sueño, y á cosa de las once se acostó sin reclamar el auxilio de su ayuda de cámara, pero aún tardó en dormirse largo tiempo.

Y si hubiera podido leerse el pensamiento que le preocupaba más particularmente tal vez, admiraría el verle resumido en esta frase:

«¿Quién es ese joven que saludaba á Silas Toronthal en los muelles de Gravosa?»

A la mañana siguiente, á cosa de las ocho, el doctor Antekirtt subió al puente.

El día prometía ser magnífico; el sol alumbraba ya la cima de las montañas que forman el último plano en el fondo de la bahía. La sombra comenzaba á retirarse del puerto, deslizándose por la superficie de las aguas. La *Savarena* se encontró bien pronto en plena luz.

El capitán Narsos se acercó al doctor para recibir sus órdenes, que le dió en pocas palabras, después de saludarle.

Un momento después se destacó de á bordo una canoa con cuatro hombres y un patrón; después se dirigió hácia el muelle, donde debían aguardarla, según estaba convenido, Pointe Pescade y Matifou.

Un gran día, una gran ceremonia en la nómade existencia de aquellos dos honrados muchachos, arrastrados tan lejos de su país, á algunos centenares de leguas de aquella Provenza, que tanto deseaban volver á ver.

Los dos estaban en el muelle. Se habían quitado el traje de su profesión y ostentaban vestidos usados, pero limpios; miraban el yacht, admirándole como la vispera. Se hallaban en una feliz disposición de espíritu.

No solamente Cap Matifou y Pointe Pescade habían cenado la vispera, sino que se habían desayunado aquella mañana. Una verdadera locura, un despilfarro que se explicaba por el ingreso extraordinario de cuarenta y dos florines. ¡Pero no se vaya á creer que habían consumido todo aquel capital! ¡No! Pointe Pescade era prudente, arreglado, previsor, y su vida estaba asegurada para una decena de días, por lo menos.

—¡A ti debemos todo esto, Cap Matifou!

—¡Oh, Pescade!

—¡Sí, á ti, mi grande hombre!

—¡Pues bien, sí... á mí... ya que te empeñas! respondió Cap Matifou.

En aquel momento la canoa de la *Savarena* atracó al muelle. El patrón, levantándose con el sombrero en la mano, se apresuró á decir que estaba á las órdenes de «aquellos señores».

—¿Señores? exclamó Pointe Pescade. ¿Qué señores?

—Vosotros, respondió el patrón, á quienes el doctor Antekirtt aguarda á bordo.

—¡Bien! ¡Hétenos ya hechos unos señores! dijo Pointe Pescade.

Cap Matifou abrió unos ojos enormes y atormentaba su sombrero con aire embarazado.

—¡Cuando los señores gusten! añadió el patrón.

—¡Pues ya estamos queriendo! respondió Pointe Pescade con su gesto más amable.

Y un instante después, los dos amigos estaban cómodamente sentados en la canoa, sobre el tapiz negro con franja roja que recubría el banco, mientras el patrón se mantenía detrás de ellos.

Bajo el peso del Hércules la embarcación se

hundió cuatro ó cinco pulgadas por encima de su línea de flotación. Hasta fué preciso levantar las puntas del tapiz para que no se arrastrasen por el agua.

A un toque de silbato, los remos se sumergieron á un tiempo, y la canoa marchó rápidamente hacia la *Savarena*.

Hay que confesarlo, puesto que es cierto: los dos pobres diablos se sentían algo conmovidos por no decir un poco avergonzados. ¡Tantos honores para dos saltimbanquis! Cap Matifou no se atrevía á moverse. Pointe Pescade no podía disimular, bajo su confusión, una alegre sonrisa con que se animaba su cara fina é inteligente.

La canoa pasó por la popa de la goleta y vino á colocarse á la banda de estribor, costado de honor.

Por la escalera volante, cuyos peldaños cedieron bajo el peso de Cap Matifou, los dos amigos subieron al puente y fueron conducidos ante el doctor Antekirtt, que les aguardaba en la popa.

Después de un amistoso saludo, aún hubo algunas formalidades y ceremonias antes que Pointe Pescade y Cap Matifou consintiesen en sentarse. Pero por fin lo hicieron.

El doctor les miró durante unos instantes sin hablar. Su rostro frío y bello les imponía. Sin embargo, podía asegurarse que si la sonrisa no salía á los labios, estaba en el corazón.

—Amigos míos, dijo, ayer habéis salvado de un gran peligro á mi tripulación y á mí. Yo he querido daros gracias una vez más; por eso os he rogado vengáis á bordo.

—Señor doctor, respondió Pointe Pescade, que empezaba á recobrar un poco de su aplomo, soy muy bueno; lo hecho no vale la pena. Mi camarada se ha conducido como cualquier otro que se hubiese encontrado en su lugar, habiendo contado con su fuerza. ¿No es esto, Cap Matifou?

Este hizo un signo afirmativo, que consistía en mover su gruesa cabeza de arriba á abajo.

—Sea, respondió el doctor; pero no ha sido otro sino vuestro compañero quien ha arriesgado su vida, por lo que me considero como su deudor.

—¡Oh, señor doctor! respondió Pointe Pescade, vais á hacer que se sonroje mi viejo Cap, y siendo tan sanguíneo, hay que evitar que la sangre se le suba á la cabeza...

—Bien, amigos míos, añadió el doctor Antekirtt; veo que no os gustan los cumplimientos; así es que no insistiré. Sin embargo, puesto que todo servicio merece...

—Señor doctor, perdonad si os interrumpo, pero toda buena acción lleva consigo su recompensa, según pretenden los libros de moral, y por lo tanto, ya estamos recompensados.

—¡Ya! ¿Y cómo? preguntó el doctor, que temía que alguien se le hubiese adelantado.

—Sin duda, replicó Pointe Pescade. Después de la extraordinaria prueba de fuerza dada por

nuestro Hércules en todos géneros, el público ha querido juzgarle por sí mismo en condiciones más artísticas, y se ha dirigido en masa á nuestras arenas provenzales. Cap Matifou ha derribado una media docena de los más robustos montañeses y más sólidos cargadores de Gravoisa, y hemos tenido un ingreso enorme.

—¿Enorme?

—Sí!... ¡Sin precedente en nuestros torneos acrobáticos!

—¿Y cuánto?

—Cuarenta y dos florines!

—¿De veras?... Pero yo ignoraba... respondió el doctor Antekirtt con tono de buen humor. Si yo hubiese sabido que dabais una representación, me hubiera considerado obligado y tenido un placer en asistir á ella. Me permitiréis, pues, pagar mi sitio...

—Esta noche, señor doctor, esta noche, respondió Pointe Pescade, si queréis honrar nuestras luchas con vuestra presencia.

Cap Matifou se inclinó políticamente haciendo ondular sus anchas espaldas, «que jamás habían mordido el polvo,» como decía el programa por boca de Pointe Pescade.

El doctor Antekirtt vió que no podría hacer aceptar ninguna recompensa á los dos acróbatas, á lo menos bajo la forma pecuniaria. Resolvió, pues, proceder de otra manera. Además, su plan respecto á ellos estaba formado desde la víspera. Había hecho tomar algunas referencias, y de ellas resultaba que los dos saltimbanquis eran gente honrada, dignas de toda confianza.

—¿Cómo os llamáis? les preguntó.

—El único nombre que me conozco, señor doctor, es el de Pointe Pescade.

—¿Y vos?

—Matifou, respondió el Hércules.

—Es decir, Cap Matifou, añadió Pointe Pescade, no sin experimentar algún orgullo al pronunciar aquel nombre famoso en todas las arenas del Mediodía de la Francia.

—Pero esos son apodos... observó el doctor.

—No tenemos otros, respondió Pointe Pescade; ó si los hemos tenido, como nuestros bolsillos están en mal estado, los habremos perdido en el camino.

—¿Y... de parientes?

—Parientes, señor doctor! ¡Nuestros recursos jamás nos han permitido semejante lujo! Pero si llegamos á ser ricos algún día, ya se encontrarán para heredarnos.

—¿Sois franceses? ¿De qué parte de la Francia?

—De la Provenza! dijo orgullosamente Pointe Pescade; es decir, dos veces franceses.

—No os falta buen humor, Pointe Pescade.

—Así lo quiere el oficio. ¡Figuraos, señor doctor, un clown, un cola roja, un payaso que tuviera el humor triste! ¡Recibiría en una hora más patatas que pudiera comer durante su vida! ¡Sí,

soy muy alegre, extremadamente alegre! Es cosa convenida.

—¿Y Cap Matifou?

—¡Oh! Cap Matifou es más grave, más reflexivo, más reconcentrado, respondió Pointe Pescade, dando á su compañero una palmada amistosa, como se da en el cuello de un caballo á quien se acricia. ¡También lo requiere el oficio! Cuando se trabaja en pesos de cincuenta hay que ponerse muy serio. Cuando se lucha, no es solamente con los brazos, sino también con la cabeza. Y Cap Matifou ha luchado siempre... hasta con la miseria. Y ni aun ésta ha conseguido derribarle.

El doctor Antekirtt escuchaba con interés aquel pequeño sér, para quien el destino había sido tan duro hasta entonces, sin que le recriminase. Adivinaba en él, por lo menos, tanto corazón como inteligencia, y pensaba en lo que hubiera llegado á ser si los medios materiales no le hubiesen faltado en el principio de su vida.

—¿Y á dónde vais ahora? le preguntó.

—Adelante, al azar, respondió Pointe Pescade; no siempre el azar es un mal guía y, en general, conoce los caminos. Sólo me temo que por esta vez nos haya llevado demasiado lejos de nuestro país. Después de todo, nuestra es la culpa. Antes hubiéramos debido preguntarle á dónde iba.

El doctor Antekirtt les observó durante un momento. Después añadió, insistiendo:

—¿Qué podría hacer por vosotros?

—Pues nada, señor doctor, respondió Pointe Pescade; nada... os lo aseguro...

—¿No teneis gran deseo de volver á vuestra Provenza?

Los ojos de los dos acróbatas brillaron á estas palabras.

—Yo podría conducirlos, añadió el doctor.

—Eso sería famoso, respondió Pointe Pescade. Cap Matifou, dijo, dirigiéndose á su compañero: ¿querrías volver por allá?

—Sí... si tú vienes conmigo, Pointe Pescade.

—Pero ¿qué haremos allí? ¿Cómo viviremos?...

Cap Matifou se rascó la frente, como hacía siempre en los casos embarazosos.

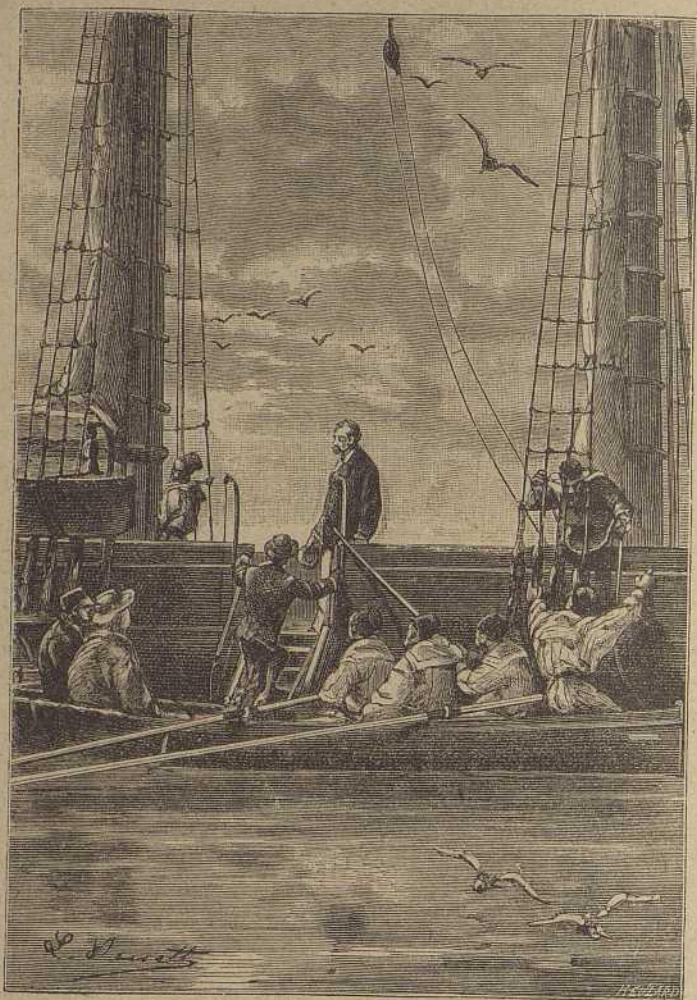
—Haremos... haremos... murmuró.

—¡No lo sabes!... Ni yo tampoco... Pero, en fin, es el país. ¿No es cosa singular, señor doctor, que unos pobres diablos como nosotros tengan un país; que miserables que ni aun tienen parientes, hayan nacido en alguna parte? ¡Esto siempre me ha parecido inexplicable!

—¿Tendríais gusto en quedaros los dos conmigo? preguntó el doctor Antekirtt.

Á esta proposición inesperada, Pointe Pescade se levantó vivamente, mientras el Hércules le miraba, no sabiendo si debía levantarse como él.

—¡Quedarnos á vuestro lado, señor doctor! respondió por fin Pointe Pescade. Pero ¿de qué os serviríamos? Ejercicios de fuerza, de agilidad, es



La canoa vino á colocarse en la banda de estribor.

lo único que hemos hecho en nuestra vida. Y á menos que no sea para distraeros durante vuestra navegación ó en vuestro país...

—Escuchadme, respondió el doctor Antekirtt; tengo necesidad de hombres valerosos, diestros, inteligentes, que puedan servir para el cumplimiento de mis proyectos. No tenéis nada que os retenga aquí, nada que os llame allá abajo. ¿Queréis ser de esos hombres?

—Pero realizados esos proyectos... dijo Pointe Pescade.

—No os separaréis de mí si no queréis, respondió el doctor sonriendo; os quedaréis á bordo conmigo. Y á propósito, daréis lecciones de volteo á mi tripulación. Si, por el contrario, os conviene volver á vuestro país, podréis hacerlo; tanto más, cuanto que vuestro porvenir estará asegurado.

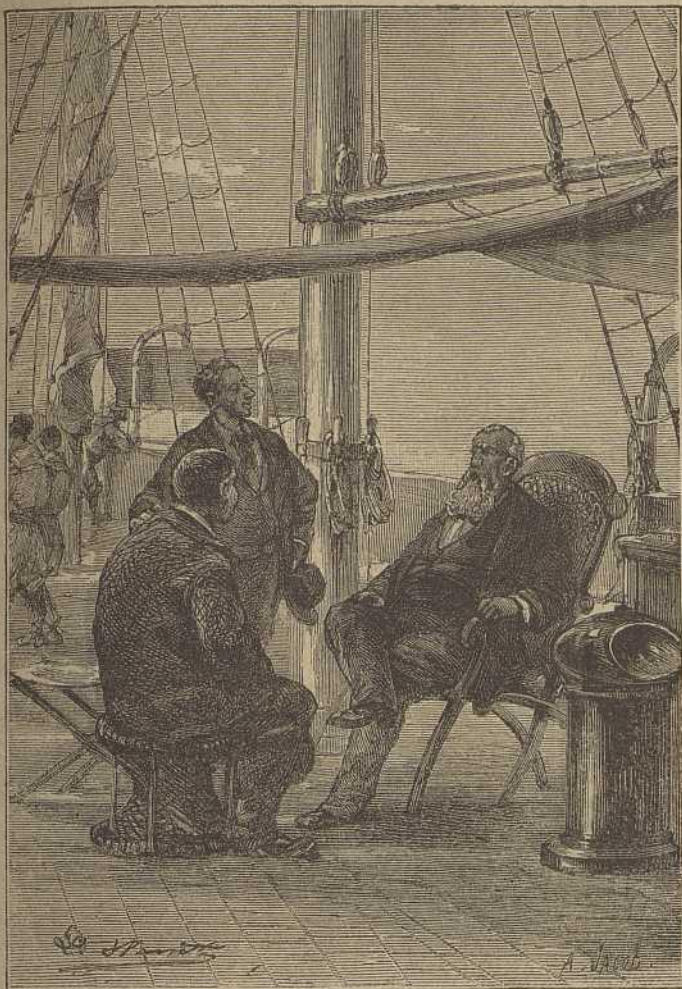
—¡Oh, señor doctor! exclamó Pointe Pescade. ¿Pero no pensaréis en dejarnos sin hacer nada? Eso no podría satisfacernos.

—Yo os prometo que tendréis el trabajo suficiente para que quedéis plenamente satisfechos.

—¡Decididamente, respondió Pointe Pescade, la oferta es bien tentadora!

—¿Qué objeción hacéis?

—Tal vez una sola. Aquí tenéis á Cap Matifou y á mí. Somos del mismo país, y sin duda seríamos de la misma familia, si tuviésemos una. Dos hermanos del corazón. Cap Matifou no podría vivir sin Pointe Pescade, ni Pointe Pescade sin Cap Matifou. Imagináos los dos hermanos Siameses. No se ha podido nunca separarlos, porque una separación les hubiera costado la vida. Pues bien, nosotros somos como esos Siameses. Nos amamos, señor doctor.



—¿Tendríais gusto en quedaros conmigo?

Y Pointe Pescade tendió la mano á Matifou, que le atrajo hácia sí, estrechándole contra su pecho como á un niño.

—Amigos míos, dijo el doctor Antekirtt, no es cuestión de separaros, y espero que no me abandonaréis jamás.

—Entonces todo puede arreglarse, señor doctor, sí...

—Sí...

—Si Cap Matifou da su consentimiento.

—Dí que sí, Pointe Pescade, respondió el Hercales, y lo habrás dicho por los dos.

—Bien, respondió el doctor; está convenido, y no tendréis por qué arrepentiros. Á contar de este día, no os preocupéis ya de nada.

—¡Oh, señor doctor! tened cuidado! exclamó Pointe Pescade; os comprometéis tal vez á más de lo que pensáis.

—¿Y por qué?

—Porque os costaremos caro. Cap Matifou, sobre todo. Es un gran comedor el amigo Cap, y no querréis que pierda sus fuerzas en vuestro servicio, por poco que sea.

—Por el contrario, pretendo que las doble.

—Entonces va á arruinarnos.

—Difícil es, Pointe Pescade.

—Sin embargo, dos comidas... tres comidas diarias.

—Cinco, seis, diez, si quiere, respondió sonriendo el doctor Antekirtt. Tendrá mesa abierta para él.

—¡Eh, amigo Cap! exclamó Pointe Pescade con alegría. ¡Vas á poder comer á tu gusto!

—Y vos también, Pointe Pescade.

—¡Oh!... yo... un pájaro. Pero ¿podré preguntaros, señor doctor, si navegaremos?

—Con frecuencia, amigo mío. Voy á tener ahora un negocio en los cuatro extremos del Mediterráneo. Mi clientela estará repartida por el litoral. ¡Cuento con ejercer la medicina de una manera internacional! Si un enfermo me llama á Tánger ó las Baleares, estando yo en Suez, ¿no será forzoso acudir á su lado? Lo que un médico hace en una gran ciudad, de un cuartel á otro, yo lo haré desde el Estrecho de Gibraltar al Archipiélago, desde el Adriático hasta el golfo de Lyon, desde el mar Jónico á la bahía de Gabes. Tengo otros buques diez veces más rápidos que esta goleta, y muy á menudo me acompañaréis en mis visitas.

—Nos conviene, señor doctor, respondió Pointe Pescade frotándose las manos.

—¿No teméis al mar? preguntó el doctor Antekirtt.

—¡Nosotros, exclamó Pointe Pescade, nosotros! ¡Hijos de la Provenza! ¡Siendo niños rodábamos ya entre los botes de la costal! ¡No! No tememos al mar ni al pretendido mareo que produce, por la costumbre de marchar cabeza abajo y los pies al alto. Si antes de embarcarse los señores y señoras hiciesen solamente dos meses de ese ejercicio, no tendrían necesidad durante las travesías de llevar las narices metidas en las cubetas! ¡Entrad! ¡Entrad, caballeros y señoras, adelante!

Y el alegre Pointe Pescade se entregó á sus arengas habituales, como si hubiese estado sobre el tablado de su barraca.

—Bien, Pointe Pescade, replicó el doctor. Vamos á entendernos á maravilla, y sobre todo os recomiendo que no perdáis vuestro buen humor. ¡Reid, amigo mío, reid y cantad cuanto queráis! Tal vez el porvenir nos reserva cosas bastante tristes para que vuestra alegría no sea de desdén en nuestro camino.

Al hablar así, el doctor Antekirtt había recordado su seriedad. Pointe Pescade, que le observaba, presintió que en el pasado de aquel hombre debían haber existido grandes dolores, que que tal vez algún día le sería dado conocer.

—¡Señor doctor, dijo entonces; á partir de hoy, os pertenecemos en cuerpo y alma!

—Y desde hoy, respondió el doctor, podéis instalaros definitivamente en vuestro camarote. Probablemente me defenderé algunos días en Gravosa y Ragusa; pero bueno es que desde ahora os acostumbréis á vivir á bordo de la *Savarena*.

—¡Hasta el momento en que nos hayáis conducido á vuestro país! añadió Pointe Pescade.

—Yo no tengo país, respondió el doctor, ó, mejor dicho, tengo un país que me he creado, un país mío, y que, si lo queréis, será también el vuestro!

—¡Vamos, Cap Matifou! gritó Pointe Pescade: ¡vamos á liquidar nuestra casa de comercio! ¡Está tranquilo, no debemos nada á nadie, no hay que temer una quiebra!

Y después de haberse despedido del doctor

Antekirtt, los dos amigos se embarcaron en la canoa que les aguardaba y fueron conducidos al muelle de Gravosa.

En dos horas terminaron su inventario, cediendo á un compañero los tablados, telas pintadas, bombo y tambor, que formaban todo su haber.

La operación no fué larga ni difícil, y no les hizo mucho peso la cantidad que por aquel negocio se embolsaron.

Sin embargo, Pointe Pescade se empeñó en conservar su traje de acróbata y su cornetín de pistón, y Cap Matifou su trombón y su vestido de Hércules.

Hubieran tenido gran pesar en separarse de aquellos instrumentos y atavíos que les recordaban tantos éxitos y triunfos, y los ocultaron en el fondo de la única maleta que contenía su mobiliario, su guardarropa, en una palabra, todo su material.

A cosa de la una de la tarde Pointe Pescade y Cap Matifou estaban de vuelta á bordo de la *Savarena*.

Se había puesto á su disposición un gran camarote, provisto «de todo lo necesario para escribir», según decía el alegre muchacho.

La tripulación hizo la mejor acogida á sus nuevos compañeros, á los cuales debía el haber escapado á una terrible catástrofe.

Desde su llegada, Pointe Pescade y Cap Matifou pudieron comprobar que la comida de á bordo no les permitiría echar de menos la cocina de su circo provenzal.

—Ya ves, Cap Matifou, repetía Pointe Pescade, vaciando un vaso de buen vino de Asti: con conducta se llega siempre á todo. ¡Pero hay que tener conducta!

Cap Matifou sólo pudo responder con un movimiento de cabeza, por tener en aquel momento la boca llena con un enorme pedazo de jamón asado, que desapareció con dos huevos fritos en las profundidades de su estómago.

—¡Qué entrada se haría, querido Cap, dijo Pointe Pescade, sólo por verte comer!

VI

LA VIUDA DE ESTEBAN BATHORY

La llegada del doctor Antekirtt había hecho gran ruido, no sólo en Ragusa, sino también en toda la provincia dalmata. Los periódicos, después de haber anunciado la llegada de la goleta al puerto de Gravosa, se habían arrojado sobre aquella presa que les prometía una serie de crónicas apetitosas. El propietario de la *Savarena* no podía, pues, escapar á los honores y al mismo tiempo á los inconvenientes de la celebridad.

Su personalidad se puso á la orden del día.

La leyenda se apoderó de ella.

Se ignoraba quién era, de dónde venía, á dónde iba. Esto contribuía á excitar más y más la curiosidad pública. Y naturalmente, cuando no se sabe nada, el campo es más vasto, la imaginación se aprovecha, y se inventa por aparecer mejor informado.

Los *reporters*, deseosos de satisfacer á sus lectores, se habían apresurado á dirigirse á Gravosa, algunos hasta á bordo de la misma goleta.

Pero no pudieron ver al personaje de quien se ocupaba la opinión con tanta insistencia.

Las órdenes eran formales.

El doctor no recibía. Las respuestas á todas las preguntas de los visitantes las daba el capitán Narsos, y eran invariablemente las mismas.

—Pero ¿de dónde viene el doctor?

—De donde le agrada.

—¿Y á dónde va?

—A donde le conviene.

—Pero ¿quién es?

—Nadie lo sabe, y aun es probable que no sepa él más que los que le preguntan.

—¡Buen medio de ilustrar á los lectores con tan lacónicas respuestas!

Signóse de aquí que las imaginaciones, teniendo completa libertad, no hallaron obstáculo para vagar en plena fantasía.

El doctor Antekirtt llegó á ser todo cuanto se quiso. Había sido lo que les plugo inventar á los cronistas. Para los uno era un jefe de piratas. Para los otros, rey de un vasto imperio africano, que viajaba de incógnito con el fin de instruirse. Estos afirmaban que era un desterrado político; aquellos que, habiéndole arrojado una revolución de sus Estados, recorría el mundo como filósofo. Se podía escoger. En cuanto al título de doctor con que se adornaba, los que quisieron admitirle se dividieron. En la opinión de unos era un gran médico, que había hecho curas admirables en casos desesperados; en la de otros era el rey de los charlatanes, y se habría visto muy apurado para presentar sus títulos ó diplomas.

De todos modos, los médicos de Gravosa y de Ragusa no tuvieron que perseguirle por ejercicio ilegal de la medicina. El doctor Antekirtt se mantuvo constantemente en una extremada reserva, excusándose cuando se quiso hacerle el honor de consultarle.

Por otra parte, el propietario de la *Savarena* no tomó alojamiento en tierra. Ni aun bajó á uno de los hoteles de la ciudad. Durante los dos primeros días de su llegada á Gravosa, todo lo más que hizo fué llegar hasta Ragusa. Se limitó á dar algunos paseos por los alrededores, llevando consigo á Pointe Pescade, cuya inteligencia natural apreciaba.

Pero cierto día no se dirigió á Ragusa; Pointe Pescade fué por él. Encargado de alguna misión

de confianza, tal vez de recoger ciertos informes, el bravo muchacho respondió como sigue á las preguntas que le fueron hechas á su vuelta:

—¿De manera que vive en la *Stradone*?

—Sí, señor doctor; es decir, en la calle más hermosa de la ciudad. Ocupa un hotel no lejos de la plaza, donde se enseña á los extranjeros el palacio de los antiguos duces; un hotel magnífico, con criados, carruajes. ¡Un verdadero tren de millonario!

—¿Y el otro?

—El otro, ó más bien los otros, respondió Pointe Pescade, habitan el mismo cuartel; pero su casa está perdida en el fondo de calles empinadas, estrechas, tortuosas; á decir verdad, verdaderas escaleras que conducen á habitaciones más que modestas.

—¿Y su vivienda?

—Su vivienda es humilde, pequeña, triste de aspecto, si bien imagino que en su interior debe ser limpia, aunque modesta. Se adivina que está habitada por gentes pobres, pero dignas.

—La señora...

—No la he visto, y me han dicho que no salía casi nunca de la calle Marinella.

—¿Y su hijo?

—Le he visto en el momento en que entraba en casa de su madre.

—¿Y qué te ha parecido?

—Me ha parecido preocupado, hasta inquieto. Diríase que ese joven ha pasado ya por los sufrimientos... Eso se ve.

—Pero tú también, Pointe Pescade, has sufrido, y sin embargo no se ve.

—Sufrimientos físicos no son sufrimientos morales, señor doctor. He ahí por qué he podido siempre ocultar los míos, y hasta reír.

El doctor tuteaba ya á Pointe Pescade, lo que éste había reclamado como un favor, del que Matifou debía aprovecharse pronto. En verdad, el Hércules era demasiado imponente para permitirse tutearle tan deprisa.

El doctor, después de haber hecho sus preguntas y recibido las respuestas, dejó de dar sus paseos alrededor de Gravosa. Parecía aguardar alguna cosa que debía producirse, y no hubiera querido provocarla yendo á Ragusa, donde debía ser conocida la noticia de la llegada de la *Savarena*. Permaneció, pues, á bordo, y lo que aguardaba llegó.

El 29 de Mayo, á cosa de las once de la mañana, después de haber observado con su anteojo los malecones de Gravosa, el doctor dió orden de armar su ballenera, y bajó, desembarcando en el muelle, donde se hallaba un hombre que parecía observarle.

—¡Es él! se dijo el doctor; ¡es él!... Le reconozco, á pesar de lo cambiado que está.

Aquel hombre era un anciano quebrantado por la edad, á pesar de no contar más de setenta

años. Sus blancos cabellos recubrían una cabeza inclinada hacia el suelo. Su rostro era grave, triste, apenas animado por una mirada medio extinguida, que las lágrimas debían haber anegado á menudo.

Manteníase inmóvil sobre el malecón, sin haber perdido de vista la ballenera desde el momento en que se había destacado de la goleta.

El doctor aparentó no ver al anciano, y menos aún reconocerle. Pero apenas había dado algunos pasos, cuando el anciano se dirigió á él, y descubriéndose humildemente, preguntó:

—¿El doctor Antekirtt?

—Yo soy, respondió el doctor, mirando á aquel pobre hombre, cuyos párpados no tuvieron el menor estremecimiento cuando sus ojos se fijaron en él.

Después añadió:

—¿Quién sois, amigo mío, y qué me queréis?

—Me llamo Borik, respondió el anciano; estoy al servicio de madama Bathory, y vengo de su parte á pedir una entrevista...

—¿Madama Bathory? repitió el doctor. ¿Será acaso la viuda de aquel húngaro que pagó con su vida su patriotismo?...

—La misma, respondió el anciano. Y aun cuando nunca la hayáis visto, es imposible que no la conozcáis, siendo el doctor Antekirtt.

Éste escuchaba atentamente al viejo servidor, cuyos ojos continuaban siempre bajos.

Parecía se preguntaba si bajo aquellas palabras no se ocultaba algún secreto pensamiento.

Después añadió:

—¿Qué me quiere madama Bathory?

—Por razones que debéis comprender, desearía tener con vos una entrevista, señor doctor.

—Iré á verla.

—Ella preferiría pasar á bordo.

—¿Por qué?

—Importa que esa conversación sea secreta.

—¿Secreta?... ¿Para quién?

—Para su hijo. No hay necesidad de que el señorito Pedro sepa que madama Bathory ha recibido vuestra visita.

Esta respuesta pareció sorprender al doctor, pero no dejó á Borik adivinarlo.

—Prefiero ir yo á casa de madama Bathory, replicó. ¿No podría hacerlo en ausencia de su hijo?

—Sí puede ser, si consentís en ir mañana; Pedro Bathory debe partir esta noche para Zara, y no estará de vuelta antes de veinticuatro horas.

—¿Y qué hace Pedro Bathory?

—Es ingeniero; pero hasta ahora no ha podido encontrar una colocación. ¡Ah! ¡La vida ha sido dura para la madre y para el hijo!

—¡Dura!... respondió el doctor Antekirtt. ¿Acaso madame Bathory no cuenta con recursos?...

Se detuvo. El anciano había doblado la cabeza, mientras su pecho exhalaba hondos suspiros.

—Señor doctor, dijo por fin, nada más puedo

deciros. En la entrevista que solicita, madama Bathory os dirá todo cuanto tenéis derecho á saber.

Preciso era que el doctor fuese muy dueño de sí mismo para no dejar que se manifestase su emoción.

—¿Dónde vive madama Bathory? preguntó.

—En Ragusa, cuartel del *Stradone*, núm. 17, calle Marinella.

—¿Estará visible mañana entre la una y las dos de la tarde?

—Estará, señor doctor, y yo os introduciré junto á ella.

—Decid á madama Bathory que puede contar conmigo el día y hora convenidos.

—Os doy gracias en su nombre, respondió el anciano; y después de alguna vacilación, añadió: Tal vez creáis que se trata de pedir algún servicio...

—Y aun cuando así fuese... dijo vivamente el doctor.

—No hay nada de eso, respondió Borik.

Y después de haberse inclinado humildemente, tomó el camino de Gravosa á Ragusa.

Evidentemente, las últimas palabras del viejo servidor habían sorprendido algo al doctor Antekirtt. Habíase quedado inmóvil sobre el muelle viendo á Borik alejarse. A su vuelta á bordo dió permiso á Pointe Pescade y Cap Matifou, y encerrándose en su cámara, quiso estar solo durante las últimas horas de aquel día. Pointe Pescade y Cap Matifou se aprovecharon, pues, del permiso, como verdaderos rentistas que ya eran, y hasta se dieron el placer de entrar en algunas de las barracas de la feria. Decir que el ágil clown no estuvo á pique de protestar de algún torpe equilibrista; que al poderoso luchador no se le pasaron ganas de tomar parte en aquellos combates de atletas, sería faltar á la verdad. Pero ambos se acordaron de que tenían el honor de pertenecer al personal de la *Savarena*. Permanecieron, pues, siendo simples espectadores, y no regatearon los bravos cuando los juzgaron merecidos.

A la mañana siguiente el doctor se hizo llevar á tierra un poco antes del medio día. Después de haber despedido á la ballenera, se dirigió al camino que une el puerto de Gravosa con Ragusa, hermosa calle de dos kilómetros de larga, rodeada de villas y sombreada por árboles.

La avenida no estaba aún tan animada como debía estarlo algunas horas más tarde por el vaivén de los equipajes, por la multitud de los paseantes á pie y á caballo.

El doctor, pensando siempre en su entrevista con madama Bathory, seguía uno de los contrapaseos, y bien pronto llegó al *Borgo Pille*, especie de banco de piedra que se extiende fuera del triple recinto de las fortificaciones de Ragusa. La poterna estaba abierta, y á través de los



Pointe Pescade se empeñó en conservar su cornetín de pistón.

tres recintos daba acceso al interior de la ciudad.

La *Stradone* es una magnífica arteria enlosada que desde el *Borgo Pille* se prolonga hasta el arrabal de Ploca, después de haber atravesado la ciudad. Se desarrolla al pie de una colina sobre la cual se asienta todo un anfiteatro de casas.

A su extremidad se eleva el palacio de los antiguos Duces, hermoso monumento del siglo XV, con patio interior, pórtico del Renacimiento, ventanas de medio punto, y cuyas esbeltas columnatas recuerdan la mejor época de la arquitectura toscana.

El doctor no tuvo necesidad de llegar á aquella plaza. La calle Marinella, que Borik le había indicado la víspera, desemboca á la izquierda hácia el centro de la *Stradone*. Su paso se acortó un poco en el momento de pasar frente á un hotel construido con piedra de granito, cuya rica fa-

chada y sus anejas en escuadra se elevaban hácia la derecha. La puerta del palacio, entonces abierta, dejaba ver un carruaje con un soberbio tronco y cochero en el pescante, mientras un lacayo aguardaba ante la escalera, abrigada con una elegante marquesina.

Casi en el mismo instante un hombre subía en aquel carruaje, los caballos franqueaban rápidamente el patio, y la puerta se cerraba detrás de ellos.

Este personaje era el que tres días antes había abordado al doctor Antekirt en el muelle de Gravosa: era el antiguo banquero Silas Toronthal.

El doctor, deseoso de evitar este encuentro, había retrocedido precipitadamente, y no volvió á ponerse en marcha hasta el momento en que el rápido carruaje desapareció á la extremidad de la *Stradone*.

—¡Los dos en esta misma ciudad! murmuró. ¡Esta es la obra de la casualidad, no la mía!...

Estrechadas, pendientes, mal empedradas, de pobre apariencia son las calles que desembocan en la *Stradone*. Imagínese un ancho río no teniendo por tributario más que torrentes en una de sus orillas. A fin de encontrar un poco de aire, las casas se encaraman las unas sobre las otras, hasta tocarse ojos sobre ojos, si nos es permitido nombrar así las ventanas ó respiraderos que se abren sobre su fachada.

De esta manera suben hasta la cresta de una de las dos colinas, cuyos vértices están coronados por los fuertes de Mincetto y San Lorenzo.

Ningún carruaje podría circular por ellas. Si el torrente falta, excepto los días de gran lluvia, la calle no por eso deja de ser un barranco, y todas estas pendientes, todos estos desniveles han sido necesario ganarlos á fuerza de escalones y mesetas. Vivo contraste entre estas modestas viviendas y los espléndidos hoteles de la *Stradone*.

El doctor llegó á la entrada de la calle Marinella, y comenzó á subir la interminable escalera que la forma. Debíó franquear más de sesenta escalones antes de detenerse en el núm. 17.

Se abrió una puerta; el viejo Borik aguardaba al doctor. Le introdujo sin decir una palabra en una sala decente, pero pobremente amueblada.

El doctor se sentó. Nada indicaba que experimentase la más ligera emoción al encontrarse en aquella morada, ni aun cuando entró madama Bathory, y dijo:

—¿El señor doctor Antekirtt?

—Yo soy, señora, respondió el doctor levantándose.

—Hubiera querido evitaros el trabajo de venir tan lejos y tan alto.

—Deseaba visitaros, señora, y os ruego creáis que estoy á vuestra entera disposición.

—Caballero, respondió madama Bathory, desde ayer he sabido vuestra llegada á Gravosa, é inmediatamente he enviado á Borik para pedir os una entrevista.

—Señora, estoy dispuesto á escucharos.

—¿Me retiro? dijo el anciano.

—¡No, quedáos, Borik! respondió madama Bathory. Único amigo de nuestra familia, no ignoráis nada de lo que tengo que decir al doctor Antekirtt.

Madama Barthory se sentó; el doctor se situó frente á ella, mientras el anciano permanecía de pie junto á la ventana.

La viuda del profesor Esteban Bathory tenía entonces sesenta años. Aunque su talle se conservaba derecho todavía, sin embargo del peso de la edad, su cabeza blanca, las arrugas que surcaban su rostro, indicaban cuánto había tenido que luchar contra el dolor y la miseria. Pero se la veía todavía enérgica, como lo había sido en

el pasado. En ella se encontraba la valiente compañera, la confidente íntima del hombre que había sacrificado su posición á lo que creyó ser su deber; su cómplice, en fin, cuando entró en la conspiración con Matías Sandorf y Ladislao Zathmar.

—Caballero, dijo con voz en que en vano hubiera intentado disimular la emoción; puesto que sois el doctor Antekirtt, soy deudora vuestra; os debo la narración de los acontecimientos que ocurrieron en Trieste hace quince años...

—Señora, puesto que soy el doctor Antekirtt, evitáos una narración demasiado dolorosa para vos. La conozco; y añado, puesto que soy el doctor Antekirtt, que conozco también toda vuestra existencia, desde la inolvidable fecha del 30 de Junio de 1867.

—¿Me diréis entonces, caballero, replicó madame Bathory, á qué motivo es debido el interés que por mi vida os habéis tomado?

—¡Ese interés es el que todo hombre de corazón debe tener por la viuda del magiar que no ha vacilado en arriesgar su existencia por la independencia de su patria!

—¿Habéis conocido al profesor Esteban Bathory? preguntó la viuda con voz temblorosa.

—Le he conocido, señora, le he amado, y vengo á todos los que llevan su nombre.

—¿Sois acaso del país por el cual ha dado su sangre?

—Yo no soy de ningún país, señora.

—¿Quién sois entonces?

—¡Un muerto que ni aun tiene tumba! respondió fríamente el doctor Antekirtt.

Madama Bathory y Borik se estremecieron á tan inesperada respuesta; pero el doctor se apresuró á añadir:

—Sin embargo, señora, es preciso que esa narración que os he rogado no me hagáis, os la haga yo; porque, si bien hay cosas que conocéis, hay otras que os son desconocidas, y no debéis ignorarlas por más tiempo.

—Sea, caballero, os escucho, dijo madama Bathory.

—Señora, replicó el doctor Antekirtt, hace quince años tres nobles húngaros se erigieron en jefes de una conspiración que tenía por objeto devolver á la Hungría su antigua independencia. Estos hombres eran el conde Matías Sandorf, el profesor Esteban Bathory y el conde Ladislao Zathmar, tres amigos confundidos hacia largo tiempo en la misma esperanza; tres seres viviendo en un mismo corazón.

El 8 de Junio de 1867, la víspera del día en que iba á darse la señal del levantamiento, que debía extenderse por todo el país húngaro y hasta en la Transilvania, la casa del conde Zathmar, en Trieste, en la cual se encontraban los jefes de la conspiración, fué invadida por la policía austriaca. El conde Sandorf y sus compañe-

ros fueron detenidos, conducidos, aprisionados la misma noche en la torre de Pisino, y algunas semanas después eran condenados á muerte.

Un joven contable llamado Sarcany, detenido al mismo tiempo que ellos en la casa del conde Zathmar, perfectamente extraño al complot, no tardó en verse absuelto y libre después del desenlace de aquel drama.

La víspera del día en que iba á ejecutarse la sentencia, los prisioneros, reunidos en un mismo calabozo, intentaron evadirse. El conde Sandorf y Esteban Bathory, ayudándose con la cadena de un pararrayos, llegaron á huir de la torre del Pisino y cayeron en el torrente del Iotba, en el momento en que Ladislao Zathmar, descubierto por los guardias, era puesto en la imposibilidad de seguirles.

Por más que los fugitivos tuviesen pocas probabilidades de escapar á la muerte, puesto que un río subterráneo les arrastraba por medio de un país que ni siquiera conocían, pudieron, sin embargo, ganar las orillas del canal de Lème, y después la ciudad de Rovigno, donde encontraron asilo en la casa del pescador Andrés Ferrato.

Este pescador (un hombre de corazón! tenía preparado todo para conducirles al otro lado del Adriático, cuando, por venganza personal, un español llamado Carpena, que había sorprendido el secreto de su retiro, denunció á los fugitivos á la policía de Rovigno. Por segunda vez trataron de escaparse; pero Esteban Bathory, herido, fué recogido en el acto por los agentes. En cuanto á Matías Sandorf prosiguió su fuga hasta la playa, donde cayó bajo una granizada de balas, sin que el Adriático devolviese ni aun su cadáver.

Al día siguiente, Esteban Bathory y Ladislao Zathmar eran pasados por las armas en la fortaleza de Pisino. El pescador Andrés Ferrato, condenado á cadena perpetua por haberles dado asilo, era conducido al presidio de Stein.

Madama Bathory bajaba la cabeza; con el corazón oprimido había escuchado, sin interrumpirle, el relato del doctor.

—¿Conocéis estos detalles, señora? la preguntó.

—Sí, como vos los habréis sabido, por los periódicos sin duda.

—Sí, señora, por los periódicos, respondió el doctor. Pero lo que los periódicos no han podido decir al público, puesto que aquel asunto había sido instruido con el mayor secreto, lo he sabido yo gracias á la indiscreción de un carcelero de la fortaleza, y voy á manifestároslo.

—¡Hablad! exclamó madama Bathory.

—Si el conde Matías Sandorf y Esteban Bathory fueron encontrados en la casa del pescador Andrés Ferrato, fué por la denuncia del español Carpena. Pero si habían sido detenidos tres semanas antes en la casa de Trieste, fué

porque unos traidores les habían denunciado á la policía austriaca.

—¡Traidores!... dijo madama Bathory.

—Sí, señora; y la prueba de aquella traición resultó de los debates mismos del asunto.

Primeramente, los traidores sorprendieron en el cuello de una paloma mensajera un billete cifrado, dirigido al conde Sandorf, y del que tomaron un facsímile. Después, en la misma casa del conde Zathmar, lograron obtener un calco de la plantilla que servía para leer aquellos despachos; una vez obtenida y descifrado el billete, le entregaron al gobernador de Trieste, y sin duda una parte de los bienes confiscados al conde Sandorf sirvió para pagar su delación.

—¿Se conoce á esos miserables?... preguntó madama Bathory, cuya voz temblaba de emoción.

—No, señora, respondió el doctor. Pero tal vez los tres condenados les conocían y hubieran dicho sus nombres si hubiesen podido ver por última vez á su familia antes de morir.

En efecto, ni madama Bathory, entonces ausente con su hijo, ni Borik, detenido en la prisión de Trieste, habían podido asistir á los condenados en sus últimos momentos.

—¿Jamás se podrá saber el nombre de esos miserables? preguntó madama Bathory.

—¡Señora, los traidores concluyen siempre por hacerse traición! Ahora, he aquí lo que debo añadir para completar mi narración.

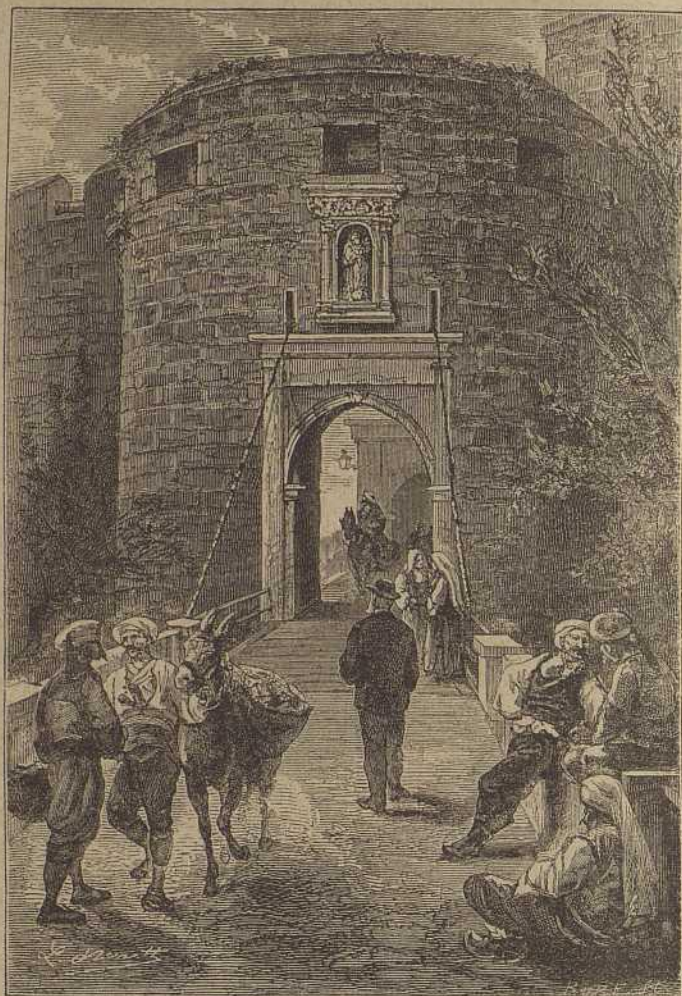
Vos habéis quedado viuda con un hijo de ocho años, casi sin recursos. Borik, el servidor del conde Zathmar, no quiso abandonaros después de la muerte de su amo; pero era pobre, y no podía aportararos más que su abnegación.

Entonces, señora, abandonasteis á Trieste para venir á ocupar esta modesta morada en Ragusa. Habéis trabajado, trabajado con vuestras manos, á fin de subvenir á las necesidades de la vida material, como á las de la vida moral. Queríais, en efecto, que vuestro hijo siguiese, en la ciencia, el camino que había ilustrado su padre. Pero ¡qué de luchas sufridas incesantemente, qué de miserias valerosamente soportadas! ¡Y con qué respeto me inclino ante la noble mujer que ha mostrado tanta energía, ante la madre cuyos cuidados han hecho de su hijo un hombre!

Al hablar así el doctor, se había levantado, y un indicio de emoción aparecía bajo su frialdad habitual.

Madama Bathory no había respondido nada; esperaba, no sabiendo si el doctor había terminado su relato ó iba á continuarle, relacionando los hechos que le eran absolutamente personales, y á propósito de los que le había pedido aquella entrevista.

—Sin embargo, señora, añadió el doctor, que comprendió su pensamiento; sin duda las fuerzas humanas tienen sus límites, y ya enferma, que-



El doctor llegó bien pronto al *Borgo Pille*.

brantada por tantas pruebas, hubierais tal vez sucumbido si un desconocido, no, un amigo del profesor Bathory no hubiese venido en vuestra ayuda. Jamás os hubiera hablado de esto si vuestro servidor no me hubiese hecho conocer el deseo que tenáis de verme...

—En efecto, caballero, respondió madama Bathory; ¿no tenía que dar gracias al doctor Antekirtt?

—¿Y por qué, señora? ¿Porque hace cinco ó seis años, en recuerdo de la amistad que le ligaba al conde Sandorf y á sus dos compañeros, y para ayudarlos en vuestra obra, el doctor Antekirtt os ha dirigido una suma de cien mil florines? ¿No era él bastante dichoso con poder poner aquella cantidad á vuestra disposición? No, señora; yo soy, por el contrario, quien debo daros las gracias por haber aceptado aquel don, si ha podido ayudar

en algo á la viuda y al hijo de Esteban Bathory.

La viuda se había inclinado, y respondió:

—Sea como quiera, caballero, yo tenía empeño en demostraros mi reconocimiento. Este era el primer motivo de la visita que quería haceros. Pero había otro además...

—¿Cuál, señora?

—Era... restituirlos esa suma...

—¿Qué... señora?... dijo vivamente el doctor. ¿No habéis querido aceptar?...

—Señor, no me he creído con derecho de disponer de ese dinero. Yo no conocía al doctor Antekirtt. Jamás había oído pronunciar su nombre. Esa suma podía ser una especie de limosna procedente de aquellos á quienes mi marido había combatido, y cuya piedad me era odiosa. Así es que no he querido emplear ese dinero, ni aun para el uso á que el doctor Antekirtt le destinaba...



La interminable escalera de la calle María.lla.

—De modo que... esa cantidad...

—Está intacta.

—¿Y vuestro hijo?...

—Mi hijo no deberá nada á nadie, más que á sí mismo...

—¡Y á su madre! añadió el doctor, en quien tanta grandeza de alma, tanta energía de carácter sólo podían excitar la admiración y el respeto.

Entretanto madama Bathory se había levantado, y de un mueble cerrado con llave sacó un paquete de billetes, que tendió al doctor.

—Caballero, le dijo, recobrad este dinero, porque es vuestro, y recibid las gracias de una madre como si se hubiera servido de él para educar á su hijo.

—¡Ese dinero no me pertenece ya, señora! respondió el doctor rehusando con un ademán.

—Yo os repito que jamás ha debido pertenecerme.

—Pero si Pedro Bathory hiciese uso...

—Mi hijo concluirá por encontrar la colocación de que es digno, y yo podré contar con él, como él ha podido conmigo.

—Él no rehusará que un amigo de su padre insista en hacerle aceptar...

—Rehusará.

—Por lo menos, señora, permitidme intentarlo...

—Yo os rogaría que no lo hiciérais, señor doctor, respondió madama Bathory. Mi hijo no sabe que he recibido ese dinero, y yo deseo que lo ignore siempre.

—Sea, señora... Comprendo los sentimientos que os hacen obrar así, puesto que no era y no soy para vos más que un desconocido... Sí: los

comprendo y los admiro... pero, os lo repito, si ese dinero no es vuestro, tampoco es mío...

El doctor Antekirtt se levantó. En la negativa de madama Bathory no había nada que pudiese humillarle personalmente. Aquella delicadeza no provocó, pues, en él más que el sentimiento del más profundo respeto. Saludó á la viuda, é iba á retirarse, cuando le detuvo una última pregunta.

—Caballero, dijo madama Bathory; habéis hablado de maniobras indignas que han enviado á la muerte á Ladislao Zathmar, á Esteban Bathory y al conde Sandorf.

—He dicho la verdad, señora.

—¿Pero á esos traidores no los conoce nadie?

—Sí, señora.

—¿Quién?...

—¡Dios!

A esta última palabra, el doctor Antekirtt se inclinó ante la viuda, y salió.

Madama Bathory había quedado pensativa. Por una simpatía secreta, de que ella misma no se daba exacta cuenta, se sentía irresistiblemente atraída hácia aquel misterioso personaje, tan ligado á los más íntimos acontecimientos de su vida. Después de esta visita, único objeto que parecía haberle conducido á Ragusa, ¿volvería á verle jamás?

A la mañana siguiente, los periódicos daban cuenta de un donativo de cien mil florines que acababa de hacerse á los hospitales de la villa.

Era la limosna del doctor Antekirtt; ¿pero no era también la limosna de la viuda, que la había rehusado para sí y para su hijo?

VII

INCIDENTES DIVERSOS

Sin embargo, el doctor, contra lo que creía madama Bathory, no debía apresurarse para abandonar á Gravosa. Después de haber intentado inútilmente venir en ayuda de la madre, se había prometido ayudar al hijo. Si hasta entonces Pedro Bathory no había podido encontrar la colocación á que debían conducirle sus brillantes estudios, no rehusaría sin duda las ofertas que contaba hacerle el doctor. Crearle una posición digna de su talento, digna del nombre que llevaba, no sería ya una limosna. ¡Sería la justa recompensa debida al joven!

Pero, según había dicho Borik, Pedro Bathory había ido á Zara para negocios.

No obstante, el doctor no quiso retardarse en escribirle. Lo hizo aquel mismo día. Su carta se limitó á indicar que tendría un placer en recibir á Pedro Bathory á bordo de la *Savarena*, teniendo que hacerle una proposición que podría interesarle.

Esta carta fué depositada en el correo de Gravosa, y sólo hubo que esperar la vuelta del joven ingeniero.

Entretanto el doctor continuó viviendo más retirado que nunca á bordo de la goleta. La *Savarena*, anclada en medio del puerto, sin que su tripulación bajase nunca á tierra, estaba tan aislada como hubiera podido estarlo en medio del Mediterráneo ó del Atlántico.

Originalidad á propósito para dar en qué pensar á los curiosos *reporters* ú otros que no habían renunciado á querer entrever aquel personaje legendario, por más que no fuesen admitidos á bordo de su yacht, no menos legendario que él.

Y como Pointe Pescade y su compañero Cap Matifou tenían «libertad de maniobra», á ellos se dirigieron los *reporters* para ver de obtener algunas noticias.

Ya se sabe que Pointe Pescade era un elemento de alegría introducido á bordo, con gran placer del doctor. Si Cap Matifou se mantenía serio como un cabrestante, del cual tenía la fuerza, Pointe Pescade reía y cantaba siempre, vivo como el gallardete de un buque de guerra, cuya ligereza tenía. Cuando no corría por los mástiles, con gran alegría de la tripulación, á la que daba lecciones de volatines, diestro como un marinero, ágil como un grumete, la divertía con sus inagotables chistes. ¡Ah! ¡El doctor Antekirtt le había recomendado conservase su buen humor! Y él le conservaba, haciendo participar de él á los demás.

Se ha dicho más arriba que Cap Matifou y él tenían «libertad de maniobra.» Esto significaba que eran libres de ir y venir. Si la tripulación se quedaba á bordo, ellos bajaban á tierra cuando les convenía. De aquí la propensión de los curiosos á seguirlos, á rodearlos, á interrogarlos. Pero no se hacía hablar así como así á Pointe Pescade cuando él quería callarse, ó si hablaba, era absolutamente para no decir nada.

—¿Quién es el doctor Antekirtt? le preguntaban.

—¡Un médico famoso! Cura toda clase de enfermedades, hasta las que acaban por llevaros al otro mundo.

—¿Es rico?

—¡No tiene un cuarto!... Yo soy quien le paga el salario todos los domingos.

—¿Pero de dónde viene?

—De un país cuyo nombre no sabe nadie.

—¿Y dónde está situado ese país?

—Todo lo que puedo deciros es que está limitado al Norte por poca cosa, y al Sud por nada.

Imposible sacar otros datos del alegre compañero de Cap Matifou, que se mantenía mudo como un bloque de granito.

Pero si ellos no respondían á las indiscretas preguntas de los *reporters*, los dos amigos no de-

jaban de hablar entre sí, y á menudo, á propósito de su nuevo amo. Le amaban ya, y le amaban mucho. Sólo deseaban sacrificarse por él. Entre ellos y el doctor existía como una especie de afinidad química, una cohesión que de día en día les unía más.

Y cada mañana esperaban ser llamados á su camarote para oírle decir:

—Amigos míos, tengo necesidad de vosotros. Pero esto no tenía lugar, con gran disgusto

suyo.
—¿Durará esto mucho tiempo? dijo un día Pointe Pescade; es duro estar así sin hacer nada, sobre todo cuando no se está acostumbrado, querido Cap.

—Sí: los brazos se enmohecen, respondió el Hércules mirando sus enormes biceps, desocupados como las bielas de una máquina en reposo.

—Dime, Cap Matifou.

—¿Qué quieres que te diga, Pointe Pescade?

—¿Sabes lo que pienso del doctor Antekirtt?

—No; pero dime lo que piensas, Pointe Pescade. Eso me ayudará á responderte.

—Pues bien; pienso que en su pasado hay cosas... cosas... Eso se ve en sus ojos, que lanzan á veces relámpagos capaces de cegar á uno... Y el día en que estalle el trueno...

—¡Hará ruido!

—Sí, Cap Matifou, ruido... Y ocupación; imagino que no seremos inútil cuando se empiece.

No sin razón Pointe Pescade hablaba de esta suerte. Aunque reinase á bordo la calma más completa, el inteligente muchacho no había dejado de observar ciertas cosas que le daban en qué pensar.

Nada más evidente que el doctor no era un simple turista viajando en su yacht de recreo á través del Mediterráneo. La *Savarena* debía ser un centro adonde iban á parar muchos hilos remidos en la mano de su misterioso propietario.

En efecto; de todos los rincones de aquel mar admirable, cuyas olas bañan las playas de tantos países diferentes, tanto del litoral francés ó español como del marroquí, de la Argelia y de Trípoli, llegaban sin cesar cartas y despachos. ¿Quién los enviaba? Evidentemente, correspondientes ocupados de ciertos asuntos cuya gravedad no podía ser desconocida, á menos que fuesen clientes que pedían consulta escrita al célebre doctor, lo que parecía poco probable. Además, hasta en las oficinas del telégrafo de Ragusa hubiera sido difícil comprender el sentido de aquellos despachos, porque estaban escritos en una lengua desconocida, cuyo secreto poseía únicamente el doctor.

Y aun cuando hubiera sido inteligible aquel lenguaje, ¿qué hubiera podido deducirse de frases como las siguientes?

Almeira: se creía estar sobre las huellas de Z. R. En la pista, ahora abandonada.

Encontrado el correspondiente de M. V. 5.—Ligado con la compañía de K. 3. entre Catania y Siracusa. Se continuará.

En el Mauderaggio, La Vallete, Malta, he comprobado el paso de T. K. 7.»

Cyreno... Aguardamos nuevas órdenes... Flotilla de Antek... dispuesta. Eléctrico 3 en presión día y noche.

R. O. 3.—Después muerto en presidio.—Ambos desaparecidos.

Y este otro telegrama, con una mención especial por medio de un número convenido:

2.117. *Sarc. Antes agente de negocios... Servicio Toronth.—Cesado relaciones con Trípoli de África.*

A la mayor parte de estos despachos se enviaba de la *Savarena* esta invariable respuesta:

Que continúen las investigaciones. No perdonéis dinero ni trabajo. Dirigid nuevos documentos.

Existía un cambio de correspondencias incomprensibles, que parecían poner en vigilancia todo el derrotero del Mediterráneo.

El doctor no estaba, pues, tan desocupado como quería aparentar. Sin embargo, á despecho del secreto profesional, era difícil que el cambio de tales despachos no fuese conocido del público. De aquí un aumento de curiosidad con respecto á aquel enigmático personaje.

Uno de los más excitados de la alta sociedad ragusina era el antiguo banquero de Trieste, Silas Toronthal, que, según hemos visto, había encontrado en el muelle de Gravosa al doctor Antekirtt momentos después de la llegada de la *Savarena*. En este encuentro, si bien había existido un vivo sentimiento de repulsión por una parte, por la otra se había producido un sentimiento no menos vivo de curiosidad; pero hasta aquí las circunstancias no habían permitido al banquero satisfacerla.

Á decir verdad, la presencia del doctor había hecho en Silas Toronthal una singular impresión, que él mismo no hubiera podido definir.

Lo que en Ragusa se repetía, el incógnito en que parecía querer encerrarse, la dificultad de poder ser admitido á su presencia, todo aquello era á propósito para despertar en el banquero un violento deseo de volverle á ver.

Con este objeto se había dirigido varias veces á Gravosa. Allí, inmóvil sobre el muelle, contemplaba la goleta, ardiendo en deseos de pasar á bordo. Un día hasta se hizo conducir á ella, sin haber podido obtener otra contestación que la inevitable, dada por el timonel:

—El doctor Antekirtt no está visible.

De aquí se produjo en Silas Toronthal una especie de irritación crónica en presencia de un obstáculo que no podía franquear.

El banquero concibió entonces la idea de hacer espiar al doctor por su propia cuenta.

Dió orden á un agente de su confianza de ob-



—Caballero, dignaos recobrar ese dinero.

servar todos los pasos del misterioso extranjero, contentándose él con visitar á Gravosa y sus alrededores.

Júzguese, pues, de la inquietud que debió experimentar Silas Toronthal cuando supo que el viejo Borik había tenido una entrevista con el doctor, y que éste, á la mañana siguiente, había pasado á visitar á madama Bathory.

—¿Quién es este hombre? se preguntó.

Y á pesar de todo, ¿qué podía temer el banquero en su situación presente? Después de quince años, nada se había traspirado de sus antiguas maquinaciones. Pero todo lo que se relacionaba con la familia de aquellos á quienes había vendido y hecho traición, no podía menos de inquietarle.

Si el remordimiento no había tenido entrada en su conciencia, el temor se deslizaba á menudo,

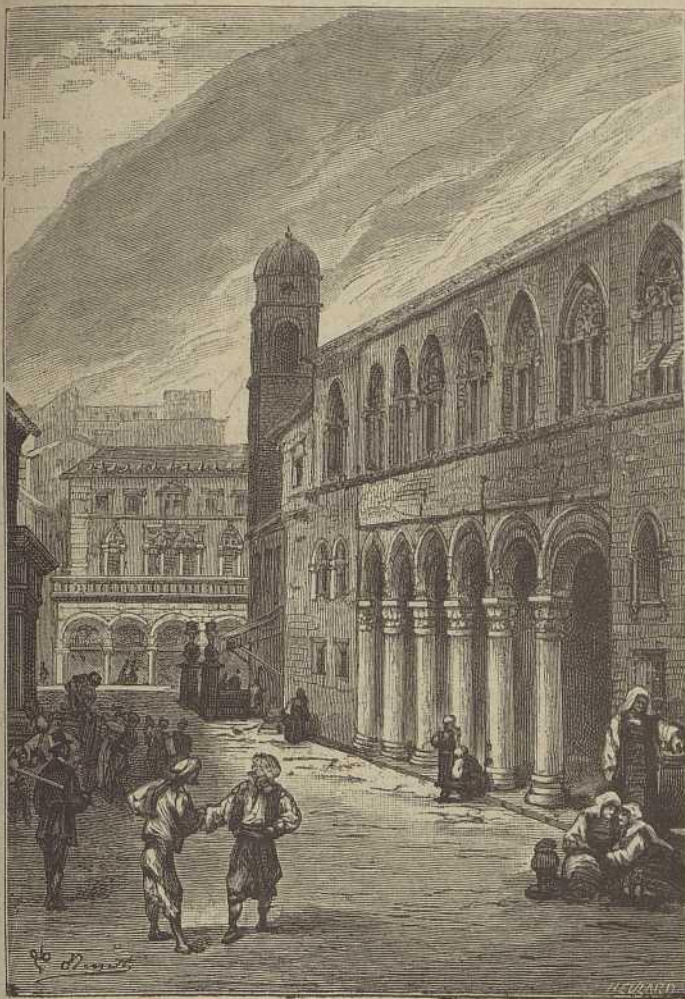
y las acciones de aquel doctor desconocido, poderoso por su fama, potente por su fortuna, no eran á propósito para tranquilizarle.

—Pero ¿quién era aquel hombre? se repetía: ¿que ha venido á hacer en Ragusa, á casa de madama Bathory? ¿Habría sido llamado como médico?... ¿Qué puede haber de común entre ella y él?...

A nada de esto había respuesta posible.

Lo que tranquilizó un poco á Silas Toronthal después de una minuciosa vigilancia, fué la seguridad de que la visita hecha á madama Bathory no se había repetido.

Sin embargo, la resolución que había tomado el banquero de entrar á cualquier precio en relaciones con el doctor, se hizo aún más tenaz. Este pensamiento le dominaba día y noche. Era necesario poner un término á aquella obsesión.



La Plaza Mayor de Ragusa.

Por una especie de alucinación que sufren los cerebros sobreexcitados, se figuraba que renacería en él la calma si podía volver á ver al doctor Antekirtt, hablarle y conocer los motivos que le habían conducido á Gravosa, por lo cual no cesaba de procurarse una ocasión de encontrarle.

Creyó haberla hallado; he aquí con qué motivo.

Hacia algunos años que madama Toronthal padecía de una enfermedad de languidez, que los médicos de Ragusa eran impotentes para combatir.

A pesar de todos sus cuidados, á pesar de los que le rodeaba su hija, madama Toronthal, aun cuando aún no se veía obligada á guardar cama, se desmejoraba y languidecía visiblemente. ¿Producía este estado una causa puramente moral? Bien podía ser; pero nadie había podido penetrarla.

Únicamente el banquero se hubiera encontrado en el caso de decir si su esposa, conociendo todo su pasado, no tenía un invencible disgusto por una existencia que sólo podía causarla horror.

Sea como quiera, el estado de salud de madama Toronthal, desahuciada de los médicos de la ciudad, pareció al banquero ser el motivo que buscaba para presentarse al doctor. Una consulta solicitada, una visita á la que el doctor no podría negarse sin duda, siquiera por humanidad.

Silas Toronthal escribió, pues, una carta, que hizo llevar á bordo de la *Savarena* por uno de sus criados, en la que decía «se consideraría dichoso obteniendo la opinión de un médico de tan incontestable mérito.» Después, excusándose del trastorno que esto podría producir en una existencia tan retirada como la suya, rogaba al doctor

Antekirtt «le indicase el día en que debería esperarle en el hotel de la *Stradone*.»

A la mañana siguiente, cuando el doctor recibió aquella carta, cuya firma miró ante todo, ni un músculo de su rostro se estremeció. La leyó hasta su última línea, sin que nada descubriese la naturaleza de las reflexiones que debía sugerirle.

¿Qué respuesta iba á dar? ¿Se aprovecharía de aquella ocasión que se le presentaba para introducirse en el hotel Toronthal, de ponerse en relación con la familia del banquero?

Pero entrar en aquella casa, aun á título de médico, ¿no era hacerlo en condiciones que de ningún modo podían convenirle?

El doctor no vaciló. Respondió con un simple billete, que fué entregado al criado del banquero.

Aquel billete sólo contenía estas palabras:

«El doctor Antekirtt siente infinito no poder prestar su asistencia á madama Toronthal. No es médico en Europa.»

Nada más.

Cuando el banquero recibió tan lacónica respuesta, estrujó el billete con un vivo movimiento de despecho. Era demasiado evidente que el doctor rehusaba entrar en relaciones con él.

Era una negativa apenas embozada, que indicaba claramente la determinación tomada por aquel singular personaje.

—Y si no es médico en Europa, se dijo, ¿por qué ha aceptado serlo para madama Bathory?... A menos que no se haya presentado en su casa con otros títulos... ¿Qué iba á hacer allí entonces?... ¿Qué había entre ellos?...

Esta incertidumbre martirizaba á Silas Toronthal, cuya vida estaba absolutamente perturbada por la presencia del doctor en Gravosa, y lo estaría mientras la *Savarena* no hubiese vuelto á la mar.

Nada dijo á su esposa ni á su hija de la inútil pretensión que había dirigido al doctor, guardando para sí el secreto de sus reales inquietudes.

Pero no cesó de vigilar al doctor para estar al corriente de todas sus acciones, tanto en Gravosa como en Ragusa.

Un nuevo incidente iba aún á darle, aquella misma mañana, otro motivo de alarma no menos serio.

Pedro Bathory había vuelto de Zara desanimado. No había podido entenderse respecto á la colocación que se le había ofrecido: la dirección de una importante fábrica metalúrgica en la Herzegovina.

Se contentó con decir á su madre que «las condiciones no eran aceptables.»

Madama Bathory miró á su hijo, sin preguntarle por qué eran inaceptables aquellas condiciones.

Después le entregó una carta dirigida á él durante su ausencia.

Era la carta en la que el doctor Antekirtt rogaba á Pedro Bathory tuviese á bien pasar á bordo de la *Savarena* para hablar de un asunto que tal vez tendría interés en conocer.

Pedro Bathory dió la carta á su madre. Aquella oferta hecha por el doctor no podía sorprenderla.

—Me lo esperaba, dijo.

—¿Esperabais esta proposición, madre mía? preguntó el jóven bastante admirado por aquella respuesta.

—¡Sí... Pedro!... El doctor Antekirtt ha venido á verme durante tu ausencia.

—¿Sabéis, pues, quién es ese hombre de quien todos se ocupan en Ragusa?

—No, hijo mío; pero el doctor Antekirtt conocía á tu padre, ha sido amigo del conde Sandorf y del conde Zathmar, y con ese título se ha presentado en mi casa.

—Madre, preguntó Pedro Bathory: ¿qué pruebas os ha dado ese doctor de haber sido el amigo de mi padre?

—¡Ninguna! respondió madama Bathory, que no quería hablar del envío de los cien mil florines, de lo que el doctor debía también guardar el secreto respecto al jóven.

—¿Y si fuese algún intrigante, algún espía, algún agente del Austria? replicó Pedro Bathory.

—Tú le juzgarás, hijo mío.

—¿Luego me aconsejáis que vaya á verle?

—Sí, te lo aconsejo; no hay que despreciar á un hombre que quiere dedicarte á ti la amistad que profesaba á tu difunto padre.

—Pero ¿qué ha venido á hacer en Ragusa? añadió Pedro Bathory. ¿Acaso tiene intereses en este país?

—Tal vez piense en crearlos, respondió madama Bathory. Pasa por ser extremadamente rico, y es posible que quiera ofrecerte una colocación digna de ti.

—Iré á verle, madre mía, y así sabremos lo que me quiere.

—Ve, pues, desde luego, hijo mío, y devuélvele al mismo tiempo la visita que no puedo devolverle yo misma.

Pedro Bathory abrazó á su madre, estrechándola largo tiempo contra su pecho. Hubiérase dicho que algún secreto le ahogaba, secreto que sin duda no se atrevía á confesar. ¿Qué había, pues, en su corazón de tan doloroso, de tan grave, que que no osase confiarlo á su madre?

—¡Pobre hijo mío! murmuró madama Bathory.

Era la una de la tarde cuando Pedro se dirigió á la *Stradone* para bajar al puerto de Gravosa.

Al pasar por delante del hotel Toronthal, se detuvo un instante, nada más que un instante. Sus miradas se dirigieron á uno de los pabellones cuyas ventanas se abrían sobre la calle. Las persianas estaban corridas. Si la casa hubiera estado deshabitada, no estaría más cerrada.

Pedro Bathory prosiguió su marcha, que más bien había acortado que interrumpido. Pero esto no podía haberse escapado á la mirada de una mujer que iba y venía por la acera opuesta de la *Stradone*.

Era una criatura de elevada talla. ¿Su edad?... Entre cuarenta y cincuenta años. ¿Su modo de andar?... Mesurado, casi mecánico, como si estuviese formada de una sola pieza. Era extranjera; su nacionalidad se reconocía fácilmente en su cabellera, aún negra y rizada, en su oscura tez de marroquí: estaba envuelta en una capa de color sombrío, cuyo capuchón cubría su tocado, adornado con cequíes. ¿Era una bohemia, una gitana, una egipcia, una *romanichelle*, como dice el argot parisien, un sér de origen egipcio ó indiano? No hubiera podido decirse; tanto se confunden estos tipos. De todos modos, no pedía limosna, y sin duda no la habría recibido tampoco. Estaba allí por su propia cuenta, ó por cuenta de otro, vigilando, espiando más bien lo que pasaba en el hotel Toronthal y en la casa de la calle Marinella.

En efecto, desde que divisó al joven, que bajaba la *Stradone* dirigiéndose hácia Gravosa, le siguió procurando no perderle de vista, pero con la destreza suficiente para no poder infundir sospechas. Pedro Bathory estaba demasiado absorto para reparar lo que pasaba detrás de él. Cuando acortó su paso delante del hotel Toronthal, la mujer acortó el suyo. Cuando prosiguió su camino, ella le siguió, arreglando su marcha á la del joven. Llegado al primer recinto de Ragusa, Pedro Bathory le franqueó con bastante rapidez, pero no hizo perder distancia á la extranjera. Fuera de la poterna siguieron por el camino de Gravosa, y á veinte pasos de él, bajó la avenida por el contrapaseo plantado de árboles.

En aquel momento Silas Toronthal, en carruaje descubierto, volvía á Ragusa. Tenía necesariamente que cruzarse con Pedro Bathory.

Al verlos á los dos, la marroquí se detuvo un instante. Tal vez pensó que el uno iba á abordar al otro. Entonces su mirada brilló y procuró esconderse tras un corpulento árbol. Pero si aquellos dos hombres se hablaban, ¿cómo podría oírles?

No sucedió así. Silas Toronthal había visto á Pedro una veintena de pasos antes de encontrarse frente á él. Aquella vez no le respondió ni aun con el altivo saludo de que no había podido dispensarse sobre el muelle de Gravosa cuando su hija le acompañaba. Volvió la cabeza en el momento en que el joven levantaba su sombrero, y su carruaje pasó rápido, conduciéndole á Ragusa.

La extranjera no había perdido nada de esta escena; una especie de sonrisa animó su rostro impasible.

En cuanto á Pedro Bathory, evidentemente más entristecido que irritado por la manera de

obrar de Silas Toronthal, continuó su camino con paso menos rápido, sin volverse.

La marroquí le siguió á lo lejos, y se la oyó murmurar estas palabras en lengua árabe: «¡Ya es tiempo de que venga!»

Un cuarto de hora después Pedro llegaba á los malecones del puerto de Gravosa.

Detúvose unos instantes para contemplar la elegante goleta, cuyo pabellón se desplegaba á impulsos de la brisa del mar en lo más alto del palo mayor.

—¿De dónde vendrá este doctor Antekirtt? se preguntaba. ¡Hé ahí un pabellón que me es desconocido!

Después, dirigiéndose á un piloto que se paseaba á lo largo del muelle:

—Amigo mío, le preguntó, ¿conocéis ese pabellón?

El piloto no le conocía. Todo cuanto podía decir de la goleta era que su patente declaraba venir de Brindisi, y que sus papeles, visados por el capitán del puerto, se encontraban en regla. Y como se trataba de un yacht de placer, la autoridad había respetado su incógnito.

Pedro Bathory llamó entonces á una embarcación y se hizo conducir á bordo de la *Savarena*, mientras que la marroquí, en extremo sorprendida, le miraba alejarse.

Un momento después el joven se encontraba sobre el puente de la goleta y preguntaba si el doctor Antekirtt se hallaba á bordo.

Sin duda la consigna que prohibía á todo extranjero el acceso á la *Savarena* no estaba dada para él, pues el contramaestre le respondió que el doctor se hallaba en su camarote.

Pedro Bathory presentó su tarjeta, preguntando si el doctor podía recibirle.

Un timonel tomó la tarjeta y bajó por la escalera que conducía al salón de popa.

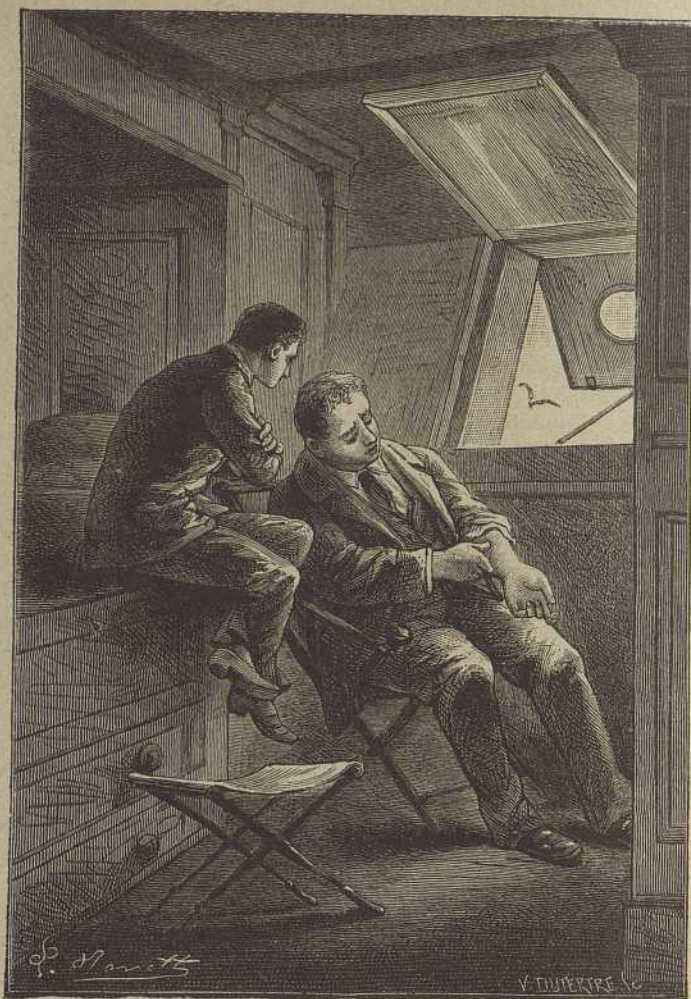
Un minuto después volvía á subir diciendo que el doctor aguardaba á M. Pedro Bathory.

El joven fué inmediatamente introducido en un salón en que sólo penetraba una media luz tamizada por las ligeras cortinillas de la claraboya. Pero cuando llegó á la puerta, cuyas dos hojas estaban abiertas, la luz que reflejaban las lunas del muro del fondo se iluminó vivamente.

En la penumbra se hallaba el doctor Antekirtt, sentado sobre un diván. Al aparecer el hijo de Esteban Bathory experimentó una especie de estremecimiento que Pedro no pudo notar, escapándose, por decirlo así, de sus labios estas palabras:

—¡Es él!... ¡Es todo él!...

Y en efecto, Pedro Bathory era el vivo retrato de su padre, tal cual el noble húngaro había sido á la edad de veintidos años: la misma energía en sus ojos, la misma nobleza en su actitud, la misma mirada, pronto á entusiasmarse por todo lo bueno, lo grande, lo bello.



—Sí, los brazos se enmohecen, respondió el Hércules.

—M. [Bathory, dijo el doctor levantándose, me habéis proporcionado el mayor placer con acceder á la invitación que contenía la carta que os dirigí.

Y con un ademán invitó á Pedro Barthory á tomar asiento.

El doctor, al hablar, se había servido del idioma húngaro, que sabía era el del joven.

—Caballero, dijo Pedro Bathory, yo hubiera venido á devolveros la visita que habéis hecho á mi madre, aun cuando no me hubieseis invitado á venir á bordo. Sé que sois uno de esos amigos desconocidos á quienes es querida la memoria de mi padre y de los dos compatriotas que perecieron con él... Yo os doy gracias por haberle conservado un lugar en vuestro recuerdo.

Al evocar aquel pasado, tan lejano ya, al hablar de su padre y de sus amigos el conde San-

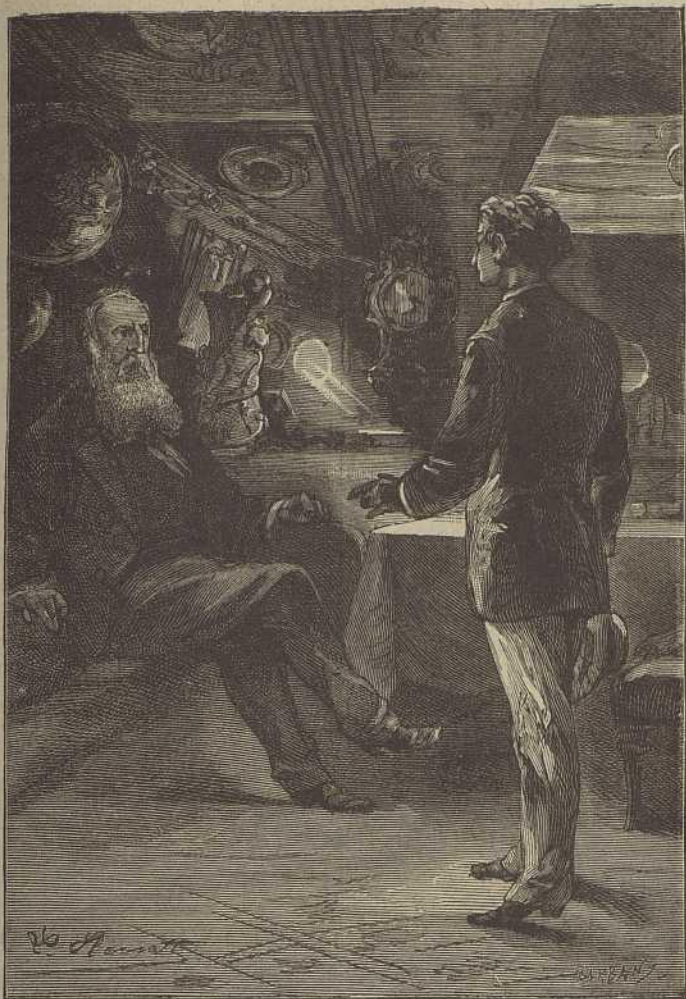
dorf y Ladislao Zathmar, Pedro no pudo ocultar su emoción.

—Perdonad, caballero, dijo. Al recordar lo que hicieron no puedo menos...

¿No veía que acaso el doctor Antekirt estaba más conmovido que él, y que si no respondía era por no dejar ver lo que pasaba en su alma?

—Señor Bathory, dijo por fin, no tengo por qué perdonaros un dolor tan natural. Además, sois de sangre húngara: ¿y qué hijo de la Hungría sería bastante desnaturalizado para no sentir oprimido su corazón con tales recuerdos? En aquella época, hace quince años, sí ¡quince años! érais muy joven. Apenas si podéis decir que habéis conocido á vuestro padre y los acontecimientos en que tomó parte.

—¡Mi madre, respondió Pedro Bathory, me ha educado en el culto de aquel á quien no ha cesa-



En la penumbra se hallaba sentado el doctor Antekirtt.

do de llorar! ¡Todo lo que ha hecho, todo lo que ha intentado, toda su vida de abnegación para con los suyos, de patriotismo para con su país, lo he sabido por ella! ¡Sólo tenía ocho años cuando murió mi padre, pero me parece que aún está vivo, puesto que revive en mi madre!

—¡Amáis á vuestra madre como merece ser amada, Pedro Bathory, respondió el doctor Antekirtt, y nosotros la veneramos como la viuda de un mártir!

Pedro sólo pudo dar gracias al doctor por los sentimientos que de tal modo expresaba. Se oían los latidos de su corazón y ni aun observó que hablaba siempre con una especie de frialdad, natural ó fingida, que parecía ser el fondo de su carácter.

—¿Puedo preguntaros, replicó, si habéis conocido personalmente á mi padre?

—Sí, M. Bathory, respondió el doctor, no sin cierta vacilación; pero sólo como un estudiante puede conocer á un profesor de los más distinguidos de las Universidades húngaras. He hecho mis estudios de ciencias médicas y físicas en vuestro país. He sido discípulo de vuestro padre, que sólo tenía unos diez años más que yo. He aprendido á estimarle, á amarle, porque sentía vibrar en sus explicaciones todo lo que más tarde hizo de él un ardiente patriota, y no le abandoné sino en el momento en que tuve que ir á concluir en el extranjero mis estudios comenzados en Hungría. Pero poco tiempo después, el profesor Esteban Bathory sacrificaba su posición á las ideas que él creía nobles y justas, sin que ningún interés privado pudiera detenerle en la vía del deber. En aquella época abandonó á Presburgo para ir á establecerse en Trieste. Vues-

tra madre le había sostenido con sus consejos, rodeado con sus cuidados durante aquel tiempo de pruebas. Poseía todas las virtudes de la mujer, como vuestro padre ha tenido todas las virtudes del hombre. Me perdonaréis, M. Pedro, si traigo á vuestra memoria tan dolorosos recuerdos, pero al hacerlo es porque no creo que sois de los que pueden olvidar.

—¡No, señor, no! respondió el joven con el entusiasmo exuberante de su edad. ¡Como la Hungría no olvidará jamás á los tres hombres que se han sacrificado por ella: Ladislao Zathmar, Esteban Bathory y el más audaz de todos ellos, el conde Matías Sandorf!

—Si fué el más audaz, respondió el doctor, creed que sus dos amigos no le fueron inferiores ni en abnegación, ni en sacrificios, ni en valor. ¡Los tres tienen derecho al mismo respeto! ¡Los tres tienen el mismo derecho á ser vengados!...

El doctor se detuvo. Se preguntaba si madama Bathory había hecho conocer á Pedro las circunstancias en las cuales habían sido entregados los jefes de la conspiración, si habría pronunciado ante él la palabra *traición*... Pero el joven no lo dió á entender.

En realidad, madama Bathory se había callado sobre este punto. Sin duda no había querido introducir el odio en la vida de su hijo y lanzarle tal vez sobre una falsa pista, puesto que nadie conocía el nombre de los traidores.

El doctor se creyó, pues, siquiera por el momento, obligado á la misma reserva, y no insistió.

Lo que no vaciló en decir fué que, sin el odioso acto del español Carpena, que había entregado á los fugitivos ocultos en la casa del pescador Andrés Ferrato, probablemente el conde Matías Sandorf y Esteban Bathory habrían escapado á la persecución de los agentes de Rovigno. Y una vez al otro lado de las fronteras austriacas, en cualquiera comarca que hubiera sido, todas las puertas se habrían abierto para recibirlos.

—En mi casa, añadió, hubieran encontrado un refugio, con seguridad.

—¿En qué país, señor? preguntó Pedro Bathory.

—En Cefalonia, donde habitaba en aquella época.

—Sí, en las islas Jónicas, bajo la protección del pabellón griego, se hubieran salvado, y mi padre viviría aún.

Durante algunos instantes, la conversación fué interrumpida por esta vuelta hácia el pasado. Pero el doctor volvió á reanudarla diciendo:

—Señor Bathory, nuestros recuerdos nos han llevado bien lejos del presente. ¿Queréis que hablemos ahora de éste, ó, más bien, del porvenir que entreveo para vos?

—Os escucho, caballero, respondió Pedro. En vuestra carta me habéis dado á entender que se trataba de mis intereses...

—En efecto, Mr. Bathory; y si no ignoro cuál ha sido la abnegación de vuestra madre durante la juventud de su hijo, sé también que os habéis mostrado digno de ella, y que después de sufrir tan rudas pruebas, habéis llegado á ser un hombre...

—¡Un hombre! respondió Pedro Bathory, no sin amargura. ¡Un hombre que no ha podido todavía bastarse á sí mismo, ni devolver á su madre lo que ésta ha hecho por él!

—Sin duda, dijo el doctor; pero la culpa no es vuestra. No ignoro cuán difícil es hacerse una posición en medio de una concurrencia que pone frente á frente tantos rivales para disputarse tan pocas plazas. ¿Sois ingeniero?

—Sí, señor. He salido de la Escuela con ese título, pero como ingeniero libre, sin ningún lazo con el Estado. He debido, pues, procurar colocarme en alguna sociedad industrial, y hasta ahora no he encontrado nada que pudiera convenirme, á lo menos en Ragusa.

—¿Y fuera?

—¿Fuera?... respondió Pedro titubeando un poco ante la pregunta.

—Sí... ¿No habéis estado en Zara, hace algunos días, para tratar de un negocio de esa naturaleza?

—Me habían hablado, en efecto, de una colocación que podía ofrecerme una Sociedad metalúrgica.

—Y esa plaza...

—Me la han ofrecido.

—¿Y no la habéis aceptado?...

—He tenido que rehusar, porque se trataba de ir á establecerse definitivamente á la Herzegovina.

—¿En la Herzegovina? ¿A dónde tal vez madama Bathory no hubiera podido acompañaros?...

—Mi madre, caballero, me habría seguido á cualquier punto á que mi interés me hubiera obligado á ir.

—Y bien, ¿por qué no habéis aceptado esa colocación? replicó el doctor insistiendo.

—Caballero, respondió el joven, en las circunstancias en que me encuentro, tengo serias razones para no abandonar á Ragusa.

El doctor había notado cierto embarazo en la actitud de Pedro Bathory mientras le daba aquella respuesta. Su voz temblaba al expresar el deseo, mejor dicho, la resolución de no abandonar á Ragusa. ¿Cuál era, pues, el tan grave motivo por el cual rehusaba las proposiciones que le habían hecho?

—He aquí por qué será inaceptable, replicó el doctor, el negocio de que quería hablaros...

—¿Se trataba de partir?...

—Sí... para un país donde quiero ejecutar trabajos considerables, que hubiera sido feliz en poner bajo vuestra dirección.

—Lo siento, caballero; pero creed que si he tomado esta resolución...

—Lo creo, Mr. Pedro, y tal vez lo sienta yo más que vos. ¡Hubiera sido tan dichoso al poder depositar en vos toda la afección que tenía á vuestro padre!...

Pedro Bathory no contestó. Era visible que sufría, y mucho. El doctor adivinaba que hubiera deseado hablar, pero que no se atrevía á hacerlo. Por fin, un irresistible impulso atrajo á Pedro Bathory hácia aquel hombre que mostraba tanta simpatía para su madre y para él.

—Señor... señor!... dijo con una emoción que no procuró disimular. No: no creáis que un capricho, una ternedad, me hacen responderos con una negativa... Me habéis hablado como un amigo de Esteban Bathory... ¿Queréis conservar para mí toda la amistad que le habéis profesado?... Yo también, aunque sólo os conozco desde hace algunos instantes, experimento por vos todo el cariño que hubiera tenido para mi padre...

—¡Pedro... hijo mío! exclamó el doctor estrechando la mano del joven.

—¡Sí, señor!... replicó Pedro Bathory, os lo diré todo... Amo á una joven de esta ciudad... Entre ambos existe el abismo que separa la pobreza de la riqueza... Pero yo no he querido ver ese abismo, y tal vez ella tampoco le ha visto. Por raras que sean las veces en que puedo verla, sea en la calle, sea en sus ventanas, es una felicidad á la cual no tendría fuerza para renunciar... La idea de que tendría que partir, y partir por largo tiempo, me volvería loco... ¡Ah, señor!... comprendedme y perdonadme...

—¡Sí, Pedro, respondió el doctor Antekirtt; os comprendo, y nada tengo que perdonaros. Habéis hecho bien en hablarme con toda franqueza, y he aquí una circunstancia que cambia mucho las cosas... ¿Sabe vuestra madre lo que acabáis de decirme?

—Nada la he dicho todavía, señor. No me he atrevido, porque, en nuestra modesta posición, tal vez tendría el buen juicio de quitarme toda esperanza... ¡Pero acaso ha adivinado y comprendido lo que yo sufría... lo que debía sufrir!

—Pedro, dijo el doctor, habéis puesto en mí vuestra confianza, y habéis tenido razón... ¿Es rica esa joven?

—¡Muy rica!... ¡Demasiado rica!... respondió el joven. ¡Sí, demasiado rica para mí!

—¿Es digna de vos?

—¡Ah, señor! ¿Hubiera pensado nunca en dar á mi madre una hija que no fuera digna de ella?

—Pues bien, Pedro, replicó el doctor, no hay abismo que no pueda ser franqueado.

—¡Señor! exclamó el joven, no me déis una esperanza irrealizable.

—¡Irrealizable!

Y en el acento con que el doctor Antekirtt pronunció esta palabra, indicaba tal confianza en sí mismo, que Pedro Bathory quedó como transfor-

mado, y se creyó dueño del presente y del porvenir.

—Sí, Pedro, replicó el doctor. ¡Tened confianza en mí!... Cuando lo juzguéis conveniente, y para que yo pueda obrar, me diréis el nombre de esa joven...

—Señor, respondió Pedro Bathory, ¿por qué os le había de ocultar?... ¡Es la señorita de Toronthal!

El esfuerzo que hubo de hacer el doctor para permanecer tranquilo al oír aquel nombre detestado, fué el de un hombre á cuyos piés hubiese caído un rayo, sin estremecerse siquiera. Por un instante, algunos segundos solamente, se quedó mudo é inmóvil.

Después, sin que su voz expresase la menor emoción:

—¡Bien, Pedro, bien! dijo. Dejadme pensar en todo esto. ¡Dejadme ver!...

—Me retiro, señor, respondió el joven estrechando la mano que le tendía el doctor, y permitidme manifestaros mi gratitud, como lo haría con mi padre.

Pedro Bathory abandonó el salón, en el cual quedó solo el doctor, y subió al puente, se embarcó en la canoa que le aguardaba, hizo que le condujeran al muelle; y tomó el camino de Ragusa.

La extranjera que le había aguardado durante toda su visita á bordo de la *Savarena*, se puso nuevamente á seguirle.

Pedro Bathory sentía dentro de sí como una tranquilidad inefable. ¡Por fin, su corazón se había desahogado! Había podido confiarse á un amigo... más que á un amigo tal vez.

Se hallaba en uno de esos días felices, de que tan avara se muestra en este mundo la fortuna.

¿Y cómo hubiera podido dudarle, cuando al pasar por delante del hotel de la *Stradone* vió levantarse, de una de las ventanas del pabellón, una punta de las cortinillas, volviendo á caer en seguida?

Pero también la extranjera había reparado este movimiento, y hasta el instante en que Pedro Bathory hubo desaparecido al volver la calle Marinella, permaneció inmóvil delante del hotel. Después se dirigió á la estación de telégrafos y expidió un despacho que sólo contenía esta palabra:

—¡Ven!

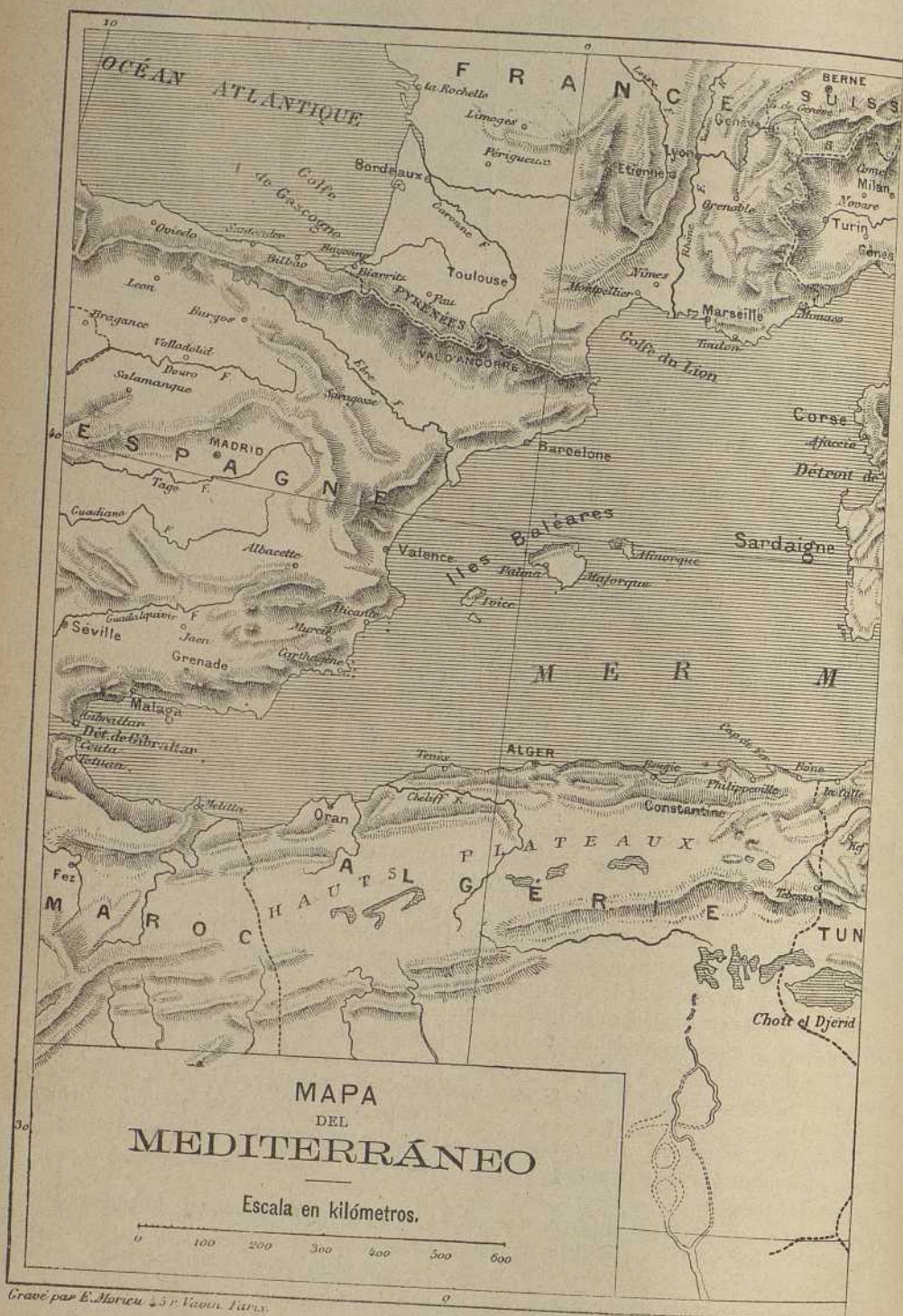
La dirección de aquel despacho era la siguiente:

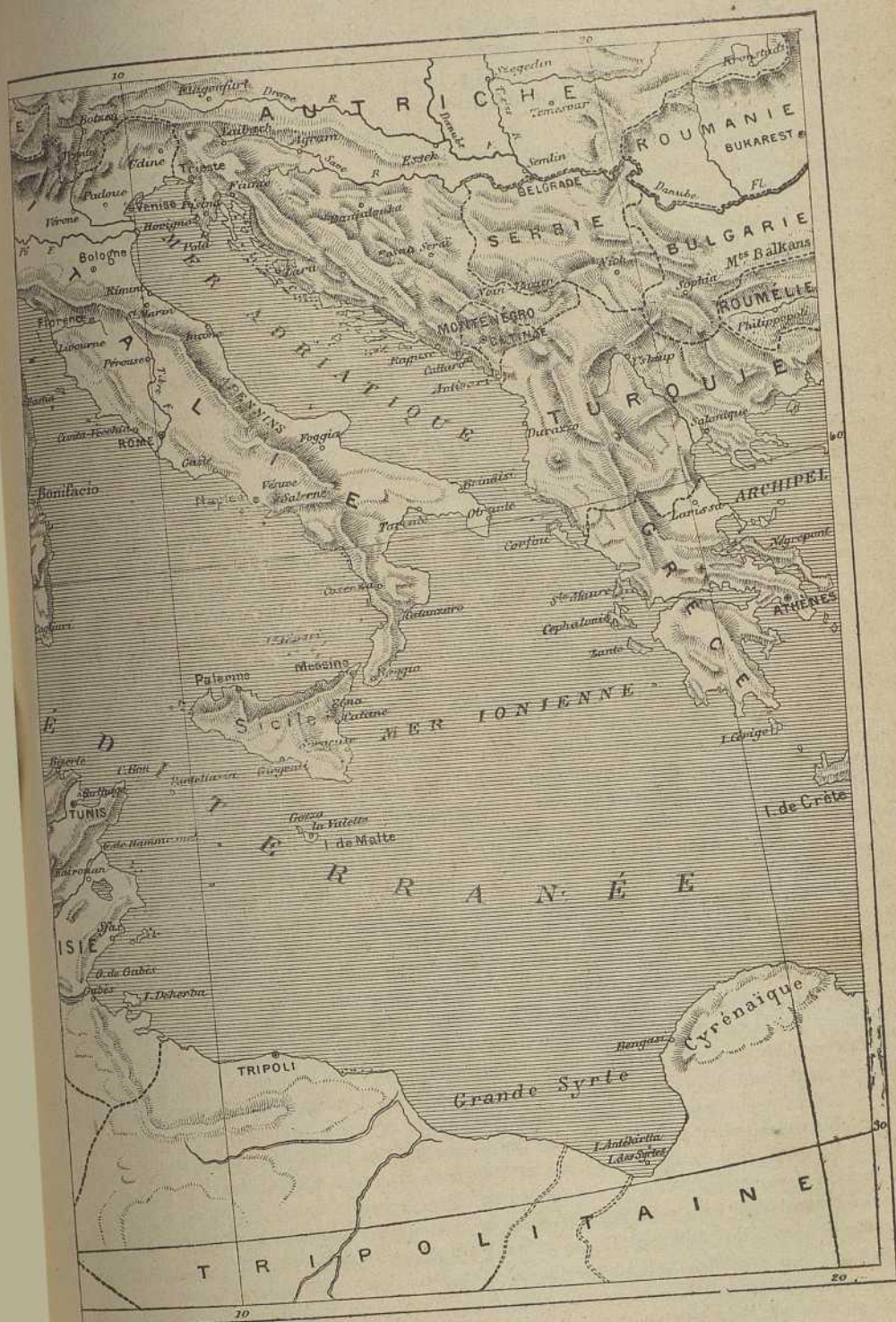
«Sarcany, lista.—Siracusa (Sicilia).»

VIII

LAS BOCAS DE CATTARO

La fatalidad, que desempeña un papel predominante en todos los acontecimientos de este





mundo, había reunido en la ciudad de Ragusa a la familia Bathory y a la familia Toronthal.

No tan sólo las había reunido, sino aproximado a la una a la otra, haciéndolas habitar el mismo barrio de la *Stradone*. Sava Toronthal y Pedro Bathory se habían encontrado, visto, amado. Pedro, el hijo del hombre a quien una delación había enviado a la muerte; Sava, la hija del hombre que había sido el delator.

He aquí lo que se decía el doctor Antekirtt después que se marchó el joven ingeniero.

—¡Y Pedro se va lleno de esperanza, y esa esperanza, la que no se atrevía a esperar, soy yo quien se la ha hecho concebir!

¿Era el doctor hombre capaz de emprender una lucha sin tregua contra aquella fatalidad? ¿Se sentía con el poder de disponer a su capricho de las cosas humanas? Aquella fuerza, aquella energía moral que es necesaria para dominar al destino, ¿llegarían a faltarle?

—¡No! lucharé, exclamó. Semejante amor es odioso, criminal. Que Pedro Bathory, esposo ya de Sava Toronthal, sepa un día la verdad, y se verá impotente para vengar a su padre. No tendrá más recurso que morir de desesperación. Se lo diré todo, es preciso... Le diré lo que esa familia ha hecho con la suya... Yo mataré ese amor, no importa cómo.

En efecto, semejante unión hubiera sido monstruosa.

No se habrá olvidado que en su conversación con madama Bathory, el doctor Antekirtt había contado que los tres jefes de la conspiración de Trieste habían sido víctimas de una maquinación abominable, que se había descubierto en el curso de los debates, y que una indiscreción de uno de los guardianes de la torre de Pisino le había hecho conocer.

Se sabe también que madama Bathory, por razones especiales, no había dicho nada de esta traición a su hijo. Por otra parte, no conocía a los autores. Ella ignoraba que uno de ellos, rico y considerado, vivía en Ragusa a algunos pasos de distancia, en la misma *Stradone*. El doctor no los había nombrado. ¿Por qué? Sin duda porque no había llegado la hora de desenmascararlos. Pero él los conocía. Sabía que Silas Toronthal era uno de ellos, y Sarcany el otro. Y si no había ido más lejos en sus confidencias, era porque contaba con el concurso de Pedro Bathory, porque quería asociar al hijo a la obra de justicia que debía castigar a los asesinos de su padre, y vengar con él a sus dos compañeros Ladislao Zathmar y el conde Sandorf.

Y he aquí lo que no podía decir al hijo de Esteban Bathory sin herirle en el corazón.

—Poco importa, repitió. Si ese corazón ha de romperse, yo le romperé.

¿Cómo obraría el doctor, una vez afirmado en aquella resolución?

¿Revelar a madama Bathory y a su hijo el pasado del banquero de Trieste? ¿Pero acaso poseía las pruebas materiales de la traición? No, puesto que Matías Sandorf, Esteban Bathory y Ladislao Zathmar, los únicos que habían poseído aquellas pruebas, habían muerto. ¿Extender por la ciudad el ruido de aquel acto abominable, sin prevenir a la familia Bathory? Sí; eso hubiera bastado, sin duda, para abrir un nuevo abismo entre Pedro y la joven, abismo infranqueable esta vez. Pero divulgar este secreto, ¿no era de temer que Silas Toronthal llegase a abandonar a Ragusa?

Ahora bien, el doctor no quería que el banquero desapareciese. Era necesario que el traidor quedase a la disposición del justiciero para cuando llegase la hora de la justicia.

Pero los acontecimientos debían tomar un giro distinto del que imaginaba.

Después de haber pesado el pro y el contra de la cuestión, el doctor, no hallándose en disposición de obrar directamente contra Silas Toronthal, resolvió dedicarse a lo más apremiante.

Ante todo era necesario arrancar a Pedro Bathory de aquella ciudad en que el honor de su nombre estaba en peligro. Sí; él sabría arrastrarle tan lejos, que nadie pudiese encontrar sus huellas. Cuando le tuviera en su poder, le diría todo cuanto sabía de Silas Toronthal y de su cómplice Sarcany, asociándole a su obra. Pero no tenía un solo día que perder. Con este objeto, un despacho del doctor hizo venir de su puerto de residencia a la boca de Cattaro, al Sur de Ragusa, sobre el Adriático, uno de los más rápidos ingenios de locomoción. Era uno de aquellos prodigiosos *thornijcrafts* que han servido de modelo a los torpederos modernos. Aquel largo huso de acero, de cuarenta y un metros de longitud, de setenta toneladas, sin mástil ni chimenea, llevando simplemente una plataforma exterior y una caja metálica con tragaluces, destinada al timonel, herméticamente cerrada cuando el estado del mar lo exigía, podía deslizarse entre las aguas sin perder tiempo ni marcha en seguir las ondulaciones de la ola. De un andar superior al de todos los torpederos del Antiguo y del Nuevo Mundo, hacía cómodamente sus cincuenta kilómetros por hora. Gracias a esa excesiva velocidad, en más de una ocasión el doctor había podido llevar a cabo travesías extraordinarias. El don de ubicuidad que se le había atribuido cuando con muy cortos intervalos de tiempo se transportaba desde el fondo del archipiélago a los últimos límites del mar de las Sirtes.

Había, sin embargo, una notable diferencia entre los *thornijcrafts* y los aparatos del doctor; y era que, en lugar del vapor, empleaba la electricidad como motor, por medio de poderosos acumuladores, inventados por él, y en los cuales podía almacenar este fluido con una tensión, por decirlo así, suficiente. Por eso aquellos rápidos

ingenios llevaban el nombre de *Eléctricos*, con un simple número de orden. Tal era el *Eléctrico número 2* que acababa de ser pedido para las bocas de Cattaro.

Una vez dadas aquellas órdenes, el doctor aguardó el momento de obrar. Al mismo tiempo previno á Pointe Pescade y Cap Matifou que muy pronto tendría necesidad de sus servicios.

Íntil es decir si los dos amigos recibirían con placer aquel aviso.

Una nube, una sola, arrojó alguna sombra sobre la alegría con que le acogieron.

Pointe Pescade debía quedarse en Ragusa, á fin de vigilar el hotel de la *Stradone* y la casa de la calle Marinella, mientras Cap Matifou acompañaría al doctor Antekirtt á Cattaro. Esto era una separación, la primera despues de tantos años que aquellos dos compañeros de miseria habían vivido sin separarse. De aquí una tierna inquietud por parte de Matifou al pensar que no tendría á su lado á su pequeño Pointe Pescade.

—¡Paciencia, Cap, paciencia! le dijo Pointe Pescade; esto durará poco. El tiempo necesario para representar la comedia, y todo quedará concluido. Porque, si no me engaño, se prepara una famosa pieza con un no menos famoso director, que nos reserva á cada uno un famoso papel. Créeme: no tendrás por qué quejarte del tuyo.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro. ¡Ah! Nada de amoríos. Eso no está en tu naturaleza, por más que seas sentimental como un diablo. Nada de traiciones, tampoco. Tienes una cara demasiado honrada para ese papel. No; tú serás el buen genio que se presenta al desenlace para castigar el vicio y recomendar la virtud.

—¿Como en las farsas? dijo Matifou.

—¡Como en las farsas, sí! Te estoy viendo en ese papel, amigo Cap. En el momento en que menos lo espera el traidor, apareces con tus anchas manos abiertas, y no tienes más que cerrarlas para producir el desenlace. Si el papel no es largo, es simpático, y no han de faltarte los brazos, y el dinero por añadidura...

—Sí, sin duda; pero entretanto va á ser preciso separarnos.

—¡Oh, por algunos días! Solamente me has de prometer no dejar de cuidarte durante mi ausencia. Haz exactamente tus seis comidas diarias. Y engorda, Cap. Y ahora estréchame en tus brazos, ó más bien haz que me abrazas como en el teatro, no sea que me ahogues. ¡Qué diantre, hay que acostumbrarse á las farsas de este mundo!... Abrazame otra vez más, y no olvides á tu pequeño Pointe Pescade, que no olvidará jamás á su gran Cap Matifou.

Tal fué la conmovedora despedida de aquellos dos amigos cuando tuvieron que separarse el uno del otro.

Realmente Cap Matifou tenía el corazón oprimido en su enorme pecho cuando se vió solo á bordo de la *Savarena*. Aquel mismo día, por orden del doctor, su compañero se había instalado en Ragusa con la misión de no perder de vista á Pedro Bathory, de vigilar el hotel Toronthal y estar al tanto de todo cuanto pudiera ocurrir.

Durante las largas horas que Pointe Pescade iba á pasar en el barrio de la *Stradone* hubiera tenido que encontrarse con la extranjera, que seguramente estaba encargada de la misma misión que él, si la marroquí, después de enviar el parte de que hemos hablado, no hubiese abandonado á Ragusa para dirigirse á un sitio convenido de antemano, donde debía reunirse con Sarcany. Pointe Pescade no fué, pues, molestado en sus operaciones, y pudo llenar su cometido con su inteligencia habitual.

Jamás se hubiera imaginado Pedro Bathory que estaba vigilado tan de cerca, ni adivinado que á los ojos de aquella espía se hubiesen sustituido los de Pointe Pescade. Después de su conversación con el doctor, después de la confesión que le había hecho, se sentía más confiado. ¿Por qué, pues, había de ocultar á su madre ningún detalle de la entrevista que acababa de tener á bordo de la *Savarena*?

¿No hubiera ella leído en su mirada y hasta en el fondo de su alma? ¿No hubiera comprendido que acababa de verificarse en él un cambio, que á la desesperación y al dolor habían sucedido la esperanza y la felicidad?

Pedro Bathory confesó, pues, todo á su madre.

Le dijo quién era la jóven á quien amaba, y que por ella había rehusado abandonar á Ragusa. ¡Poco le importaba su situación! ¿No le había dicho el doctor Antekirtt que esperase?

—¡Por eso sufrirás tanto, hijo mío! respondió madama Bathory. ¡Que Dios te ayude y vierta sobre ti la felicidad que hasta ahora nos ha faltado!

Madama Bathory vivía muy retirada en su casa de la calle Marinella. Sólo salía para ir á misa con su viejo servidor, cumpliendo sus deberes religiosos con la piedad austera de las húngaras católicas. Jamás había oído hablar de la familia Toronthal. Nunca su mirada se había levantado hacía aquel hotel, ante el que pasaba siempre que se dirigía á la iglesia del Redentor, que depende del convento de franciscanos situado casi á la entrada del *Stradone*. Ella no conocía, pues, á la hija del antiguo banquero de Trieste.

Fué preciso que Pedro se la pintase moral y físicamente; que la dijese dónde la había visto por primera vez, y que tenía la certidumbre de que su amor era correspondido.

Madama Bathory no se sorprendió del ardor con que la dió todos estos detalles; conocía el alma tierna y apasionada de su hijo.

Pero cuando Pedro la dijo cuál era la posición

de la familia Toronthal, cuando supo que aquella joven era una de las más ricas herederas de Ragusa, no pudo disimular su inquietud. ¿Consentiría nunca el banquero en dar por esposa su única hija á un joven sin fortuna, aunque no sin porvenir?

Pero Pedro no creyó necesario insistir sobre la frialdad, sobre el desdén con que Silas Toronthal le había acogido hasta entonces. Se contentó con repetir las palabras del doctor. Este le había afirmado que podía, que debía tener confianza en el amigo de su padre, que sentía hacia él una afección casi paternal, cosa que madama Bathory no podía dudar sabiendo lo que había querido hacer por ella y por los suyos. En fin, como su hijo, como Borik, que se creyó obligado á dar su opinión, no se negó á esperar, y de este modo la humilde casa de la calle Marinella se iluminó con un rayo de felicidad.

Pedro tuvo la alegría de volver á ver á Sava Toronthal el siguiente domingo, en la iglesia de los Franciscanos. La fisonomía de la joven, siempre un poco triste, se animó cuando apercibió á Pedro, que estaba como transfigurado. Ambos se hablaron con la mirada y se comprendieron. Y cuando Sava volvió al hotel vivamente impresionada, llevaba una parte de la felicidad que tan visiblemente había leído en el rostro de la joven.

Sin embargo, Pedro no había vuelto á ver al doctor. Aguardaba una invitación para visitar de nuevo la goleta. Transcurrieron algunos días sin que ninguna carta viniese á darle una nueva cita.

—¡Sin duda, pensó, el doctor habrá querido informarse!... ¡Habrá venido ó habrá enviado á Ragusa para tomar algunas referencias sobre la familia Toronthal!... ¡Tal vez ha querido conocer á Sava!... ¡Sí! ¡Es posible que haya visto ya á su padre, que haya hablado con él del asunto! ¡No obstante, una línea, una palabra tan sólo que me hubiera dirigido, me habría dado tanto placer, sobre todo si esa palabra hubiera sido: venid!

La palabra no llegó. Madama Bathory no lo gró sin trabajo calmar las impaciencias de su hijo. Éste se desesperaba y tuvo que infundirle un poco de esperanza, por más que ella no se viese libre de inquietud.

La casa de la calle Marinella estaba abierta al doctor; éste no podía ignorarlo, y aun sin el nuevo interés que manifestaba hacia Pedro, ¿no hubiera bastado para atraerle el que le inspiraba aquella familia, hacia la cual había manifestado ya tanta simpatía?

Sucedió, pues, que Pedro, después de haber contado los días y las horas, no tuvo fuerzas para resistir. Tenía necesidad á cualquier precio de volver á ver al doctor Antekirtt. Una invencible fuerza le empujaba hacia Gravosa. Una vez á bordo de la goleta, se comprendería su impaciencia y se excusaría su acción, por prematura que fuese.

El 7 de Junio, á cosa de las ocho de la mañana, Pedro Bathory abandonó á su madre sin decirle nada de sus proyectos. Salió de Ragusa y llegó á Gravosa con tan rápido paso, que Pointe Pescade no hubiera podido seguirle, á no ser tan listo. Llegado al muelle, frente al surgidero que ocupaba la *Savarena* en su última visita, se detuvo.

La *Savarena* no se encontraba en el puerto.

Pedro miró por todas partes por si había cambiado de sitio... No pudo encontrarla.

Preguntó á un marinero que se paseaba por el muelle qué había sido de la goleta del doctor Antekirtt.

La *Savarena* había aparejado la noche anterior, y de la misma manera que se ignoraba de dónde había venido, no se sabía tampoco el rumbo que había tomado.

¡Partido la goleta! ¡El doctor Antekirtt tan misteriosamente desaparecido! ¿Qué sucede?

Pedro Bathory volvió á tomar el camino de Ragusa, esta vez más desesperado que nunca.

Si una indiscreción cualquiera hubiese revelado al joven que la goleta se había dirigido hacia Cattaro, con seguridad no hubiera vacilado en reunirse á ella. Pero en realidad aquel viaje habría sido inútil. La *Savarena* se había detenido ante las bocas sin penetrar por ellas.

El doctor, acompañado de Cap Matifou, se había hecho conducir á tierra por una de las embarcaciones de á bordo, y el yacht, acto continuo, había vuelto á tomar la mar con destino desconocido.

No hay paraje más curioso en Europa, y aun tal vez en todo el antiguo continente, por su disposición orográfica á la vez que hidrográfica, que el conocido bajo el nombre de Bocas de Cattaro.

Cattaro no es un río, como pudiera creerse; es una ciudad, sede de un obispado de la cual han hecho la capital de una circunscripción.

En cuanto á las Bocas, comprenden seis bahías, dispuestas á continuación una de otra, comunicando entre sí por estrechos canales, y que pueden atravesarse en seis horas. De este rosario de pequeños lagos que se desgrana á través de las montañas del litoral, la última cuenta, situada al pié del monte Norri, indica el límite del imperio de Austria. Al otro lado empieza el imperio otomano.

El doctor se había hecho desembarcar á la entrada de estas Bocas, después de una rápida travesía. Allí le esperaba un ligero bote de motor eléctrico para conducirlo á la extremidad de la bahía. Después de haber doblado la punta de Ostro, pasado por delante de Castel-Nuovo, entre dos panoramas de villas y oratorios, de Stalivo, de Perasto, célebre punto de peregrinación, de Rísano, donde los trajes dalmatas se mezclan ya con los turcos y albaneses, llegó de lago en lago al último anfiteatro en cuyo fondo está construido Cattaro.

El *Eléctrico 2* estaba anclado á algunos cables de la ciudad sobre aquellas aguas dormidas y sombrías, sin que una arruga alterase su superficie en aquella hermosa noche de Junio.

Pero el doctor no volvió á instalarse á bordo.

Sin duda para el desarrollo de sus proyectos ulteriores no quería se supiese que aquel rápido aparato de locomoción le pertenecía. Por lo tanto, desembarcó en el mismo Cattaro, con intención de alojarse en uno de los hoteles de la ciudad, adonde Cap Matifou debía acompañarle.

En cuanto á la canoa que les había conducido, se perdió en medio de la oscuridad, hácia la derecha del puerto, en el fondo de una pequeña ensenada, donde debía permanecer invisible.

Allí, en Cattaro, el doctor iba á pasar tan despercebido como si se hubiese refugiado en el lugar más recóndito del mundo. Apenas si los habitantes de este rico distrito de la Dalmacia, que son slavs de origen, debían notar la presencia de un extranjero entre ellos.

Al verla desde la bahía, diríase que la villa de Cattaro está construída en hueco en el espesor del monte Norri. Sus primeras casas rodean un muelle, robado al mar sin duda, en el fondo del ángulo agudo del pequeño lago, cuyo vértice se hunde en el macizo de la montaña.

Los paquebots, especialmente los del Lloyd, y los grandes cabotajeros del Adriático, vienen á anclar á la punta de este embudo, de riente aspecto, con sus hermosos árboles y sus lontananzas de verdura.

Aquella misma noche el doctor se ocupó en buscar un alojamiento. Cap Matifou le había seguido sin preguntar siquiera dónde acababa de desembarcar. Poco le importaba que fuese en Dalmacia ó en China. Como un perro fiel, iba á donde iba su amo. No era más que un instrumento, una máquina obediente, máquina de roscar, de horadar, de taladrar, que el doctor se reservaba poner en movimiento en el momento que lo creyera necesario.

Ambos, después de haber atravesado las hileras de árboles del puerto, franquearon el recinto fortificado de Cattaro, despues se internaron á través de una serie de calles estrechas y pendientes, en las cuales hormiguea una población de cuatro á cinco mil habitantes. Era el momento en que se cerraba la Puerta del Mar; puerta que sólo está abierta hasta las ocho de la noche, excepto el día en que llegan los paquebots.

El doctor reconoció bien pronto que no había un solo hotel en la ciudad.

Era preciso buscar quien consintiese en alquilarles una habitación, cosa á que se prestan voluntariamente, no sin provecho, los propietarios de Cattaro.

El alquilador se encontró; la habitación también.

El doctor quedó bien pronto instalado en una

calle bastante limpia, en la planta baja de una casa suficiente para él y su compañero. Desde luego se convino en que la manutención de Cap Matifou estaría á cargo del propietario; y aunque éste exigió un precio excesivo, justificado por la enormidad de su nuevo huésped, el asunto quedó bien pronto arreglado á satisfacción de ambas partes contratantes.

En cuanto al doctor Antekirtt, se reservaba el derecho de comer donde tuviera por conveniente.

A la mañana siguiente, después de haber dejado á Cap Matifou libre de emplear su tiempo como quisiera, el doctor comenzó su paseo yendo al correo, á donde debían dirigírsele las cartas y despachos bajo iniciales convenidas. Nada había aún para él. Entonces salió de la ciudad, cuyos alrededores quería reconocer. No tardó en encontrar un *restaurant* pasadero, en el cual se reúne ordinariamente la sociedad cattarina, oficiales y funcionarios austriacos que se consideran allí como en un destierro, por no decir en una prisión.

El doctor sólo esperaba el momento de obrar. He aquí cuál era su plan:

Se había decidido á apoderarse de Pedro Bathory. Pero este rapto á bordo de la goleta, durante su permanencia en Ragusa, hubiera sido difícil. El jóven ingeniero era conocido en Gravosa, y como la atención pública estaba fija en la *Savarena*, como también en su propietario, el asunto, aun admitiendo que tuviese satisfactorio éxito, se hubiera descubierto y propalado rápidamente. Ahora bien: el yacht no era más que un buque de vela, y si cualquier steamer del puerto hubiera salido á perseguirle, le habría alcanzado con facilidad.

En Cattaro, por el contrario, el rapto podría verificarse en condiciones infinitamente mejores. Nada más fácil que atraer á Pedro Bathory. Era seguro que á una sola palabra del doctor acudiría inmediatamente.

Allí era tan desconocido como el doctor mismo, y en cuanto estuviera á bordo, el *Eléctrico* se haría á la mar, Pedro Bathory sabría entonces todo lo que ignoraba de Silas Toronthal, y la imagen de Sava se borraría ante el recuerdo de su padre.

Tal era el plan, de una ejecución muy sencilla. Dos ó tres días más, última prórroga que se había fijado el doctor, y la obra terminaría. Pedro quedaría para siempre separado de Sava Toronthal.

Al siguiente día, 9 de Junio, llegó una carta de Pointe Pescade. En ella manifestaba que nada absolutamente había ocurrido de nuevo en el hotel de la *Stradone*. Respecto á Pedro Bathory, Pointe Pescade no le había vuelto á ver desde el día en que se había dirigido á Gravosa, doce horas antes de aparejar la goleta.

Sin embargo, Pedro no podía haber abandonado á Ragusa, y seguramente estaría encerrado

en casa de su madre. Pointe Pescade suponía que la partida de la *Savarena* debía haber introducido aquella modificación en las costumbres del joven ingeniero; tanto más, cuanto que, después de aquella partida, había entrado en su casa desesperado.

El doctor resolvió empezar á obrar desde el día siguiente, escribiendo una carta dirigida á Pedro Bathory, carta en que le invitaría á venir á reunirse con él inmediatamente en Cattaro.

Un acontecimiento por demás inesperado iba á cambiar sus proyectos, y permitir á la casualidad intervenir para llegar al mismo fin.

Aquella noche, á cosa de las ocho, el doctor se encontraba en el muelle de Cattaro, cuando se señaló la llegada del vapor *Saxonia*.

El *Saxonia* venía de Brindisi, donde, después de haber hecho escala, había tomado pasajeros. De allí se dirigía á Trieste, tocando en Cattaro, Ragusa, Zara y otros puertos del Adriático.

El doctor estaba junto al puente volante que sirve para el embarque y desembarque de los viajeros, cuando á los últimos resplandores del día su mirada quedó como inmovilizada á la vista de un viajero cuyo equipaje transportaban por el muelle.

Aquel hombre, de unos cuarenta años próximamente, de aire altivo, casi impudente, daba sus órdenes en alta voz. Era uno de esos personajes en quienes se adivina la mala educación hasta cuando quieren aparecer políticos.

—¡Él aquí!... ¡En Cattaro!

Aquel pasajero era Sarcany. Quince años habían transcurrido desde la época en que llenaba las funciones de contable en casa del conde Zathmar. Ya no era, á lo menos por su vestido, el aventurero que hemos visto vagar por las calles de Trieste al principio de nuestra historia. Llevaba un elegante traje de viaje, bajo un guarda polvo, hecho á la última moda, y sus maletas, con cantoneras de resplandeciente cobre, indicaban que el antiguo agente de Trípoli había adquirido la costumbre del *comfort*.

En efecto, desde hacía quince años Sarcany había llevado una existencia de placeres y de lujo, gracias á la enorme parte que le había correspondido en la mitad de la fortuna del conde Sandorf. ¿Qué le quedaba? Sus mejores amigos, si acaso los tenía, no hubieran podido decirlo.

—¿De dónde viene?... ¿Adónde va?... se preguntaba el doctor, que no le perdía de vista.

De dónde venía, fácil era averiguarlo, preguntando al comisario del *Saxonia*. Aquel pasajero había tomado el paquebot en Brindisi. Pero ¿llegaba de la Alta ó de la Baja Italia? No lo sabían. En realidad, venía de Siracusa.

Al recibir el despacho de la marroquí, había abandonado inmediatamente la Sicilia para dirigirse á Cattaro.

Esta ciudad era, en efecto, el sitio donde debía

aguardarle aquella mujer cuya misión parecía ya terminada en Ragusa.

La extranjera estaba allí en el muelle, aguardando la llegada del paquebot. El doctor la percibió, vió á Sarcany dirigirse á ella, y hasta pudo oír estas palabras, que le dijo en árabe:

—Ya era tiempo.

Sarcany sólo respondió por un movimiento de cabeza; después de haber vigilado la consignación de sus equipajes en la aduana, condujo á la marroquí hacía la derecha, con objeto de rodear los muros de la ciudad, sin entrar por la Puerta del Mar.

El doctor vaciló por un momento. ¿Iba á escapársele Sarcany? ¿Debería seguirle?

Al volverse, distinguió á Cap Matifou que, como un buen desocupado, miraba el desembarque y embarque de los pasajeros del *Saxonia*. A un gesto suyo, el Hércules llegó inmediatamente.

—Cap Matifou, le dijo mostrándole á Sarcany que se alejaba. ¿Ves aquel hombre?

—Sí.

—Si te digo que te apoderes de él, ¿lo harás?

—Sí.

—¿Y le pondrás en la imposibilidad de huir si resiste?

—Sí.

—Ten en cuenta que quiero tenerle vivo.

—¡Sí!

Cap Matifou no hacía frases, pero tenía el mérito de hablar con la mayor claridad. El doctor podía contar con él. La orden que había recibido quedaría cumplida.

En cuanto á la marroquí, bastaría sujetarla, amordazarla y arrojarla en algún rincón. Antes que pudiese dar la voz de alarma, Sarcany estaría á bordo del *Eléctrico*.

La oscuridad, aun cuando no profunda todavía, debía facilitar la ejecución de este proyecto.

Entretanto, Sarcany y la extranjera seguían rodeando las murallas de la ciudad, sin notar que eran espiados y seguidos. No hablaban aún; sin duda no pensaban cambiar una palabra hasta verse en lugar donde sabían encontrar seguro abrigo. De este modo llegaron cerca de la Puerta del Mediodía, abierta sobre el camino que conduce desde Cattaro á las montañas de la frontera austriaca.

Allí hay establecido un mercado importante, un bazar muy conocido de los montenegrinos, en el cual trafican, porque no se les deja penetrar en la ciudad sino en número muy restringido, después de haberles obligado á deponer sus armas. Los martes, jueves y sábados de cada semana, aquellos montañeses llegan de Nieguns ó de Cettinge, después de haber hecho cinco ó seis horas de marcha, para traer huevos, patatas, volatería y hasta haces de leña, cuyo consumo es considerable.

Aquel día era precisamente un martes. Algu-

nos grupos, cuyas operaciones habían concluido muy tarde, se habían quedado en el bazar para pasar allí la noche. Había una treintena de montañeses, hablando, discutiendo, los unos tirados ya por el suelo para dormir, los otros asando un corderillo.

Allí fueron á refugiarse Sarcany y su compañera, como á un lugar conocido. Allí, en efecto, les sería fácil hablar con toda libertad, y aun permanecer toda la noche. Además, la extranjera no había tenido otro domicilio desde su llegada á Cattaro.

El doctor y Cap Matifou entraron uno después de otro en aquel oscuro bazar. En el fondo chispeaban, acá y allá, algunas hogueras sin llama, y por consiguiente sin claridad. En estas condiciones, el rapto de Sarcany se hacía muy difícil, á menos que no saliese de allí antes del día. El doctor sintió no haber obrado antes, durante el trayecto de la Puerta del Mar á la Puerta del Mediodía.

A todo evento, la canoa estaba amarrada detrás de las rocas, á menos de doscientos pasos del bazar, y no muy lejos, á dos cables, podía percibirse confusamente la masa del *Eléctrico*, cuya posición indicaba un pequeño fanal izado en la proa.

Sarcany y la marroquí habían venido á colocarse en el rincón más oscuro, cerca de un grupo de montañeses ya dormidos.

Habían podido ocuparse de sus asuntos sin riesgo de ser oídos, si el doctor, envuelto en su capa de viaje, no hubiera logrado mezclarse al grupo, en el cual no fué advertida su presencia. Cap Matifou disimuló su enorme masa de la mejor manera que pudo, colocándose en disposición de poder acudir á la primera señal.

Sarcany y la extranjera, en el mero hecho de servirse del idioma árabe, debían creerse seguros de que nadie, en aquel sitio, podía comprenderlos.

Pero se engañaban, puesto que el doctor estaba allí, y familiarizado con todos los idiomas del Oriente y del África, no iba á perder una sola palabra de su conversación.

—¿Has recibido en Siracusa mi despacho? dijo la marroquí.

—Sí, Namir, respondió Sarcany, y al día siguiente me puse en marcha con Zirone.

—¿Dónde está Zirone?

—En los alrededores de Catania, donde organiza su nueva banda.

—Es forzoso que mañana estés en Ragusa, Sarcany, y te veas con Silas Toronthal.

—¡Estaré, le veré! ¿De modo que no te has engañado, Namir? ¿Era tiempo de llegar?...

—Sí. La hija del banquero...

—¡La hija del banquero! repitió Sarcany con un tono tan singular, que el doctor no pudo menos de estremecerse,

—Sí... su hija, respondió Namir.

—¿Cómo? ¿Se permite dejar hablar á su corazón, replicó irónicamente Sarcany, y sin contar con mi autorización?

—Eso te sorprende, Sarcany; sin embargo, nada más cierto. Pero aún quedarás más sorprendido cuando te diga quién es el que desea casarse con Sava Toronthal.

—Algún gentilhombre arruinado, deseoso de rehacerse con los millones del padre.

—En efecto, replicó Namir, un joven de alto nacimiento, pero sin fortuna ..

—¿Y ese impertinente se llama?...

—Pedro Bathory.

—¡Pedro Bathory! exclamó Sarcany. ¡Pedro Bathory casarse con la hija de Silas Toronthal!

—Cálmate, Sarcany, dijo Namir conteniendo á su compañero. Que la hija de Silas Toronthal y el hijo de Esteban Bathory se anan, no es para mí un secreto. Pero acaso Silas Toronthal lo ignora todavía.

—¡Él... ignorarlo!... preguntó Sarcany.

—Sí, y además, jamás consentiría...

—¿Qué sé yo!... respondió Sarcany. Silas Toronthal es capaz de todo... hasta consentir en ese matrimonio, aun cuando sólo fuese por tranquilizar su conciencia, si es que después de quince años ha logrado rehacer una. Felizmente, heme aquí dispuesto á descomponer su juego, y mañana estaré en Ragusa.

—¡Bien! respondió Namir, que parecía tener cierto ascendiente sobre Sarcany.

—La hija de Silas Toronthal no será de nadie, más que mía, ¿me entiendes, Namir? y con ella volveré á rehacer mi fortuna.

El doctor había escuchado todo cuanto le era útil oír.

¡Un miserable reclamando la hija de otro miserable, teniendo el derecho de imponerse á él! Era que Dios intervenía en una obra de justicia humana. En adelante, nada tendría que temer por Pedro Bathory, á quien este rival iba á reducir á la impotencia. Luego era inútil atraerle á Cattaro, é inútil, sobre todo, apoderarse del hombre que pretendía el honor de convertirse en yerno de Silas Toronthal.

—¡Que los bribones se alíen entre sí y no formen más que una familia! se dijo el doctor. ¡Después veremos! Vámonos, añadió en voz baja.

Cap Matifou, que no había preguntado por qué quería el doctor Antekirt apoderarse del pasajero del *Saxonia*, no preguntó tampoco por qué renunciaba á apoderarse de él.

Al día siguiente, 10 de Junio, en Ragusa, á las ocho y media de la noche, se abrían las puertas del gran salón del hotel de la *Stradone*, y un criado anunciaba en alta voz:

—Mr. Sarcany.

• ÍNDICE

	Páginas.
I.—La casa del pescador Ferrato.....	5
II.—Últimos esfuerzos en la última lucha.....	14
III.—Pescade y Matifou.....	18
IV.—La botadura al mar del <i>Trabacolo</i>	23
V.—El doctor Antekirtt.....	30
VI.—La viuda de Esteban Bathory.....	38
VII.—Incidentes diversos.....	46
VIII.—Las bocas de Cattaro.....	55